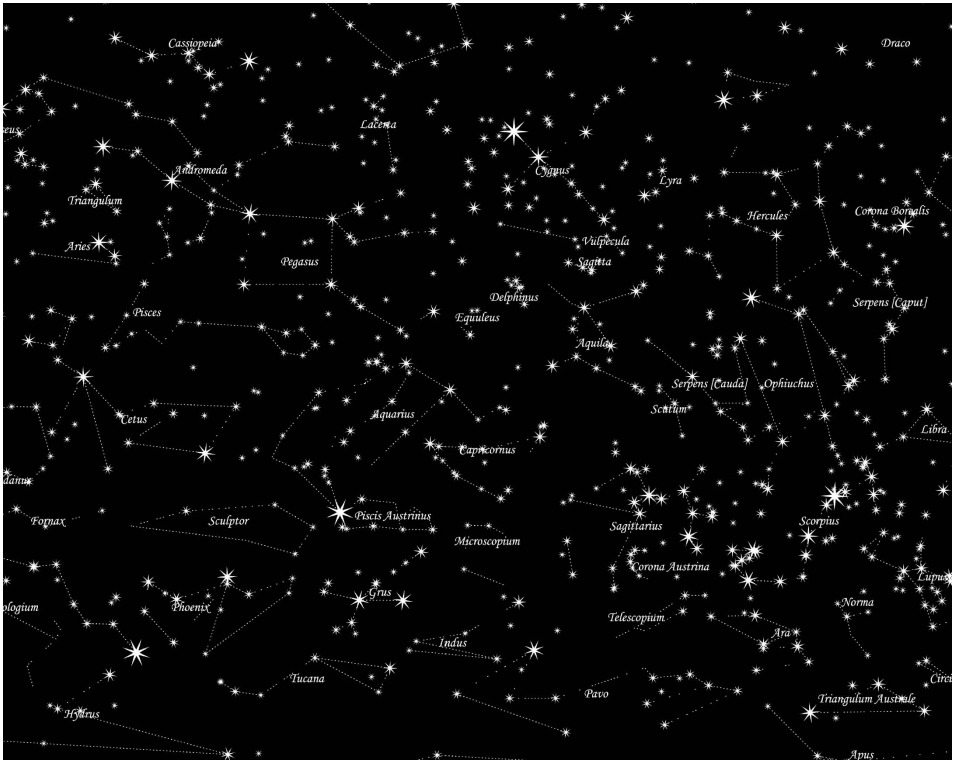
Nadar en la oscuridad

Tomasz Jedrowski

Traducción de Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent


Cassiopeia
Draco
Lacerta
Andromeda
Cygnus
Lyra
Triangulum
Hercules
Corona Borealis
Aries
Vulpecula
Pegasus
Sagitta
Delphinus
Pisces
Equuleus
Serpens [Caput]
Aquila
Serpens [Cauda]
Ophiuchus
Cetus
Aquarius
Scutum
Libra
Capricornus
Fornax
Sculptor
Piscis Austrinus
Sagittarius
Scorpius
Microscopium
Corona Austrina
Lupus
Grus
Phoenix
Norma
Telescopium
Ara
Indus
Tucana
Pavo
Triangulum Australe
Hydrus
Apus

Nadar en la oscuridad

Editorial Dos Bigotes

Nadar en la oscuridad

Tomasz Jedrowski

Traducción de Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent

Primera edición: septiembre de 2021

SWIMMING IN THE DARK COPYRIGHT © Tomasz Jedrowski, 2020

© de la traducción: Bruno Álvarez Herrero y José Monserrat Vicent

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.
Publicado por Dos Bigotes, A.C.
www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-122925-9-6
Depósito legal: M-23061-2021
Impreso por Kadmos
www.kadmos.es

Diseño de colección:
Raúl Lázaro
www.escueladecebras.com

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Nadar en la oscuridad* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

A Laurent, mi hogar.

«La obra que está a punto de comenzar transcurre
en Polonia; es decir, en ninguna parte».
Alfred Jarry, *Ubú Rey*

«*Wszystko mija, nawet najdłuższa żmija*»
(«Todo pasa, incluso la más larga de las víboras»).
Stanisław Jerzy Lec, *Pensamientos despeinados*

Inhalt

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Agradecimientos
TÍTULOS DE DOS BIGOTES

Prólogo

No sé qué es lo que me ha despertado esta noche. No han sido los golpes de la rama del castaño contra la ventana, ni *Pani* Kolecka tosiendo en la habitación de al lado. Ya no. Tal vez hayan sido los fantasmas de esos ruidos, arrastrados por el viento, acarreados a través del océano para llamar a la puerta de mi conciencia. Tal vez. De una cosa sí estoy seguro: siento el cuerpo agotado, como un país extranjero tras una guerra. Y, sin embargo, no puedo volver a dormir.

Pienso en ti. El rostro que mi memoria es capaz de evocar a grandes rasgos, pero con los pequeños detalles, con los ojos azules grisáceos, del mismo color que el mar Báltico en invierno. Pienso en tu rostro mientras me levanto, mientras me muevo en la oscuridad, de la cama a la ventana, con la ropa tirada por el suelo como pensamientos inconclusos. Y entonces me acuerdo de la noche de ayer, y un escalofrío me obliga a pararme en seco. La radio estaba encendida; era la hora en que ponían canciones, como cada día después de trabajar. Sonaba algo ligero, no recuerdo el qué. Estaba de pie en la cocina, buscando el café, cuando la música cesó.

«Interrumpimos la programación para ofrecerles un comunicado especial —dijo una mujer con una voz dulce y profunda—. Esta mañana, a trece de diciembre, se ha declarado la ley marcial en el Estado socialista de la República Popular de Polonia. Es el resultado de semanas de huelgas y disturbios por parte de los manifestantes prodemocráticos y del ascenso meteórico del primer sindicato independiente del bloque comunista, Solidarność —dijo mal pronunciado—. En un discurso televisado, el gobierno ha anunciado una serie de medidas drásticas: se han cerrado las escuelas, las universidades y las fronteras del país, y se han impuesto toques de queda. Les mantendremos informados de cualquier novedad».

Volvió a sonar la música.

Me resulta imposible expresar cómo me sentí en aquel momento. Fue una parálisis total. Se me debió de bloquear el cuerpo antes de que mi mente pudiera reaccionar. No tengo ni idea de cómo llegué hasta la cama.

Enciendo un cigarro junto a la ventana. Fuera, la calle está vacía y la lluvia nocturna brilla sobre el asfalto, reflejando los edificios de dos plantas y la luz de neón crepitante. «24 horas», se lee sobre la hamburguesería del final de la calle. «Supermercado Wanda's Greenpoint», susurra otro neón en rojo y blanco. Se oyen sirenas de policía a lo lejos. Curiosamente, suenan igual que las de casa. Cada vez que oigo una, se me eriza el vello de los antebrazos. Me recuerdan a la noche en que ese mismo sonido estridente se propagó por una ciudad lejana. Antes de que dicha ciudad se convirtiera en un esbozo, algo que aparece en las noticias extranjeras. Antes de que la soledad me cubriera como el alquitrán azul de la noche.

No sé si quiero que leas esto, pero sé que necesito escribirlo. Porque llevas demasiado tiempo en mis pensamientos. Desde aquel día, hace doce meses, en que me subí a un avión y volé a través de las espesas capas de nubes del océano. Un año sin verte, un año que he sentido como un limbo; desde entonces he estado engañándome a mí mismo. Y ahora que estoy aquí atrapado, en la temible seguridad de los Estados Unidos, mientras nuestro país se desmorona, ya no pienso fingir que te he borrado de mi mente. Hay cosas que no se pueden borrar con silencio. Hay gente que tiene ese poder sobre ti, te guste o no. Ahora empiezo a verlo. Hay personas y hechos que te hacen perder la cabeza. Son como guillotinas; te dividen la vida en dos: lo vivo y lo muerto, el antes y el después.

Es mejor empezar por el principio, o al menos lo que a mí me parece que fue el principio. Ahora me doy cuenta de que nunca llegamos a hablar mucho de nuestro pasado. Puede que las cosas hubieran cambiado si lo hubiésemos hablado. Puede que nos hubiéramos entendido mejor, y todo habría sido distinto. ¿Quién sabe? En cualquier caso, seguro que nunca te he hablado sobre Beniek. Él llegó más de una década antes que tú. Yo tenía nueve años, y él también.

Capítulo 1

Conocía a Beniek de casi toda la vida. Vivía a la vuelta de la esquina, en nuestro barrio de Breslavia, compuesto por calles curvadas y edificios de apartamentos de tres plantas que, vistos desde el aire, formaban un águila gigante, el símbolo de nuestra nación. Había setos y patios amplios con un pequeño jardín para cada piso, sótanos fríos y húmedos y áticos polvorientos. Nuestras familias no llevaban ni veinte años viviendo allí. En nuestros buzones todavía ponía «*Briefe*», en alemán. Todos —quienes habían vivido allí antes y quienes los habían sustituido— se habían visto obligados a abandonar su hogar. De un día para otro, las fronteras del continente habían cambiado, redibujadas como las líneas de tiza de la rayuela cuando jugábamos en la calle. Al final de la guerra, el este de Alemania se convirtió en Polonia, y el este de Polonia, en la Unión Soviética. La familia de mi abuela se vio obligada a abandonar su tierra, cerca de Leópolis. Los soviéticos se apropiaron de su casa y se los llevaron en los mismos trenes de ganado que habían transportado a los judíos a los campos un año o dos antes. Acabaron en Breslavia, una ciudad habitada por los alemanes desde hacía cientos de años, en un apartamento que acababa de abandonar una familia que nunca llegaríamos a conocer, con los platos aún en el fregadero y las migas de pan sobre la mesa. Ahí es donde crecí.

En las amplias calles, bordeadas de árboles y bancos, jugábamos juntos todos los niños del barrio. Jugábamos al pillapilla y a la comba con las niñas, y correteábamos por los patios, gritando y saltando por las barras dobles que recordaban a postes de *rugby* en las que las mujeres colgaban y sacudían las alfombras. Los adultos nos regañaban y salíamos corriendo. Éramos niños polvorientos. En verano corríamos por las calles con pantalones cortos, calcetines hasta la rodilla y tirantes, y con abrigos finos de lana cuando el suelo se cubría de hojas en otoño, y seguíamos corriendo después de que la escarcha invadiera el suelo y el aire nos arañara los pulmones y se nos convirtiera el aliento en nubes ante nuestros ojos. En primavera, el día de Śmigus-Dyngus[1], tirábamos cubos de agua sobre cualquier chica que no fuera lo bastante rápida para escapar, y luego nos perseguíamos y nos empapábamos los unos a los otros y volvíamos a casa calados hasta los

huesos. Los domingos lanzábamos piedras a las botellas de leche que había en los alféizares de las ventanas, en lo alto, donde nadie pudiera robarlas, y huíamos con auténtico miedo cuando rompíamos alguna y la leche bajaba despacio por el edificio, chorros blancos que recorrían como lágrimas la fachada cubierta de hollín.

Beniek formaba parte de ese grupo de chicos. Era uno de los más atrevidos. Por entonces, creo que no habíamos hablado nunca, pero yo ya me había fijado en él. Era más alto que la mayoría de nosotros, y algo más moreno, con unas pestañas largas y una mirada rebelde. Y era amable. Una vez, cuando estábamos escapándonos de un adulto, después de alguna travesura que ya no recuerdo, me tropecé y me caí sobre la gravilla hiriente. Los demás me adelantaron levantando el polvo a su paso e intenté ponerme de pie. Me sangraba la rodilla.

—¿Estás bien?

Beniek estaba de pie junto a mí, tendiéndome la mano. La cogí y sentí la fuerza de su cuerpo al tirar de mí.

—Gracias —murmuré, y él me dirigió una sonrisa alentadora antes de salir corriendo. Lo seguí tan rápido como pude, feliz, olvidando el dolor de la rodilla.

Más adelante, Beniek se cambió de colegio y dejé de verlo. Pero volvimos a encontrarnos para nuestra primera comunión.

La iglesia de la comunidad estaba a un tiro de piedra de nuestra calle, pasado el parquecito en el que nunca jugábamos por culpa de los borrachos y más allá del cementerio en el que enterrarían a mi madre años después. Íbamos a la iglesia todos los domingos. Mi abuela decía que había familias que solo iban para las festividades religiosas, o nunca, y a mí me daban envidia los niños que no tenían que ir tan a menudo como yo.

Cuando empezó la catequesis para la primera comunión, nos reuníamos todos dos veces por semana en la cripta. El padre Klaszewski era quien dirigía las clases, un sacerdote pequeño y viejo pero rápido cuyos ojos azules casi habían perdido su color. Era paciente, al menos casi siempre: juntaba las manos y las apoyaba sobre la sotana negra mientras hablaba y nos observaba con esos ojos pequeños y descoloridos. Pero a veces, ante alguna tontería, como cuando nos poníamos a charlar o nos hacíamos muecas, estallaba y, aparentemente al azar, nos agarraba de la oreja, apretaba con fuerza el lóbulo, con un pulgar y un índice cálidos, y tiraba hasta que lo veíamos todo negro y lleno de estrellas. Casi nunca ocurría cuando nos portábamos mal de verdad. Era un arma arbitraria, más temible aún por su carácter aleatorio e imprevisible, como la ira de algún dios irracional.

Allí fue donde volví a ver a Beniek. Me sorprendió que estuviera allí, porque nunca lo había visto en la iglesia. Había cambiado. El niño delgado que recordaba se estaba convirtiendo en un hombre —o eso pensaba yo— y, aunque tuviéramos solo nueve años, ya se veía la virilidad floreciendo en su

interior: un cuello fuerte con un espacio destinado a la nuez, unas piernas largas y robustas que asomaban de sus pantalones cortos mientras nos sentábamos en círculo en la sacristía, con los músculos visibles bajo la piel y el vello fino que le empezaba a brotar por encima de las rodillas. Seguía teniendo el mismo pelo revuelto, rizado y negro; y los mismos ojos, oscuros y algo traviesos. Creo que ambos nos reconocimos, aunque no dijimos nada al respecto. Pero, tras los primeros encuentros, empezamos a hablar. No recuerdo sobre qué. Cuando eres un niño, ¿cómo entablas amistad con otro niño? Quizás sea tan solo a través de intereses comunes. O quizás sea algo más profundo, según lo cual todo lo que dices y haces es un código involuntario. Pero el caso es que empezamos a llevarnos bien. De manera natural. Y después de catequesis, los martes y los jueves por la tarde, cogíamos el tranvía hasta el centro de la ciudad, pasando por el zoo y su león de neón encaramado en lo alto de la puerta de entrada, pasando por el edificio abovedado del Centro del Centenario que los alemanes habían construido para conmemorar el aniversario de algo que a nadie le importaba recordar. Atravesamos los puentes de hierro sobre el río Odra, en calma, marrón. Había muchos solares vacíos a lo largo del recorrido; la ciudad era como una boca a la que le faltaban dientes. En algunas manzanas tan solo se alzaba un edificio solitario y cubierto de hollín, como una isla sucia en un mar negro.

No le hablamos a nadie de nuestras escapadas; nuestros padres no lo habrían permitido. Mi madre se habría preocupado por los veteranos de rostros colorados que vendían baratijas en la plaza del mercado con los miembros amputados al descubierto y por los «pervertidos», palabra que emergía de sus labios como una serpiente de dos cabezas, peligrosa y fascinante. Así que nos escabullíamos sin decir nada y nos imaginábamos que éramos piratas recorriendo la ciudad por nuestra cuenta. Me sentía a la vez libre y protegido en su compañía. Íbamos a los quioscos y pasábamos los dedos por las páginas grandes y lisas de las revistas caras, señalando cosas que apenas comprendíamos —monjes asiáticos, miembros de tribus africanas, clavadistas de México— y maravillándonos ante la inmensidad del mundo y los colores que brillaban tras el blanco y negro de las páginas.

Empezamos a vernos también otros días, después de clase. Casi siempre íbamos a mi casa. Jugábamos a las cartas en el suelo de mi minúscula habitación, del ancho de un radiador, mientras mi madre estaba trabajando, y mi abuela venía a traernos leche y pan espolvoreado con azúcar. Solo fuimos a su casa una vez. La escalera del edificio era igual que la nuestra, húmeda y oscura, pero por alguna razón parecía más fría y sucia. Dentro, el apartamento era diferente: había más libros y no había cruces por ningún lado. Nos sentamos en el cuarto de Beniek, del mismo tamaño que el mío, y escuchamos los discos que le habían enviado sus familiares desde el extranjero. Fue allí donde escuché por primera vez a los Beatles, cantando

Help! y *I Want to Hold Your Hand*, canciones que me transportaban al instante a un mundo que me encantaba. Su padre estaba sentado en el sofá del salón leyendo un libro, con la camisa blanca más brillante que había visto nunca. Era tranquilo y afable, y yo envidiaba a Beniek. Lo envidiaba porque yo nunca había tenido un padre de verdad, porque el mío se había ido cuando yo era todavía un niño y no se había preocupado demasiado por verme desde entonces. A su madre apenas la recuerdo. Nos preparó pescado a la plancha y nos sentamos juntos en la mesa de la cocina. El pescado estaba salado y seco, y me pinché el interior de las mejillas con las espinas. Ella también tenía el pelo negro y, aunque tenía los mismos ojos que Beniek, cuando sonreía parecían ausentes de un modo extraño. Aun por aquel entonces me pareció raro que yo, un niño, sintiera lástima por un adulto.

Una noche, cuando mi madre volvió del trabajo, le pregunté si Beniek podía venir a vivir con nosotros. Quería que fuera como mi hermano, que estuviera siempre a mi lado. Mi madre se quitó el abrigo largo y lo colgó en el gancho de la puerta. Se le veía en la cara que no estaba de buen humor.

—Sabes que Beniek no es como nosotros —me dijo con una mueca despectiva—. No podría formar parte de la familia.

—¿A qué te refieres? —le pregunté confuso.

Mi abuela apareció por la puerta de la cocina, con una alfombra en las manos.

—Déjalo, Gosia. Beniek es un buen chico y va a tomar la comunión. Y venid los dos, que la comida se enfría.

Un sábado por la tarde, Beniek y yo estábamos jugando a la pelota en la calle con otros niños del barrio, al lado de nuestro edificio. Recuerdo que era un día cálido y húmedo, en el que el sol se asomaba solo a veces entre las nubes. Jugábamos y corríamos, animados por el aire cada vez más caliente, sintiéndonos protegidos bajo el techo que formaban los castaños. Estábamos tan concentrados en el juego que apenas nos dimos cuenta de que había empezado a oscurecer y a llover. El asfalto se ennegreció con la lluvia, y disfrutamos de la humedad después de un día abrasador, con el pelo pegado a la cara como si fueran algas. Recuerdo con claridad a Beniek así, corriendo, sin ser consciente de nada más que del juego, alegre, completamente libre. Cuando estábamos ya agotados y con la ropa calada, corrimos hacia mi apartamento. Mi abuela estaba en la ventana, llamándonos para que volviéramos a casa, gritándonos que nos íbamos a resfriar. Una vez dentro, nos llevó al cuarto de baño y nos hizo desvestirnos y secarnos. Me di cuenta de que quería ver a Beniek desnudo, y me sorprendió la celeridad de ese deseo, y me dio un vuelco el corazón cuando se quitó la ropa. Tenía un cuerpo robusto y lleno de misterios, blanco, plano y fuerte, como el de un hombre —o eso creía yo—. Tenía los pezones más

grandes y oscuros que los míos, y el pene más grande, más largo. Pero lo más confuso era que tenía la punta al descubierto, como las bellotas con las que jugábamos en otoño. Nunca le había visto el pene a nadie más, y me preguntaba si el mío tendría algún problema, si a eso se referiría mi madre cuando decía que Beniek era diferente. En cualquier caso, esa diferencia me excitaba. Después de secarnos, mi abuela nos envolvió en unas mantas grandes y me sentí como si hubiésemos vuelto de un viaje a una tierra maravillosa.

—Venid a la cocina —nos dijo con una alegría inusual. Nos sentamos a la mesa y tomamos té negro caliente y gofres. No recuerdo haber comido nunca nada que supiera tan bien. Estaba embriagado; sentía un cosquilleo en mi interior, como un dolor muy leve.

Llegó la excursión que hacíamos los que íbamos a tomar la comunión. Fuimos al norte, hacia Sopot. Era principios de verano, esa época que te hace olvidar cualquier recuerdo de las demás estaciones, cuando la luz y el calor te abrazan y te alimentan hasta la plenitud. Fuimos en autobús, unos cuarenta niños, a un centro de ocio acordonado cerca de un bosque tras el que se encontraba el mar. Compartía habitación con Beniek y otros dos niños; dormíamos en literas, yo encima de él. Dábamos paseos, cantábamos y rezábamos. Jugábamos a juegos bíblicos que organizaba el padre Klaszewski. Visitamos una vieja capilla de madera en el bosque, oculta entre arboledas de pinos, y rezamos con rosarios como un ejército de ángeles obedientes.

Por las tardes éramos libres. Beniek, algunos chicos y yo solíamos ir a la playa, a nadar en las aguas frías y revueltas del Báltico. Después Beniek y yo nos secábamos y nos separábamos de los demás. Trepábamos por las dunas de la playa y recorríamos el paisaje lunar hasta que encontrábamos una cresta perfecta: alta y escondida como el cráter de un volcán inactivo. Allí nos acurrucábamos como cigüeñas cansadas después de una travesía marítima y nos dormíamos con el agradable viento veraniego en la espalda.

Los monitores nos organizaron un baile la última noche de nuestra estancia, una celebración de la ceremonia que estaba por llegar. Convirtieron el comedor del centro en una especie de discoteca. Había *kompot* de fruta muy azucarado y palitos salados y música que provenía de una radio. Al principio todos parecíamos tímidos; sentíamos que nos estaban empujando hacia la adultez. Los chicos nos quedamos en un extremo de la sala, con nuestros pantalones cortos y nuestros calcetines hasta las rodillas; y las chicas en el otro, con sus faldas y sus blusas blancas. Después de que una chica le pidiera salir a bailar a su hermano, todos empezamos a movernos hacia la pista de baile, algunos en parejas, otros en grupos, meciéndonos y saltando, excitados por la bebida y la música y saber que habían montado todo aquello para nosotros.

Beniek y yo estábamos bailando en un grupo desperdigado formado por los chicos de nuestro cuarto cuando, sin previo aviso, se apagaron las luces. Fuera ya había caído la noche, y de repente también había inundado la sala. Las chicas gritaron y la música continuó. Me sentí eufórico, embriagado de repente por las posibilidades de la oscuridad, y una barrera que no sabía que existía se replegó en mi mente. Vislumbré la silueta de Beniek cerca de mí, y la necesidad de besarlo surgió arrastrándose de la noche como un lobo. Era la primera vez que era consciente del deseo de acercar a alguien hacia mí. Y ese deseo me llegó como un mensaje claro desde lo más profundo de mi ser, de un lugar que nunca había sentido antes pero que reconocí de inmediato. Me moví hacia él como si estuviera en trance. Su cuerpo no opuso resistencia cuando lo atraje hacia el mío y lo abracé, sintiendo la dureza de sus huesos, mi cara contra la suya y el calor de su respiración. Fue entonces cuando las luces volvieron a encenderse. Nos miramos con los ojos llenos de temor, conscientes de que había gente a nuestro alrededor, mirándonos. Nos separamos. Y, aunque seguimos bailando, yo ya no escuchaba la música. Me transporté a una visión de mi vida que me mareó tanto que me empezó a dar vueltas la cabeza. La vergüenza, pesada y viva, se había materializado, conformada a partir de miedos y deseos enterrados.

Aquella noche me tumbé en la cama a oscuras, en la litera de encima de Beniek, y traté de estudiar esa vergüenza. Era como un órgano que acababa de aparecer, monstruoso y palpitante, que de repente formaba parte de mí. No se me pasó por la cabeza la idea de que Beniek pudiera estar pensando lo mismo. Me resultaba imposible creer que otra persona pudiera estar en mi misma situación. Repasé mentalmente ese momento una y otra vez; me vi atrayéndolo hacia mí, mientras giraba la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, deseando que desapareciera. Casi había empezado a amanecer cuando el sueño al fin me liberó.

A la mañana siguiente les quitamos las sábanas a las camas e hicimos la maleta. Los chicos estaban todos entusiasmados, hablando de la discoteca, de las chicas más guapas, de sus casas y de la comida de verdad.

—Me muero de ganas de comerme una tortilla de cuatro huevos —dijo un chico regordete.

Otro le hizo una mueca.

—Pedazo de tragón insaciable.

Todo el mundo se rio, incluso Beniek, con la boca abierta y mostrando todos los dientes. Pude verle hasta las amígdalas, colgando en la parte posterior de la garganta, moviéndose al ritmo de su risa. Y, a pesar de la oleada de alegría compartida, no pude unirme a ella. Era como si hubiera un muro que me separaba de los otros chicos, uno que no había visto antes pero que ahora era evidente e irreversible. Beniek trató de mirarme a los ojos y yo me giré avergonzado. Cuando llegamos a Breslavia y nos recogieron nuestros padres, sentí que volvía como una persona diferente, pútrida, y que nunca

podría volver a ser quien había sido antes.

A la semana siguiente ya no tuvimos catequesis, y mi madre y mi abuela terminaron de coserme la túnica blanca para la ceremonia. Empezaron a cocinar y a prepararlo todo para las visitas de los familiares. En casa era palpable la emoción, pero yo no compartía ni una pizca de ella. Para mí, Beniek constituía el recuerdo de que había desatado algo terrible y lo había liberado al mundo, algo precioso pero peligroso. Sin embargo, seguía queriendo verlo. No me atrevía a ir a su casa, pero esperaba a que llamaran a la puerta con la esperanza de que fuera él. Pero no vino. Lo que sí llegó fue el día de la comunión. Apenas pude dormir la noche anterior, sabiendo que volvería a verlo. Por la mañana, me levanté y me lavé la cara con agua fría. Era un día soleado, en esa semana del verano en la que las bolas de semillas, blancas y etéreas, vuelan por las calles y cubren las aceras, y la luz de la mañana es radiante, casi cegadora. Me puse la túnica blanca de cuello alto que me llegaba hasta los tobillos. Era difícil moverse con ella. Tenía que mantenerme erguido y serio como un monje. Llegamos temprano a la iglesia y me quedé en la escalinata que daba a la calle. Las familias pasaban a mi lado a toda prisa; las chicas, con sus túnicas blancas de encaje y con coronas de flores en la cabeza. El padre Klaszewski estaba allí, con una casulla larga de mangas rojas e hilos dorados, hablando con los padres emocionados. Todo el mundo estaba allí, excepto Beniek. Me levanté y lo busqué entre la multitud. Las campanas de la iglesia empezaron a sonar, anunciando el comienzo de la ceremonia, y sentí un vacío en el estómago.

—Entra, cariño —me dijo mi abuela cogiéndome del hombro—. Que está a punto de empezar.

—Pero Beniek…

—Debe de estar dentro —respondió seria. Sabía que estaba mintiendo. Me arrastró de la mano y me dejé llevar.

En la iglesia hacía fresco, y el órgano empezó a sonar mientras mi abuela me llevaba hacia Halina, una chica impasible con guantes de encaje y trenzas gruesas, y ambos avanzamos por el pasillo de la mano, en una procesión de parejas, niños y niñas juntos, todos vestidos de blanco. El padre Klaszewski se situó al frente y habló de nuestras almas, de nuestra inocencia y del comienzo de un viaje junto a Dios. El incienso, denso y pesado, hacía que me diera vueltas la cabeza. Por el rabillo del ojo vi los bancos llenos de familias y divisé a mi abuela, a sus hermanas y a mi madre, que me miraban con un orgullo tenso. Sentía la mano de Halina caliente y sudorosa en la mía, como un animalillo. Seguía sin haber ni rastro de Beniek. El padre Klaszewski abrió el sagrario y sacó un cuenco de plata lleno de hostias. La música se convirtió en truenos; el órgano sonaba con fuerza, como un lamento. Y, uno a uno, los chicos y chicas se iban acercando al padre Klaszewski para ponerse de rodillas mientras él les colocaba la hostia en la boca, en la lengua; y, uno a uno, se iban alejando y saliendo de la iglesia. La

cola que tenía delante iba disminuyendo, y no tardó en llegar mi turno. Me arrodillé sobre la alfombra roja. Los dedos viejos del padre me colocaron la lámina en la lengua, seca en la humedad de mi boca. Me levanté y salí a la luz cegadora del sol, confundido y asustado, tragándome la mezcla amarga que tenía en la boca.

Al día siguiente fui a casa de Beniek y llamé a la puerta con una mano temblorosa. No conseguía que me dejaran de sudar las palmas. Unos instantes después, oí pasos al otro lado y se abrió la puerta. Apareció una mujer que no había visto nunca.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad. Era corpulenta, con una cara que parecía papel gris arrugado. Le colgaba un cigarrillo de la boca.

Estaba desconcertado, y le pregunté, consciente de la futilidad de mi voz, si estaba Beniek. Se quitó el cigarrillo de la boca.

—¿Es que no ves el apellido en la puerta? —Golpeó el cuadradito que había junto al timbre: «KOWALSKI», decía en letras mayúsculas—. Esos judíos ya no viven aquí. ¿Te queda claro? —Sonaba como si estuviera regañando a un perro—. Y no vuelvas a molestarnos o mi marido te dará una paliza que no se te olvidará.

Me cerró la puerta en las narices.

Me quedé allí de pie, atónito. Después subí y bajé las escaleras corriendo, en busca del cartel de los Eisensztein en las puertas de los vecinos, llamando a los demás timbres, preguntándome si estaría en el edificio equivocado.

—Se han ido —susurró una voz a través de una puerta entreabierta. Era una señora que conocía de la iglesia.

—¿Adónde? —le pregunté reprimiendo la desesperación durante un instante.

Miró a un lado y al otro del rellano, como para ver si alguien nos estaba escuchando.

—A Israel —dijo en un susurro. Una palabra que no significaba nada para mí, aunque su sonido vibrante y ominoso me resultó inquietante.

—¿Cuándo van a volver?

La señora, aferrada a la puerta, sacudió la cabeza despacio.

—Será mejor que encuentres a otro chico con quien jugar, pequeño. —Asintió y cerró la puerta.

Me quedé de pie en el silencio del hueco de la escalera y sentí cómo brotaba el terror de mi ombligo, me ahogaba la garganta y me apretaba los ojos. Las lágrimas empezaron a recorrerme las mejillas como mantequilla derretida. Durante mucho tiempo, no sentí nada más que su calor.

¿Tuviste tú a alguien así, alguien a quien amaste en vano de joven? ¿Sentiste alguna vez algo parecido a la vergüenza que sentí yo? Siempre di por hecho que sí, que era imposible que fueras por la vida tan a la ligera como les

hacías creer a los demás. Pero ahora empiezo a pensar que no todo el mundo sufre de la misma manera; que, de hecho, no todo el mundo sufre. O, al menos, no por las mismas cosas. Y, en cierto modo, eso es lo que ha hecho que lo nuestro fuera posible.

1 Śmigus-Dyngus es una jornada de celebración en Polonia que tiene lugar el primer lunes después del Domingo de Resurrección. Tradicionalmente, los jóvenes tiraban cubos de agua a las chicas, y la que recibiera mayor cantidad de agua tendría más posibilidades de casarse. Como es de esperar, hoy en día esta costumbre está desapareciendo en las ciudades (N. de los T.).

Capítulo 2

Ambos íbamos en aquel autobús. Varsovia, 1980. Hacía calor. Era principios de junio, el verano después de los exámenes finales de la universidad. Y, aunque habíamos estado siempre en el mismo curso, no nos conocíamos. Nunca habías ido a clase; nunca te había hecho falta. De modo que puede que nunca hubiésemos llegado a conocernos.

El autobús estaba esperando a que llegara más gente. Me senté junto a la ventana, con las cortinas de lana naranja corridas para tapar el sol, releyendo *Quo Vadis*. Me importaba menos la parte religiosa que la historia de amor, los giros heroicos, la valentía de la oposición. Así es como vivía entonces: a través de los libros. Me encerraba en sus historias, soñaba con sus personajes por la noche, fingía ser ellos. Eran mi armadura contra los bordes afilados de la realidad. Los llevaba conmigo a todas partes, como un talismán en el bolsillo, pensando que eran casi más reales que la gente que me rodeaba, que hablaba y vivía en un estado de negación, destinada, pensaba yo, a no hacer nunca nada que mereciera la pena contar.

Aparté la cortina y me miré en el reflejo de la ventana. Había días en que me gustaba lo que veía: la nariz larga y arqueada, los ojos con forma de almendra. Pero la mayoría de los días, no. La mayoría de los días, sentía un ligero reproche hacia mí mismo, una alienación de mi cuerpo de veintidós años.

El autobús se estaba llenando y el ambiente resultaba vertiginoso, impregnado con la promesa del verano. El asiento de al lado estaba vacío hasta que apareció Karolina y se lanzó sobre él, sonriendo con su boca enorme, una sonrisa teñida de su particular sarcasmo.

—¿Preparado para convertirte en campesino? —me dijo.

Dejé el libro sobre el regazo.

—Me muero de ganas —respondí tratando de aparentar indiferencia.

Karolina se rio echando hacia atrás la cabeza.

—Y yo me muero de ganas de verte manos a la obra en esos campos.

El autobús estaba ya casi lleno, y el conductor se subió, con el cigarrillo pegado a los labios, y nos pusimos en marcha. Íbamos vibrando al ritmo del traqueteo del motor. El sol me daba en la cara y, en el exterior, la aguja del

símbolo de la ciudad —el Palacio de la Cultura de Stalin— se elevaba tan alta hacia el cielo azul claro que dolía el cuello al mirarla. Me sentí extrañamente eufórico. Siempre me había gustado el acto de partir, ese espacio entre la partida y la llegada en el que parece que no estás en ninguna parte, definido por otro tipo de tiempo. Ese viaje me recordó al que había hecho cuatro años antes: el día que tomé el tren a Varsovia por primera vez solo, para ir a la capital, para dejar atrás a mi antiguo yo. Estaba en el andén con mi abuela, que sostenía un pañuelo en la mano enguantada para secarse los ojos llorosos, y dos maletas grandes a nuestro lado. No quería que me fuera, pero no dijo nada. Tenía dieciocho años y estaba ansioso por irme. Le di un beso apresurado y subí al tren, sintiéndome egoísta por abandonarla. Arrastré las maletas hasta mi compartimento, pasando junto a soldados que fumaban asomados a la ventana en el estrecho pasillo, y me instalé allí, entre hombres con trajes desgastados y mujeres con sombrero que bebían té de termos, pelaban manzanas y comían huevos cocidos envueltos en paños de encaje blanco como bebés bautizados. El tren se alejó y yo me quedé medio dormido mientras los pueblos sumergidos en los bosques pasaban a toda velocidad. Egoísmo. Crecer hasta convertirse en uno mismo no es más que egoísmo.

El autobús cruzó un puente que atravesaba el Vístula. Los árboles eran de un verde claro, y las orillas del río estaban repletas de ellos, como una cabeza de rizos espesos. El olor de los tilos y las lilas flotaba en el aire, dulce, colorido y embriagador, inundando la ciudad. Las orillas arenosas estaban desiertas, lo que hacía que toda la ribera pareciera salvaje. De no ser por las cimas de las torres grises que se alzaban tras la espesura de los árboles, habría parecido que ningún ser humano había vivido allí jamás.

Me volví hacia Karolina. Estaba fumando, dejando una marca en el cigarrillo del color rojo coral de sus labios gruesos. No recuerdo haberla visto nunca sin ese pintalabios, ni sin el flequillo rubio oscuro que enmarcaba sus ojos rebeldes.

—¿Estás bien? —me preguntó ladeando la cabeza.

Asentí y no pude evitar sonreír. Me alegraba tenerla conmigo. Nos habíamos conocido en primero, y desde entonces se había convertido en una hermana para mí. Fue ella quien me enseñó la mitad de todo lo que me interesaba saber. Tenía una pila de libros ilegales que leíamos y comentábamos juntos. Gracias a ella conocí a Simone de Beauvoir y a Miłosz, los poemas de Szymborska y los relatos de viajes de Kapuściński. A veces, Karolina comparaba nuestro país con la Etiopía de Haile Selassie y afirmaba que necesitábamos una revolución similar. Admiraba su valor para decir lo que pensaba.

«Venga ya —decía juntando las cejas cada vez que le preguntaba si no le

daba miedo expresar lo que pensaba. Mi madre y mi abuela me habían contado miles de historias de terror, de gente que habían conocido y que había desaparecido por un solo comentario crítico—. Stalin lleva muerto mucho tiempo. Sabemos que el sistema es una farsa. Hasta ellos saben que es una farsa. Y no estamos en Alemania Oriental, gracias a Dios. Aquí no saben lo que están haciendo».

Llegó el campo y avanzamos dando tumbos por las carreteras, dejando atrás amplios cultivos, bosques de abedules, extensiones interminables de pinos y pueblecitos destartalados con agujas de iglesias que sobresalían sobre las demás construcciones. No sé si Karolina sabía lo mío. Creo que lo sospechaba. Pero nunca me presionó, nunca me pidió explicaciones, y siempre le he estado agradecido por ello. Es el tipo de sutileza que no sé si yo habría tenido en su lugar. Solo estuvo a punto de pasarse de la raya en una ocasión. Fue más o menos un mes antes del campamento, al salir de ver *Tango*, de Mrożek, en el Teatro Nacional. Nos apetecía tomar algo y me llevó a un bar pequeñito escondido en una bocacalle estrecha del casco antiguo. Me dijo que allí era adonde iban los actores. El local estaba lleno de humo y de figuras oscuras y animadas apelotonadas junto a la barra y esparcidas también por la acera. Era principios de verano. Me di cuenta de lo que eran muchos de aquellos hombres, pero al principio no quería que fuera real. Tenían un aire exuberante que me inquietaba profundamente. Esa entonación con un final ascendente, los «querido» con los que adornaban las frases, esos ojos rápidos y voraces, el movimiento de sus caderas mientras Donna Summer gemía *I Feel Love* sobre ritmos eléctricos e hipnóticos, una canción que antes me había encantado, aunque en ese momento me reprendiera a mí mismo por haberme gustado alguna vez. En cuanto me lanzaron una única mirada furtiva, me sentí transparente. Karolina no parecía notar nada raro. También había mujeres, relajadas, pícaras y escandalosas. La miré de reojo, preguntándome si de verdad no se daba cuenta o solo fingía. Quería marcharme en ese mismo momento, dejar de fijarme, dejar de buscar un rostro que desearía y que nunca podría tener, pero Karolina nos pidió unas copas y me las arreglé para quedarme a charlar y centrar la vista en ella la mayor parte del tiempo. Cuando se nos fue terminando la cerveza, empecé a sentirme nervioso, irritado, y le pregunté por qué me había llevado allí. Me contestó sin darle demasiada importancia, como siempre. Me dijo que un amigo le había recomendado el bar.

—¿Qué amigo? —le pregunté.

Puso cara de estar pensando.

—No lo conoces.

Asentí y sonreí con ironía.

—En fin. ¿Podemos irnos ya?

No cambió la expresión, como si no me hubiera oído. Se bebió el resto de la cerveza de un trago, dejó el dinero en la barra y se levantó del taburete.

—Deja que vaya antes al baño.

Se marchó y me quedé solo entre la multitud, sintiéndome completamente indefenso, un niño avergonzado en medio de unos placeres que no podía comprender. No, fue aún peor. A mi lado, dos hombres mayores trajeados que nos habían estado echando el ojo hablaban con voces excitadas.

—¿Sabes, querido? —le dijo uno de ellos, que llevaba una chaqueta con cuello de piel, a su amigo, en un susurro fingido y voz de borracho—. Tienes que leerte ese libro inédito de Baldwin del que te he hablado. Se me saltaron las lágrimas al leerlo. Si con eso no reaccionas, no vas a reaccionar con nada.

El otro, muy delgado, asintió.

—Me lo pasarás, ¿no, querido?

—Sí, pero ten cuidado, que sabes que ni siquiera es mi ejemplar. Es suyo. —Y señaló a un hombre con una camisa de seda blanca que estaba al otro lado de la barra, sumido en una conversación con el que parecía uno de los actores de la obra que habíamos visto, un chico atractivo de pelo rubio ondulado y nariz pequeña y respingona.

Después de aquello, Karolina volvió del servicio y nos marchamos. Estaba decidido a no llevarme nada de ese lugar, ningún recuerdo, ninguna conclusión. Pero, como si fueran piedras que hubiera arrojado al cielo con todas mis fuerzas, los fragmentos de aquella noche —los chicos y los hombres que los deseaban, el coqueteo, los códigos de seducción sobre los que solo podía hacer conjeturas— volvieron a mí con mayor intensidad de la que había sentido al vivirlos. La ley de la gravedad también se aplica a los recuerdos. Y un día, mientras estaba sentado en la biblioteca tratando de trabajar, de despejarme, me acordé del libro. Encontré el nombre del autor en un catálogo del departamento de literatura extranjera. Baldwin. James. Había una lista de sus obras, y solo había una sin traducción oficial: *La habitación de Giovanni*. Tenía que ser esa. Cerré el catálogo y traté de olvidarlo. Pero no me quitaba el título de la cabeza; me tentaba como un diente suelto. Me propuse encontrarlo. Y, tras semanas de búsqueda, semanas de preguntas a dependientes de tiendas de aspecto sospechoso que me decían que no existía dicho libro, que nunca se había traducido, di con él. Ocurrió unos días antes del campamento, en una diminuta librería *antykwariat* especializada en arte e historia, regentada por un hombre que podría haber sido amigo de los del bar. Me dirigió una mirada expresiva, casi divertida, y luego se adentró en el almacén y regresó con un paquete de papel marrón que crujía.

Cuando llegó la hora de hacer el equipaje para el campamento, arranqué la cubierta, pegué las páginas en otro libro y lo enterré en el fondo de la mochila.

Nuestro autobús llegó al final de la tarde, cuando el sol se iba apagando pero aún no había empezado a ponerse. El campamento se encontraba a las afueras de un pueblo, rodeado de vallas bajas de madera y bordeado por un pequeño río a un lado. El autobús se detuvo frente al edificio principal, un amplio bungaló de hormigón con un reloj en la fachada y una serie de banderas —blancas y rojas, con la hoz y el martillo— que colgaban inertes. Un hombre bajito y corpulento vestido de uniforme nos observó con ojos pequeños y atentos mientras bajábamos del autobús, ligeramente mareados, alterados por el viaje.

—Soy el camarada líder Belka —bramó, y nos ordenó formar una fila frente a él. Había algo imperioso en su voz y algo de cansancio y enfado en sus formas. Era el mismo enfado y cansancio que había observado en mis profesores de la escuela, a los que les costaba creer en el sistema pero que castigaban a los demás por eso mismo—. Bienvenidos al campamento de educación laboral —continuó Belka, recorriendo la fila que habíamos formado—. Os felicito por haberos inscrito en un servicio tan importante como este.

Nuestros rostros permanecieron impasibles, pero a nadie se le escapó la ironía de sus palabras. La asistencia al campamento era obligatoria; nadie podía graduarse sin participar. Prosiguió con su discurso, ensalzando la importancia del trabajo agrícola, el papel de las clases trabajadoras en nuestra lucha socialista y el deber, incluso para los «intelectuales» (hizo una mueca al pronunciar la palabra), de contribuir a los esfuerzos de la patria. La obediencia era fundamental, dijo.

Era la misma perorata que llevábamos escuchando toda la vida, con más o menos convicción. Giré la cabeza y recorrí la fila con la mirada para encontrar a Karolina, pero, en su lugar, mis ojos se posaron sobre ti. Nunca te había visto, o al menos nunca me había fijado en ti. Sin embargo, sentí un alivio extraño, como si hubiera reconocido a alguien. Eras tan alto como yo, de hombros anchos, y tenías unos ojos claros que contrastaban con tu pelo oscuro. Mirabas a Belka, concentrado, y yo te estudié durante un momento, con la guardia baja, olvidándome de mí mismo. Como por instinto, como un animal que se da cuenta de repente de que lo están observando, giraste la cabeza hacia mí y, antes de que pudiera apartar la vista, nuestras miradas se encontraron, fijadas en el aire durante un instante infinito. Un fogonazo viajó desde mi estómago hasta mis mejillas, y se me enredaron los pensamientos como un ovillo. Giré la cabeza tan rápido como pude. Durante el resto del discurso, mantuve la mirada fija en el camarada líder, luchando mentalmente por mantener la compostura, sin demasiado éxito.

Cuando Belka terminó, cogimos el equipaje del autobús y nos dirigimos a las cabañas de madera repartidas por el recinto del campamento que nos habían asignado. Me tocó en una con otros tres chicos, Wojtek, Darek y Filip. Eran simpáticos, inocentes e inmaduros de una forma curiosa. Compartíamos

dos literas, una mesa y dos sillas. Fuimos al comedor a por la cena, servida por un ejército de mujeres con delantales y gorros de papel flácidos que estaban de pie detrás del mostrador como si alguien las hubiera dejado allí muchos años atrás. Una señora corpulenta de rostro imperturbable servía la sopa de tomate con arroz, mientras que una chica de edad indescifrable y piel rojiza apilaba el puré de remolacha y las patatas. Me senté con Karolina y los chicos de mi cabaña. Hablaban relajados, con bromas y burlas. Pero yo tenía la cabeza en otra parte. Miré alrededor del comedor, por todas las mesas largas, entre las voces enredadas y el tintineo de los cubiertos, hasta que te vi: sentado en una mesa al otro lado de la sala, en plena conversación con una chica, con la cabeza vuelta hacia ella. Te brillaba el pelo negro bajo la luz blanca e intensa del comedor, y se te veía concentrado de un modo extraño, con una mirada ligera pero implacable que despertaba en mí tanto envidia como deseo. Era como si tu sola presencia ya me dominara, como una profecía que no podía interpretar.

Aquella noche me quedé despierto en la cama, con los otros chicos durmiendo a mi alrededor y la luna entrando a través de la cortina entreabierta. Los recuerdos nítidos llamaron a la puerta de mi conciencia, y lo que acudió a mí fue una vieja pesadilla, una que había tenido a menudo de niño, una que se había apoderado de mí con una frecuencia cruel antes y después de la marcha de Beniek.

En ella, me encontraba en mitad de un campo interminable y descuidado. Todo estaba quieto, como petrificado, y reinaba un silencio abrumador. No había nadie, no solo cerca de mí o al alcance del oído, sino en ninguna parte. Con la lógica inexplicable de los sueños, estaba seguro de que en ese mundo no había nadie más que yo, el último miembro de una raza olvidada. Miré a mi alrededor y empecé a ver piedras rectangulares que sobresalían de la hierba, lisas y sin grabar, y supe que eran lápidas. Me estaban observando. Su quietud hizo que el pánico me acelerara el corazón. Estar allí era como una caída infinita. Era innegable lo auténtico que parecía todo; no como un sueño, sino como una premonición. Al despertar me sentía violado. Fuera, en la oscuridad de la noche, la rama de un castaño se mecía con el viento y arañaba la ventana como un monstruo que pedía que lo dejaran entrar, y me levantaba de la cama sin pensarlo y caminaba de puntillas por el suelo frío de madera hasta la habitación de mi madre. Dormíamos juntos; ella me abrazaba por detrás y me rodeaba la barriga con los brazos, y yo notaba su aliento, cálido y rancio, sobre la cabeza. Nuestros cuerpos, grande y pequeño, respirando al unísono, inspirando y espirando hasta que llegaba la mañana, cuando la oscuridad desaparecía y mi abuela venía a sacudirnos y a regañarnos mientras nos frotábamos las comisuras de los ojos para deshacernos de los restos de sueño.

—No está bien que estéis tan unidos —dijo una vez al despertarnos—. ¿Qué va a ser de un hombre que duerme en la misma cama que su madre

soltera? —Su voz adquirió un tono áspero que le salía directo de la garganta irritada.

—Mamá, que ha tenido una pesadilla. Y no es un hombre. Todavía es un niño —le dijo mi madre levantándose y quitándome las manos de encima. A mi abuela no se le fue la expresión de amargura.

—Está creciendo, Małgosia, por más que creas que sigue siendo un niño. Y sin un hombre en la casa que le enseñe cómo son las cosas, en esta casa de *babas*, se convertirá en un blandengue.

—¿Puedes dejar de meter a los hombres en todo? —gritó mi madre.

—¡No soy un blandengue! —grité mientras me ponía de pie sobre la cama —. Y mamá no necesita ningún hombre. Yo puedo cuidar de ella.

—¿Y qué pasara cuando te vayas de aquí y te cases? —me preguntó mi abuela con una voz cada vez más estridente y desagradable, como si me estuviera imitando—. ¿Entonces qué va a hacer tu mami, eh? ¿Se va a tener que quedar más sola que la una?

—No me voy a casar nunca —respondí—. Nunca. Y no voy a dejar a mamá nunca sola.

—¿Ves lo que te digo? —le dijo mi abuela a mi madre—. ¿Ves en lo que estás convirtiendo al niño? No es normal.

—¡Sí que lo soy! —le grité, y me desplomé sobre la cama y agarré el edredón de mi madre con los puños. Tras aquellas palabras palpitaba la vergüenza, como una serpiente que se arrastraba bajo un manto de hojas. Algunas noches, cuando el deseo involuntario y cada vez más acuciante me impedía dormir, me dejaba llevar por su corriente. Dejaba que las fantasías ocultas me arrastraran, escuchaba su murmullo, el de los chicos y sus cuerpos, sus siluetas duras y blancas, el olor a sudor y a almizcle y a piel. Me llegaban destellos de momentos de las clases de Educación Física: de muslos bajo pantalones cortos y de axilas en camisetas sin mangas; de Henryk, el chico más fuerte de la clase, en las anillas forradas de cuero, colgando por encima de todos nosotros en el gimnasio, con los bíceps flexionados, el contraste del vello oscuro de las axilas con su piel, las venas precoces que le recorrían los brazos, el bulto en los pantalones cortos blancos… Imágenes de los vestuarios, de las duchas que nos dábamos después, del agua que recorría las espaldas y los surcos de los pechos y bajaba por los ombligos hasta llegar a los bastiones de las pollas, que solo me atrevía a mirar durante un momento y cuya imagen, sin poder evitarlo, grababa a fuego en la mente.

Cuando acababa y dejaba que mi cuerpo se desahogara, apartaba esos pensamientos y los desterraba a los recovecos más profundos de mi mente. Y, sin embargo, me despertaba con las mismas imágenes atrapadas en la cabeza, como moscas prisioneras en una tira de pegamento. Años de anhelo comprimidos como un músculo, palpitando sin piedad. Me sentía como una llama de gas que habían dejado encendida en los fogones sin motivo.

Un día, justo antes de los exámenes finales, cuando ya no podía

soportarlo más, en vez de irme directo a casa después de clase, fui a pasear por la ciudad solo, sintiéndome alejado del mundo. Caminé sin rumbo, mientras oía retazos de conversaciones de parejas que iban peinadas y vestidas para salir, con trajes y corbatas y faldas y blusas, hombres que les llevaban el abrigo a las mujeres y les hacían alguna broma, mirándolas con aprobación; pasé junto a grupos de chicas que salían de clase, con sus uniformes de faldas azules largas y calcetines blancos subidos hasta las rodillas, y que caminaban de dos en dos, con las trenzas colgando por detrás como colas; dejé atrás a grupos de hombres que fumaban en silencio, con caras amoratadas, sentados en bancos y bebiendo de botellas sin etiquetas. La ciudad estaba sucia y destrozada, con capas de hollín y de antigüedad en las fachadas; nada limpio, nada claro, un mundo turbio de segunda mano. Tenía la sensación de que nunca lograría escapar, ni de mí mismo ni de todo aquello. Caminé y caminé, y me dolían las piernas y los pies, y eso era lo único que me calmaba un poco.

Al otro lado del río, el sol empezaba a ponerse tras las torres medio derruidas de la catedral. Las tiendas estaban cerrando, y hombres y mujeres con zapatos negros salían a toda prisa de los edificios y hacían cola en las paradas de autobús. Yo seguía sin ir a casa. Me quedé cerca del antiguo mercado central, viendo salir a las mujeres con sus bolsas de malla llenas de verduras y barras de pan, y entré y vi a los vendedores guardar la mercancía. En el piso de arriba, anduve por las pasarelas de hierro y pasé por delante de las tiendecitas, por debajo del enorme techo abovedado, con sus farolas y ascensores de hierro. En una de las tiendas había un anciano detrás del mostrador, con el pelo blanco y fino repeinado sobre el cuero cabelludo. Solo había una bombilla en todo el local, que colgaba del techo, no muy lejos de su rostro, y algo me animó a entrar. En los estantes de detrás del hombre había unas botellas sin etiquetas.

—Un litro —le dije.

Me miró con cierta curiosidad y cogió una de las botellas. Le pagué con la paga que me daba mi madre.

Llevé la botella escondida en el abrigo mientras caminaba hacia el parque Staromiejski, el de cerca del río. Todo el mundo sabía que allí iban los «invertidos». Encontré un banco justo fuera del parque y observé a las madres y las parejas que se marchaban al caer la noche mientras le daba sorbos a la botella que me quemaban la boca y la garganta, me quemaban por dentro. Dolor seguido de alivio.

Cuando me sentí lo bastante poderoso y aturdido, entré en la oscura boca del parque. Al principio parecía vacío. Pero, aun así, empecé a temblar por el miedo y las posibilidades.

Había un banco que le daba la espalda al río, iluminado por el tenue resplandor de la luna. Me senté y sentí cómo me temblaba el cuerpo y me botaban las rodillas solas. Di unos cuantos sorbos más y miré a mi alrededor

mientras se me adaptaban los ojos a la oscuridad. Por el camino apareció una figura. Se acercó despacio y se sentó a mi lado. Me dio miedo mirarle a la cara. Me preguntó cuántos años tenía, con una voz amable y seca.

—Dieciocho —mentí, y noté que el hombre afirmaba con la cabeza.

—Eres muy guapo. ¿Qué haces aquí de noche? —Era consciente de que seguía temblando. Me puso la mano en la rodilla para calmarme el cuerpo—. Estás nervioso, ¿no? —me dijo.

Asentí, más tranquilo gracias al contacto, y al fin me atreví a mirarlo. Lo primero que me llamó la atención fue su edad —podría haber sido mi padre — y su rostro tan desgastado, como si la vida se hubiera cobrado ya las mejores partes de él y hubiera dejado solo una cáscara. Y, sin embargo, su tacto me agradaba. Sacó una petaca del bolsillo interior de la chaqueta y me la tendió. Le di un sorbo, noté su olor en la boquilla y, sin quererlo, me lo imaginé desnudo sobre mí. La intensidad de esa posibilidad, junto con el alcohol que me quemaba la garganta, me embriagó.

—Venga —me dijo cogiendo de nuevo la petaca y recorriéndome el muslo con la mano—, vámonos. Estaremos mejor en un lugar más tranquilo.

Se levantó sin esperar mi reacción y fui detrás de él. Le seguí en la más absoluta oscuridad hacia un hueco entre los arbustos tan negro que parecía que me había quedado ciego. Fui caminando con pasos inseguros. En un momento dado se detuvo y me choqué contra él, y los dos nos quedamos de repente frente a frente. La oscuridad me resultaba reconfortante: era como si nos hubiéramos fundido en la noche y nada de lo que ocurriera fuera del todo real. Comenzó a acariciarme el cuello con unos dedos ásperos y callosos, y sentí su aliento fuerte en la cara. El corazón amenazaba con salírseme del pecho. Con un movimiento apresurado pero ensayado, me aflojó el cinturón y me sacó la polla, que agradeció el contacto de unos dedos desconocidos y el aire del verano. Desapareció de mi vista al arrodillarse y me envolvió en la cálida cueva de su boca. Fue una sensación increíble. Sentí como si me adentrara en un túnel, o como si un túnel se abalanzara sobre mí. Al echar la cabeza hacia atrás, vi las estrellas en el cielo. Después oí que se bajaba la bragueta y noté que se masturbaba, con movimientos rápidos y urgentes que me excitaban. Y así, él resoplando y yo jadeando, la premura y la abyección ascendieron por mi interior como un calor, como un grito irreprimible, acumulándose, empujando, tomando el control, hasta que las luces se apagaron, cerré los ojos y exploté en su boca, y el calor y la humedad se encontraron en un gran alivio terrible.

Quise irme corriendo a casa; sabía que tenía que alejarme de aquel lugar, y me acordé de mi abuela, que a esas alturas estaría preocupadísima. Pero no lo hice. Porque después de haber acabado en la boca de aquel desconocido, casi sentía que ya no tenía casa. De modo que, después de que él terminara con un gruñido grave y nos subiéramos las cremalleras, volvimos al banco en el que nos habíamos encontrado al otro lado de mi

vida y empezamos a charlar. De repente, ya no había barreras. Me contó una historia tras otra, y yo no paré de hacerle preguntas, sintiendo que era mi deber aprender. Me habló de su primera vez, en el bosque, con un granjero de su pueblo. Me contó que había ido a la guerra y que había estado a punto de morir, y que unos soldados rusos lo habían violado en un campo de prisioneros de guerra. Asentí y le dije que lo sentía, pero me obligué a no sentir nada. No podía permitir que su dolor penetrara en mí.

—¿Vives con tu familia? —le pregunté de pasada.

Se rio. Vivía solo, me dijo, en una habitación individual en uno de esos grandes bloques de apartamentos burgueses que los alemanes habían construido cuando la ciudad aún se llamaba Breslau, los mismos apartamentos que ahora estaban en ruinas y que albergaban hasta una docena de personas. Compartía la cocina y el baño con tres familias, cada una en una habitación individual. Venía al parque todas las noches, decía. No sé por qué fue tan sincero conmigo, pero me hizo sentir menos solo.

—¿Y qué hay del… —vacilé— amor?

Resopló y sonrió por primera vez, mostrando unos dientes grises.

—Si eres *ciota*, si eres maricón —dijo al fin—, estarás siempre solo. Y aprenderás a soportarlo. Algunos tienen mujer e hijos —señaló con la cabeza —, como ese que has visto pasar antes, pero esos son los peores. Se soportan aún menos a sí mismos. Al menos yo soy libre. —Miró a través de la oscuridad del parque, encendió un cigarrillo y exhaló el humo a la noche—. Damos y recibimos amor durante una noche, puede que un par de semanas. Pero nada más. Hay demasiado resentimiento. Demasiado odio. Si eres así, vives por y para el placer y esperas que la policía no te detenga. Eso sí, a mí me han parado un par de veces, pero siempre me las he arreglado para librarme.

Sus palabras me persiguieron durante mucho tiempo. Le había dicho mi nombre —él me había dicho el suyo, y sentí que se lo debía—, pero no quería recaer, acercarme de nuevo a esa sórdida tentación. No quería ser como él. Mi mayor temor era acabar solo. Sin embargo, una parte de mí estaba segura de que sucedería, y de que era lo peor que le podía pasar a alguien. Sabía que no sería capaz de soportarlo. Decidí no volver al parque, no volver a mirar a los chicos de clase de la misma manera, enderezarme. Después de esa noche, cuando llegué a casa y mi abuela vino corriendo hacia mí y me preguntó dónde había estado y lloró y me olió el alcohol en el aliento y me abofeteó y me abrazó, decidí que no dejaría que lo malo que había en mí se apoderara de todo mi ser.

Fue en esa época, o poco después, cuando conocí a Jolka. Era amiga de una amiga de clase, y yo sabía que le gustaba. La había visto competir en los campeonatos de gimnasia del instituto, y su cuerpo —firme, alto y delgado— no se parecía al de las demás chicas, cuya suavidad y redondez me asustaban. Una noche, en un baile que celebraron en el gimnasio del

instituto, la besé al son de Maryla Rodowicz, mientras la melancolía de la canción llenaba la sala y yo intentaba perderme en algo que sabía que nunca me ocultaría del todo. Justo por encima de nuestras cabezas colgaban las anillas de gimnasia, desprendiendo su olor a cuero y sudor.

Esa semana cogí a Jolka de la mano y la paseé por nuestra calle. Mi abuela y mi madre nos miraban desde la ventana de la cocina. Estaban rebosantes de orgullo.

§

La primera mañana de campamento nos despertaron temprano, irrumpiendo en la cabaña y haciendo sonar un silbato, dejándonos el tiempo justo para lavarnos los dientes en los baños y tomar algo de sopa de leche y té en el comedor. Durante las semanas siguientes, me di cuenta de que, comiéramos lo que comiéramos, el comedor siempre olía a col y a grasa, como si todo el edificio se hubiera impregnado de una mezcla de ambas cosas poco antes de nuestra llegada. Todos los días hacíamos cola para pedir algo que no queríamos, algo que poco a poco se convirtió en lo único que conocíamos.

Después de desayunar nos dieron nuestros uniformes: un par de pantalones cortos y una camiseta verde, tanto para los chicos como para las chicas. Eran de un algodón rígido y áspero que al tacto parecía lona. Sentíamos el sol de la mañana, aún fresco, en los muslos y los brazos cuando salimos de la cabaña para reunirnos de nuevo frente al edificio principal. Los ojos del líder de los camaradas se cernían sobre nosotros con una satisfacción ruin.

—Durante las próximas semanas, recogeréis remolachas de los campos de por allí —ladró señalando al otro lado de la valla del campamento.

Gritó los nombres de la lista y nos dividió en grupos.

Cuando dijo mi nombre, me uní a un grupo que estaba a un lado. No reconocí a nadie, salvo a ti. El estómago me dio un vuelco involuntario. Fuimos presentándonos y, cuando te tocó a ti, me estrechaste la mano —con una mano mullida, grande y cálida— y me dijiste tu nombre con esa voz baja y clara que denotaba una confianza natural. Apenas pude responder. Tenías un rostro ancho y robusto, bien formado, con pómulos altos como puestos de avanzada que custodiaban tus ojos, rasgados y de un azul intenso.

—Encantado de conocerte —me dijiste—. Me llamo Janusz.

«Janusz». Dos sílabas que suben y bajan y se suceden de forma lógica, casi inevitable, y cuyo sonido conjunto es tan familiar, tan natural, que el significado de sus partes permaneció oculto para mí hasta años después: «*Ja*» significa «yo» en nuestro idioma, y «*nusz*» suena igual que la palabra que usamos para decir «cuchillo».

El silbato del líder resonó en el aire mientras nos indicaba con gestos que

avanzáramos hacia el otro lado del campamento. Me quedé atrás a propósito cuando los grupos empezaron a moverse, apenado y aliviado de verte caminar por delante. Nos volvimos a reunir en un campo enorme que parecía no tener fin y observamos al líder y a un agricultor del pueblo, un hombre de cara colorada que llevaba pantalones de lana y una camisa vieja remangada, mientras nos enseñaban a recoger las remolachas: apartando la tierra que las rodeaba con las manos, agarrando por la zona donde las hojas se unían al bulbo, tirando con fuerza para arrancar la planta con las raíces. A cada grupo se le asignó una parte del campo, y nos dieron cestas y guantes. Teníamos desde las nueve hasta las cinco de la tarde para alcanzar las cuotas.

—¡Y nada de procrastinar, camaradas! —gritó Belka tratando de mirarnos a todos a la vez—. Voy a estar patrullando los campos.

Todo aquello era nuevo para mí y, cuando empezamos a trabajar, sentí el cuerpo como una construcción metálica, pesada e inflexible. Tenía que arrodillarme sobre la tierra marrón para poder agarrar bien las remolachas, con la mente inquieta. Tú estabas en la primera fila, como si nos dirigieras, moviéndote con agilidad, con las piernas flexionadas y la espalda recta. Se distinguían los movimientos de los músculos de tus piernas bajo la piel, los tendones se te contraían como cuerdas tensadas y las venas te recorrían los antebrazos y se confundían como los ríos de un mapa. Tenías las manos fuertes y gruesas, con unas uñas cuadradas y unos dedos anchos como mangos de destornilladores. «Esas manos no son de ciudad», recuerdo haber pensado.

Al cabo de un rato me empezó a doler el cuerpo, pero verte así me hizo seguir trabajando a mí también. El sol empezó a pegar más fuerte, arrojándonos su calor sobre los brazos, las piernas y la nuca. A medida que avanzábamos, iba aumentando el sudor: al principio, unas gotas discretas por aquí y por allá, en la frente y en la parte baja de la espalda; y luego, conforme seguíamos trabajando, empezaron a brotar pequeños chorros, potenciados por el movimiento. Continué sintiendo el dolor en el cuerpo, pero después empecé a notar que se iba desvaneciendo. Me sorprendió la energía que se hallaba más allá de la molestia. El ritmo me hizo proseguir, y el tacto de la tierra y la sensación de las plantas se volvieron hipnóticos. El olor era húmedo, penetrante y fresco. Me recordó al jardín de la tía Marysia, en las afueras de Breslavia, con sus arbustos de bayas y árboles frutales y lugares donde uno podía esconderse, y nada más que campos al otro lado de la valla. Hacía tiempo que no pensaba en eso. De niño, mi madre me llevaba allí y me pasaba horas jugando solo; cavaba y encontraba gusanos y escarabajos, y agarraba la tierra y la veía desmoronarse entre mis dedos e intentaba comérmela.

Seguí trabajando con la tierra y, con ella, me olvidé de mí. Había otros grupos a lo lejos, todos agachados sobre las remolachas, respirando con

esfuerzo bajo un cielo abierto y amplio. Hicimos una pausa para almorzar, dormimos la siesta en las cabañas durante una hora y volvimos a trabajar, con un sol más suave y el cuerpo más fresco. Cuando ya habíamos trabajado más de la cuenta, el silbato del líder resonó en el campo para indicar el final de la jornada. Me dolía el cuerpo en partes de las que nunca había sido consciente, y me fui a la cama agotado. No dormía tan profundamente desde niño.

Me fui acostumbrando a verte, pero nunca hablamos. Durante las pausas, el grupo descansaba a la sombra de una cabaña que había en un extremo del campo, y tú fumabas con otros chicos, y yo charlaba con las chicas. Pero no contigo. Te evitaba para que tú no pudieras evitarme. No quería estar al alcance de tu poder. Envidiaba esa despreocupación y esa belleza que portabas con tanta soltura.

A la hora de comer me sentaba con Karolina y Beata, una amiga de clase. Era bajita, con la cara redonda y pechugona, y se reía con la misma facilidad con la que se asustaba. Nos dijo que se iba a casar con un chico del curso inferior en cuanto terminara el campamento.

—No estarás embarazada, ¿no? —le preguntó Karolina con expresión de preocupación.

—¡No, por Dios! —chilló Beata sonrojada.

—Porque ya sabes que no te puedes fiar de los condones —añadió Karolina fingiendo no darse cuenta del color cada vez más intenso del rostro de Beata—. Algunas de esas arpías de las tiendas los perforan con agujas diminutas y los venden así. No soportan que nos divirtamos. Así que lo que necesitas en realidad es la píldora. Si quieres, te llevo a mi médico. Es una mujer, y no te pregunta si estás casada.

Beata se puso como una remolacha y negó con la cabeza.

—Solo llevamos seis meses saliendo —murmuró con la mirada en su plato —. Pero el gobierno les va a dar prioridad a los matrimonios para conseguir vivienda. Estoy harta de vivir con mis padres.

—Pero, cariño, eso puede tardar siglos —respondió Karolina intentando no sonar demasiado cruel—. Dos años o más. Pero bueno, puede que tengas suerte.

Mientras ellas dos hablaban, yo te observaba al otro lado del pabellón, sentado con la misma chica con la que te había visto la noche anterior. Ella llevaba una chaqueta vaquera, nueva, de un azul intenso, una prenda que solo se podía comprar con dólares en las tiendas Pewex del gobierno. La miré fijamente, absorto. No es que fuera guapa, al menos a primera vista, con el pelo liso y oscuro y la raya en medio; pero su postura y su forma de sonreírte mientras hablabas con ella transmitían seguridad y autoconfianza. A su lado se sentaba Maksio Karowski, un chico corpulento conocido por ser

hijo de un alto funcionario del Partido y con fama de intentar seducir a casi todas las chicas (y conseguirlo casi siempre).

Algunas noches, después del trabajo, Karolina, Beata y yo caminábamos hasta el pueblo que quedaba más cerca del campamento. Nos sentábamos en un banco de la plaza, bajo unos árboles frutales, frente a una iglesia de madera, y veíamos pasar a las parejas de ancianos, las mujeres con pañuelos de flores cubriéndoles el pelo y los hombres con bastones y sombreros y caras tan desgastadas como sus zapatos. Íbamos a la única tienda del pueblo para ver si tenían cigarrillos o refrescos, y casi nunca tenían. Beata nos susurraba que eso era una señal de que la economía se iba a hundir pronto, y Karolina se reía.

—La economía lleva hundiéndose desde que nacimos —dijo una noche, mostrando esos dientes tan grandes que tenía al entreabrir los labios pintados—. Nuestro querido secretario general del Partido, Gierek, ha pedido tanto dinero prestado a Occidente que ni nuestros nietos van a poder pagar nuestras deudas. Pero antes de que llegue todo eso, voy a ser yo la que se va hundir, por el aburrimiento que me está dando el campo.

Encendió un cigarrillo de la ciudad, dio una calada profunda y expulsó el humo por la nariz.

Empezó a sonar la campana de la iglesia, y una bandada de golondrinas salió a perseguir insectos invisibles bajo una luz que iba disminuyendo. Empecé a pensar en lo que haría después del verano. Años atrás, los niños con los que había jugado en la calle habían empezado a trabajar en fábricas, en minas y en tiendas o a conducir autobuses, mientras que yo me había ido a la capital a estudiar. El trabajo me había parecido el principio del fin; la universidad, una prolongación de la juventud. Y lo había disfrutado, a pesar de sus limitaciones: no podíamos leer lo que queríamos y se suponía que debíamos ver la decadencia del capitalismo en todos los textos occidentales, aunque la mayoría de los profesores apenas se molestaban por fingir que les importaba el Partido. Pero ahora que había acabado los estudios, no tenía ni idea de lo que vendría después. Uno de mis profesores de Literatura me había cogido cariño y me había mencionado algo sobre un posible doctorado. Pero sospechaba que intentaría hacerme estudiar algo absurdo, algo útil desde un punto de vista político, algún tema en el que me vería atrapado durante años. Y sabía que no podría soportar la enseñanza. No con un sueldo tan pésimo durante toda la vida, no con las simples verdades que todo el mundo conocía, nuestro anhelo por las comodidades occidentales, nuestro odio a los soviéticos, innombrable o castigado con el despido.

Por entonces no tenía ni idea del rumbo que tomaría mi vida, y el trabajo del campamento no parecía ofrecer demasiado alivio. El sol era inclemente y mi cuerpo se rebelaba contra el esfuerzo negándose a sudar. Mientras

separaba la tierra y tiraba de las remolachas, mis pensamientos volvían a ti, al bar al que me había llevado Karolina, al vacío que se extendía ante mí. Y luchaba contra todo aquello, contra las remolachas y contra los pensamientos, contra su obstinación, su tenacidad. Luchaba contra ellas y ellas luchaban contra mí, hasta que las arrancaba y llegaba la siguiente. Para entonces, ya era más rápido, más fuerte. Ya no tenía que arrodillarme en la tierra. Me quedaba de pie, como tú, con las rodillas flexionadas y la espalda recta. Pero seguía pasándolo mal; mi verdadera lucha no era contra la tierra ni contra las plantas. Poco a poco, despacio, encontré mi ritmo. Dejé de luchar. Dejé de pensar. Un día, mientras trabajaba de ese modo, el sudor comenzó a liberarse. Permití que mi cuerpo y la tierra se unieran; me dejé llevar y, por primera vez en toda mi vida, empecé a apreciarlo todo por sí mismo, a entender que cada cosa era un milagro. La tierra, por ser la tierra; mis manos, por ser mis manos; las plantas, por crecer de las semillas; y las personas a mi alrededor, todas con sus derechos y sueños y mundos interiores propios. Sudaba más que nunca; el sudor me empapaba la cara, me recorría las cejas espesas hasta llegarme a los ojos, me inundaba el cuello y la espalda como si diluviara, y yo acepté su regalo. Era como si el sudor se hubiera llevado el pasado y todos los pensamientos y temores del futuro con él, y todo lo que quedaba era el ahora, limpio y ligero y siempre danzante.

Esa tarde me separé de los demás y fui a dar un paseo. Hacía una tarde agradable. Crucé la valla y atravesé los campos de remolachas hasta que llegué a un riachuelo. En la orilla crecían amapolas rojas y amarillas, y el viento mecía la hierba alta. El murmullo del agua se adentraba en mi subconsciente y me resultaba relajante. Seguí caminando. En la otra orilla del río, una liebre corría por el campo; se detuvo al verme, con las orejas levantadas como helechos peludos y moviendo el hocico de arriba abajo. Allí nos quedamos los dos, inmóviles, examinándonos. Al final, giró la cabeza y se marchó brincando.

Me sentó bien el paseo. Me recordó a los que daba por Breslavia sin rumbo fijo, cuando ya no soportaba estar bajo el mismo techo que mi abuela o en clase. No había ningún sitio en el que pudiera estar solo, sin interactuar, sin interpretar un papel. Hasta cuando paseaba por la manzana, los vecinos me saludaban y me estudiaban. En ocasiones me subía al tranvía y recorría la ciudad. Me bajaba en la última parada, en un barrio en el que nadie me conocía, y deambulaba por allí, sin pensar, observando las calles, las casas y las personas desconocidas, y sintiéndome libre y anónimo. Como un folio en blanco. Había olvidado el placer que me daba aquello y, en ese instante, allí, junto al río, con los campos que se extendían ante mí y el campamento a lo lejos, a mis espaldas, regresó una parte de esa libertad. El agua estaba clara y en el fondo se veía el lecho de guijarros y barro marrón claro y unos pececitos que nadaban de un lado a otro.

Seguí adelante, sin pensar adónde iba, hasta que me detuve sin saber muy

bien por qué. Había algo grande moviéndose en el agua. Alguien estaba nadando. La parte posterior de una cabeza —de pelo negro y mojado— se alejaba de mí, y yo me quedé allí mirando, viendo sin ser visto. Unos hombros anchos y una espalda musculosa nadaban a crol, rápido y con confianza, con la cabeza bajo el agua, saliendo a respirar cada dos brazadas. Antes de que me diera cuenta, la figura se había dado la vuelta y había empezado a nadar hacia mí. Se acercaba más y más con cada movimiento. Tenía el sol detrás de mí, y proyectaba una sombra larga sobre el agua. En cuanto la figura atravesó ese tramo oscuro a nado, se detuvo y alzó la cabeza.

Te frotaste los ojos con el dorso de la mano y te pusiste de pie en el agua, que solo te llegaba hasta la cintura.

—Hola —me dijiste. Sonaba como si no supieras quién era. Varios arroyos te recorrían el torso. Tenías un cuerpo esbelto y fuerte, con líneas y divisiones trazadas por el pecho y el abdomen, con sus propias leyes de gravedad.

—Hola —respondí debatiéndome entre irme corriendo y observarte.

Entrecerraste los ojos y te llevaste la mano a la frente para protegerte del sol a mi espalda.

—Eres de nuestro grupo, ¿no?

Afirmé con la cabeza.

—Soy Janusz —me dijiste con una sonrisa natural. Lo cómodo que parecías allí de pie resultaba casi ofensivo. Yo era quien se sentía desnudo.

—Te dejo que sigas. No quería molestar.

Me di la vuelta para marcharme.

—¿Y tú?

Volví a girarme.

—¿Yo qué?

Te reíste. Era un sonido ligero y alegre, autosuficiente y contagioso.

—Estás en las nubes, ¿no? Que cómo te llamas.

Reí yo también, y sentí que me sonrojaba.

—Soy Ludwik. Ludwik Głowacki.

Me impactó lo poco que significaba mi nombre para mí, lo absurdo que era su intento de contenerme.

Asentiste.

—Encantado de conocerte del todo. ¿No quieres probar el agua? —Moviste los brazos por el río—. Está buenísima.

—Gracias. Pero nadar no es lo mío.

Me miraste raro.

—¿No sabes nadar?

Negué con la cabeza.

—No, no es que no sepa. Es que no me gusta.

—¿Ni con el calor que hace? ¿Por qué no? —Reíste incrédulo, con una

sonrisa burlona y cautivadora.

Me encogí de hombros y di unos pasitos hacia atrás.

—Puede que otro día.

—Vale —dijiste asintiendo—. Otro día. Yo vengo casi todas las tardes.

—Nos vemos, entonces —te dije mientras me alejaba.

Tras dar unos pasos, por más que intenté contenerme, me giré. Tu cuerpo se deslizaba por el agua, dejando una estela de ondas por la superficie.

Al día siguiente te vi con más claridad que antes, como si estuvieras dibujado sobre el fondo de los demás. Me permití observarte, te miré mientras trabajabas y cuando hablabas con la gente de tu mesa, sobre todo con la chica de pelo negro y ropa de Occidente. Tu forma de ser mostraba una elegancia inherente, una soltura y una comodidad contigo mismo y con el mundo, como si ningún miedo hubiera penetrado jamás en tu mente, como si el camino por el que andabas fuera flexible y pudieras moldearlo con los pies. Y, sin embargo, no nos dirigimos la palabra ni casi nos saludamos, salvo por un pequeño movimiento de cabeza y una sonrisita cómplice que me dirigiste en el campo. Aparte de eso, nuestro encuentro había sido algo aislado, confidencial.

Aquella tarde fui a esa misma zona junto al río, pero tú no estabas allí. Así que me tumbé sobre la hierba, contemplé el cielo y escuché el agua. Me preguntaba si no habrías venido por evitarme, o qué otra cosa podría significar que no estuvieras allí. Entonces percibí un movimiento, una presencia cercana, y me levanté.

Allí, entre la hierba alta, un cuerpo yacía en el suelo, casi oculto. Me acerqué sin hacer ruido. Estabas tendido boca arriba, con una mano bajo la cabeza y la otra sobre el estómago. Tenías los ojos cerrados. La mano que tenías sobre el vientre ascendía y descendía al ritmo lento y constante de tu respiración. Tenías la camiseta ligeramente levantada, y se te veía el abdomen bronceado y la ristra de vello fino que lo recorría. Me quedé paralizado durante un momento, mirándote, temiendo que despertaras y me vieras así. Tus pestañas, tan largas. Las venas preciosas de tus brazos. Lo único que quería era quedarme allí y observarte. Abriste los ojos, grises azulados y brillantes. Me miraste y me dio un vuelco el corazón.

—Ey. —Tenías voz de dormido.

—Ey. ¿Te he despertado? —Me alejé unos cuantos pasos. Me sentía fuera de lugar.

Te levantaste y te apoyaste sobre los codos, cerraste los ojos con fuerza y los volviste a abrir.

—Creo que sí. Y menos mal. Habría dormido hasta mañana por la mañana. —Te pasaste las manos por la cara y bostezaste, y luego te volviste hacia mí como si me estuvieras viendo de verdad por primera vez—. Así que

has venido. —Sonreíste—. ¿Al final has venido a aprender a nadar?

—Ya te dije que sí que sé nadar.

Te pusiste de pie y te quitaste la camiseta. Pasaste por mi lado corriendo y saltaste al agua con el bañador.

—¡Pues demuéstralo! —me gritaste al salir del agua, con el pelo mojado y oscuro.

—No. No va a ser tan fácil.

—¡Venga! Aunque sea solo los pies. Ya verás que está buenísima. —Me hiciste gestos para que fuera hacia ti.

Me acerqué a la orilla, donde estabas tú, expectante, y miré la superficie. Estaba transparente, con unas algas verdes y centelleantes que se balanceaban en la corriente como trigo en el viento. Tus ojos me decían «Venga», y metí los pies. El barro suave y liso cedió bajo las plantas de mis pies, y el frescor me envolvió los tobillos.

—¿Ves lo que te has estado perdiendo? —me dijiste, y me miraste con una sonrisa. La luz de la tarde danzaba sobre el agua y se reflejaba en tu rostro como una caricia. No pude decir nada; solo conseguí asentir. Tenía un nudo en el estómago, y lo sentía revuelto. Querías que me metiera del todo, pero te dije que no. Mi negativa te hizo reír y eso me incomodó aún más.

—Estarás nadando por aquí antes de que termine el campamento, ya lo verás —dijiste, y te zambulliste, dejándome allí de pie con la ropa puesta, con el agua hasta las rodillas.

Salí y me senté junto a la orilla a verte nadar. El cielo se estaba volviendo de un azul más oscuro. No estaba seguro de lo que hacía allí, pero sabía que no quería irme. Al fin, saliste con el agua resbalándote por el cuerpo y el pelo pegado a la cabeza; me quedé impresionado con la realidad de tu presencia.

—¿Y por qué vienes aquí solo? —te pregunté mientras te secabas. Intenté no quedarme mirándote—. ¿Por qué no estás con tus amigos?

Soltaste una de tus risitas.

—¿Qué amigos?

Dudé, tratando de no sonrojarme.

—Siempre te veo sentado con las mismas personas en el comedor.

—Ah, ¿sí? —Tu sonrisa adquirió un matiz burlón. Entonces, para mi alivio, aunque también a mi pesar, te pusiste la camiseta—. No sé —dijiste asomando la cabeza por el cuello de la camiseta—. ¿Por qué no estás *tú* con tus amigos?

—Supongo que a veces es agradable alejarse de la multitud para poder escucharse a uno mismo. Me vuelvo loco cuando estoy rodeado de gente todo el tiempo.

—Pues supongo que a mí me pasa lo mismo —respondiste dándote la vuelta y quitándote el bañador, dejando el culo al descubierto. Se me aceleró el pulso. Era un culo fuerte, como dos rocas lisas y grandes esculpidas por el

mar—. Y nadar me despeja la cabeza —añadiste sin cambiar el tono de voz mientras te ponías los calzoncillos—. Muchísimo. Es como si le diera un baño a la mente.

Te pregunté qué era lo que necesitabas limpiar de tu mente mientras te ponías los pantalones y volvías a girarte hacia mí, con el pelo oscuro cayéndote por la frente.

—Muchas cosas. El trabajo. El futuro. ¿Y tú? ¿Qué haces para despejarte?

—Leo —respondí sin pensármelo dos veces.

—Ah, ¿sí? ¿Qué estás leyendo? ¿Está bien?

No soportaba mirarte mientras pensaba. El cielo se había vuelto de un azul aún más oscuro, y me sentía seguro bajo la luz tenue.

—Ahora mismo, nada. Pero voy a empezar un libro pronto, y por lo visto es muy bueno. —Pensé en *La habitación de Giovanni*, oculto en el fondo de mi mochila, en las preciosas páginas que me esperaban.

—¿Cómo se llama?

Te sentaste a mi lado. Te miré y de repente sentí el aire en la garganta, inmóvil y pesado. Me daba vueltas la cabeza. No sabía por qué me había permitido desvelar ese secreto e intenté con todas mis fuerzas pensar en algún otro título. El sonido lejano de la campana del campamento resonó en el aire, y ambos nos estremecimos. Después, un silencio extraño se posó entre nosotros, como algo que mantiene el equilibrio por un borde, decidiendo hacia qué lado caer.

—Es la hora de la cena —dijiste al fin, y te levantaste—. Vamos. Que me muero de hambre.

Volvimos hacia el campamento a través de los campos mientras la luz se iba desvaneciendo. Me sentí especialmente cerca de ti, y contento de tenerte para mí solo, con tan solo el cielo mirándonos. Te pregunté dónde habías aprendido a nadar tan bien, y me dijiste que había un río no muy lejos de tu casa en el que habías jugado con tus hermanos. Me dijiste que ellos te habían enseñado.

—Y en verano rodeábamos las montañas y nos bañábamos en los ríos de allí —me dijiste.

—¿Dónde?

—Cerca de Rabka. Junto a los montes Tatras.

—Un chico del sur —te dije sonriendo.

Asentiste.

—¿No lo habías notado por el acento?

—Ahora que lo dices, sí.

Arrastrabas algunas de las palabras que decías, incluso más adelante; parecías estirar la última sílaba como una masa maleable.

—¿Y tú?

—Breslavia.

—Un chico de ciudad, ¿eh? —Un destello te atravesó los ojos en la

oscuridad.

Para entonces ya habíamos llegado al campamento. Nos detuvimos frente al comedor, como si lo hubiéramos acordado antes.

—Te veo mañana —me dijiste poniéndome una mano en el hombro durante un instante, y después entraste y me dejaste allí fuera.

Aquella noche saqué *La habitación de Giovanni* de lo más recóndito de mi mochila y empecé a leerlo a la luz de la linterna después de que los demás se durmieran. Me asustó y me resultó reconfortante, incluso desde las primeras páginas. La culpa del narrador respecto a su prometida, su deseo por Giovanni y el profundo arrepentimiento por lo que fuera que le había hecho. Había algo en el ritmo, en el lenguaje, en lo que se insinuaba y en el sentimiento de perdición interna con lo que conectaba completamente. No se trataba de una distracción ni de un entretenimiento: era un libro que parecía haberse escrito para mí, que me transportaba a su dimensión y me unía a algo que parecía haber estado ahí todo el tiempo y de lo que yo parecía formar parte. Sentí como si las palabras y los pensamientos del narrador —a pesar de su agonía, a pesar de su dolor—, tan solo por existir, sanaran algo de mi propia agonía y mi dolor.

Durante los días siguientes, viví a través del narrador, pensando en su vida mientras trabajaba en el campo, sabiendo que había un lugar al que podía ir y que era mío, completamente mío. En cuanto terminaba de trabajar, me ponía la ropa, cogía el libro y salía por la puerta, pero no iba adonde sabía que estarías tú. Me apetecía estar solo un rato. Encontré un lugar junto al río, en la otra dirección, protegido por arbustos espinosos, y allí me tumbaba y me sumergía en el mundo de Baldwin. Un día, cuando acababa de tumbarme a leer, una sombra atravesó la página. Me giré y vi que estabas de pie detrás de mí.

—Así que aquí es donde te has estado escondiendo —me dijiste mientras te sentabas a mi lado. Miraste hacia el libro, que había cerrado a toda prisa antes de dejarlo en el suelo—. Debe de ser buenísimo, entonces.

No podía decir nada, ni siquiera asentir.

—¿De qué va?

Me iba el corazón a mil.

—De un chico —dije tratando de mantener la voz firme—. Un americano que vive en París.

Me miraste expectante.

—¿Y? ¿Qué hace en París?

—Pues… intenta averiguar lo que quiere, y cómo elegir por sí mismo.

Miraste la cubierta.

—¿Puedo verlo?

Te lo pasé y me arrepentí de inmediato, como si te hubiera dado algo

pesado y peligroso.

—¿Por qué está pegado a otra cubierta? —me preguntaste con el ceño fruncido.

Me encogí de hombros.

—Es que no es del todo legal.

Para mi sorpresa, te reíste.

—No esperaba que fueras tan rebelde —respondiste devolviéndome el libro—. ¿Puedo leerlo cuando lo acabes?

Se me encogió el estómago.

—Si quieres.

—Sí. Nunca he leído ningún libro clandestino.

—¿En serio? —Sonreí sintiendo placer y una pizca de poder—. Te tenía por alguien más rebelde.

Me sorprende que compartiera contigo la existencia del libro tan pronto. Pero allí, en la orilla del río, sentí una confianza extraña. La forma en que me mirabas me hacía creer que no me juzgabas. A lo largo de la vida no conocemos a demasiadas personas que nos transmitan esa sensación. Y, sin embargo, esa noche, mientras estaba en la cama leyendo, después de que los demás se hubieran ido a dormir, tuve miedo. Miedo por el agujero que había abierto al confiar en ti, miedo por la vulnerabilidad que había creado. Y cuanto más leía, más miedo sentía: tenía ante mí la inmensidad de la verdad y de las mentiras que me había estado contando todos esos años, reflejada en la vida del narrador, como si alguien me señalara con el dedo, negro sobre blanco. Mi vergüenza, iluminada por una luz fría y clara. A la luz, podía examinarla con una claridad casi científica, y, de repente, el dolor del narrador ya no calmaba mi dolor. Su miedo alimentaba el mío. Yo era como él, como David: no estaba ni en un lado ni en el otro, no me sentía cómodo en ningún sitio y no tenía escapatoria.

Una noche, cuando fui a cenar tras haber dejado el libro escondido bajo la almohada, la duplicidad de mi vida —quien era en mi interior y quien era para los demás— me pareció surrealista. El libro y tú me habíais devuelto esa duplicidad, y decidí no volver a ser nunca tan vulnerable, no volver a sentir ese pánico, no volver a depender de nadie. Así que, aquella noche, evité tu mirada cuando pasaste por delante de nuestra mesa y, en su lugar, fijé la mía en la sopa de remolacha, roja como la sangre. Y tampoco fui al río los días siguientes. Faltaba poco para que acabara el campamento. Me quedaba en la cabaña leyendo y evitándote, esperando que los días pasaran sin nada destacable y pudiera volver a casa, a mi antigua vida. Durante los descansos del trabajo en el campo, me sentaba a la sombra, apoyado contra el cobertizo de madera donde guardaban las herramientas, mientras tú te juntabas con algunos de los chicos junto a la bomba de agua, fumando,

bromeando con ellos, tratando de llamar mi atención. Yo fingía no darme cuenta.

Para entonces, el uniforme se había adaptado a mi cuerpo, había cedido a su forma, y mi cuerpo se había adaptado a la tierra. Ya sabíamos lo que hacíamos, y lo único que se oía durante la mayor parte del día era el ruido sordo de las remolachas al caer en los cestos. Las montañas de remolachas eran cada vez más grandes, hasta que casi no quedaba ninguna en los surcos. En un momento dado, durante la última semana, estaba concentrado en el trabajo, perdido en la repetición de mis movimientos, cuando de repente te vi de pie frente a mí. Parecía que llevabas un rato allí, viéndome trabajar.

—¿Te has acabado el libro? —La pregunta sonó como un reto.

—Sí —dije mirando hacia la tierra, sintiendo cómo se me tensaba la mandíbula y sin dejar de trabajar.

—¿Sigues queriendo prestármelo?

Dejé de cavar. Sentía el galope de mi corazón. Levanté la vista hacia ti y no sé qué me llevó a ello —quizás fue la sinceridad con la que me lo habías pedido y que se te había dibujado en el rostro, o tal vez un sentimiento de resignación—, pero asentí. Decidí que no tenía nada que perder. Nuestros caminos no volverían a cruzarse, y no quería ser como David, asustado de sí mismo y consumido por los remordimientos.

—Te lo traigo a la hora de cenar —me oí decir.

Aquella noche te esperé junto a la salida del comedor, en la penumbra, donde la gente fumaba y cotilleaba antes de irse a la cama. Te esperé hasta tarde, hasta que el río de gente que se alejaba de allí se secó, y supuse que no te habría visto salir. Estaba pensando en volver a mi cabaña cuando por fin apareciste por la puerta. La chica estaba justo detrás de ti. Parecía serena. Tenía unos ojos oscuros e intensos, al igual que el pelo, pero una piel clara, incluso pálida, como si no hubiera estado al sol en todas esas semanas. Intercambiaste una mirada con ella que no pude ver, y luego la chica me miró con una sonrisa ambigua y se alejó en la oscuridad.

—Leo rápido —me dijiste mientras te metías el libro en el bolsillo trasero de los pantalones.

—No te preocupes —respondí sintiendo cómo me invadía la tristeza—. Puedes quedártelo.

Me miraste como si hubiera dicho una tontería.

—Pero ¿qué dices? Pues claro que te lo voy a devolver.

Volviste a ponerme la mano en el hombro, como hiciste la segunda vez que habíamos hablado. Y, al igual que entonces, el nudo que tenía en lo más hondo del estómago —donde habitaban tanto el miedo como el deseo— se agitó como una marea entrante.

Esa última semana no pasó más rápido que las anteriores, como suele

suceder. El tiempo iba arrastrándose a cuatro patas. Me pasé toda la semana deseando que llegara el final, deseando liberarme de estar cerca de ti en ese estado de incertidumbre. Seguía evitándote, seguía sin ir al río, aunque hacía calor y me moría por meter los pies en el agua fresca. Y, sin embargo, seguía observándote cuando estaba seguro de que nuestras miradas no se encontrarían para ver señales de algún cambio en ti. Pero parecías el mismo. En el comedor te sentabas con el mismo grupo, y en el campo trabajabas sin descanso.

En nuestra última noche, el líder dio un discurso para agradecernos nuestra labor. Luego nos ordenó bajar al río. Caminamos en pequeños grupos, sin saber lo que iba a pasar, rebosantes de emoción teñida de temor. Pero lo que encontramos fueron montones de botes flotando en el agua. Nosotros seis —Karolina, Beata, los chicos de mi cabaña y yo— nos subimos a una de las barcas y remamos río abajo, no hacia nuestro sitio de siempre, sino en la otra dirección, donde empezaban los bosques. Formamos una fila de barcas con Belka a la cabeza. Vimos el sol ponerse por detrás de los campos que habíamos dejado vacíos con tanto esmero ese mes y a lo largo de un brazo estrecho del río que se adentraba en el bosque. Comenzaron a rodearnos unos pinos altos, fragantes, solemnes y aparentemente infinitos. Por esa zona hacía más frío y estaba oscuro, y poco después lo único que nos iluminaba era la luna tenue sobre nosotros, apenas visible entre las copas de los árboles, y la luz lejana de la linterna de Belka, por delante. Se oía el sonido de unas patas ligeras sobre el lecho del bosque y el crujido de las ramas. Un búho ululó.

Entonces el convoy se detuvo y nos bajamos todos. Había un claro en el bosque. Encendimos una hoguera que iluminó el suelo y nos calentó en el frescor de la noche. Ensartamos unas salchichas con unas ramitas. Alguien sacó una guitarra y empezó a cantar, y poco a poco ese lugar salvaje y oscuro se volvió íntimo. El ruido, el crepitar de las llamas y las conversaciones inundaron la noche. Nos quedamos junto al fuego y bebimos cerveza mientras los chicos hablaban de su viaje a Rumanía. A lo lejos, entre unos árboles, te vi de pie con tu grupo: la chica del pelo oscuro y Maksio Karowski. Te observé durante un instante, observé tu perfil en la oscuridad, y te vi fumándote un cigarrillo, sujetándolo entre el pulgar y el índice. Luego me obligué a apartar la mirada.

Hacia el final de la noche, estaba sentado junto al fuego, solo, bebiéndome una cerveza y mirando las llamas. Pensaba en el resto del verano, en el resto de mi vida, y me costaba ver algo. Parecía que lo único seguro era el propio cambio, imparable y negligente como un fuego que devora la madera. Entonces, una sombra se movió y te sentaste en el tronco, a mi lado. Nos quedamos un rato sin decir nada. Me sentía débil. Parecías desprotegido a la luz de las llamas, y aún más guapo, con tu camisa de cuadros rojos y negros y el reflejo del fuego en los ojos. Miraste a tu

alrededor, como para comprobar si alguien te podía oír. Había muchas conversaciones a nuestro alrededor, parejas bailando y otras sentadas en troncos, cantando al son de la guitarra.

—Estoy a punto de terminar el libro —dijiste al fin.

—¿Y? —Traté de sonar indiferente mientras se me aceleraba el pulso.

Miraste el fuego.

—Me gusta. Puedo entender por qué no lo han publicado de manera oficial.

Nuestras miradas se encontraron durante un momento, y sonreíste.

—¿Por qué has dejado de venir al río?

Volví la cabeza hacia otro lado. No me salían las palabras. Al fin, alcé la mirada y te vi mirándome con ternura.

—No tengas miedo.

Lo dijiste de una manera —en voz baja y con calma— que me perforó. Las llamas crepitaron. Asentí con la cabeza; era lo único que podía hacer. Sonreíste para disolver la tensión. Te brillaban los dientes a la luz del fuego. Nos quedamos sentados durante un rato, en nuestro silencio privado, mientras los mundos cambiaban en mi interior.

—Mañana me voy al distrito de los lagos —me dijiste—. No he estado nunca y siempre he querido ir. Y he pensado que ahora es un buen momento, antes de volver a la ciudad y que empiece la vida adulta. Hay un montón de sitios maravillosos por allí. Lagos, ríos… Llevo una tienda de campaña y todo. —Hiciste una pausa y nuestras miradas se volvieron a encontrar durante un momento—. Quería preguntarte si te apetece venir conmigo.

Capítulo 3

Recuerdo que el autobús se marchó con el resto y que tú y yo nos quedamos atrás. Era un día nublado. Con las mochilas a la espalda y las correas en las manos, recorrimos la carretera rural, confiando en que algún coche nos llevara haciendo autoestop. Estaba nervioso y hablamos poco, pero, de algún modo, el silencio que manteníamos era un pacto. Me sentía como un pajarito puesto en libertad, asustado y eufórico por el vacío que tenía ante mí.

El primer coche que se detuvo nos llevó hacia el este. El conductor, un hombre de mediana edad, nos miraba de vez en cuando, pero no nos hizo ninguna pregunta. Avanzamos en silencio por los caminos rurales flanqueados por castaños altos, junto a campos bordeados de amapolas. No tenía ni idea de dónde estábamos. No llevábamos mapa y había muy pocas señales en el camino, y, aunque las hubiera habido, los nombres de esos lugares no habrían significado nada para mí. Mientras observaba esa extensión sin nombre, tú dormías con la cara apoyada contra la ventanilla.

En algún momento de la tarde, el conductor nos dejó en un cruce de caminos. Arrancaste uno de tus cupones de autoestopista[2] y se lo diste.

—¡Espero que lo envíe y le toque un secador o algo! —le gritaste antes de cerrar la puerta. Él asintió y aceleró hasta que se perdió en el horizonte.

Soplaba un viento fuerte y húmedo. El cielo estaba cubierto de nubes negras y el ambiente estaba cargado de electricidad. Entonces, como si alguien hubiera pulsado un botón, empezó a llover. No hubo ningún momento de transición. Comenzó a diluviar sin ningún tipo de inhibición, con un millón de gotas de agua tan pesadas que parecían pintura, y nosotros en mitad de la carretera con las mochilas y sin paraguas.

—¡Rápido! —gritaste—. ¡Allí, bajo el árbol!

Te seguí, corriendo a través del campo, con la ropa ya oscurecida por la lluvia. Llegamos a un roble y nos sentamos contra el tronco, protegiéndonos bajo un techo de hojas. La lluvia continuó martilleando el suelo y el mundo olía a agua y a tierra. Un rayo cayó ante nuestros ojos: un tridente de neón blanco en el horizonte oscuro. Después llegó el trueno. Contemplamos aquel espectáculo en silencio, sobrecogidos, apartándonos el pelo mojado de la cara, abrazándonos las rodillas. Nos quedamos allí sentados durante mucho

tiempo, observando el cielo, hasta que empezó a amainar.

—¿A veces no te gustaría estar en otro sitio? —pregunté de repente.

Te giraste hacia mí.

—Te refieres a Occidente, ¿no? —Asentí sorprendido ante mi propia sinceridad. Nunca había hablado de ello con nadie, aparte de Karolina—. No —dijiste con rotundidad—. ¿Por?

—No sé. Siempre me ha dado curiosidad. Parece que allí todo es mejor. Más bonito. Más libre. ¿No crees?

Te miré con esperanza. Negaste con la cabeza y te quedaste mirando hacia un punto lejano en el horizonte.

—Debería haberme imaginado que eras uno de esos.

—¿Uno de esos? —dije nervioso de repente, preguntándome si había cometido un grave error.

Te giraste hacia mí con brusquedad.

—Un soñador —contestaste ensanchando la boca hasta convertirla en una sonrisa burlona.

Dejé que tus palabras resonaran, aliviado y abrigado por tu sonrisa, tan cerca de mi rostro.

—¿Qué hay de malo en soñar con ser libre? —te dije.

—¿*Libre*? —resoplaste y sonreíste, como si ya hubieras mantenido esa misma conversación muchas veces—. ¿A ti te parece que tener naranjas y plátanos todos los meses del año es ser libre?

Tu sonrisa se había desvanecido.

—Ser libre es poder tener lo que quieras —respondí cauteloso—. Poder escoger por ti mismo.

Entrecerraste los ojos.

—¿Y piensas que eso no tiene un precio? ¿De verdad crees que la gente de Occidente no se pasa la vida trabajando como máquinas solo para ganar dinero que poder gastar después?

—No me importa trabajar mucho. Siempre y cuando obtenga algo a cambio.

—Todo parece siempre mejor en otros lugares —dijiste ignorando mi comentario—. Aquí hay muchísimas oportunidades. Mírame… —Pareció que te sonrojabas un poco y bajaste la mirada durante un instante—. Vengo de una familia pobre. Y soy el primero que ha recibido una buena educación. Hasta me dieron algunos puntos extra en las pruebas de acceso por pertenecer a la clase obrera. Y ahora voy a trabajar para el gobierno. La libertad es esto. Nunca lo habría logrado bajo el capitalismo. El Partido se preocupa por nosotros. Cuando mi madre se puso enferma… —tragaste saliva y bajaste la voz—, la mandaron a un sanatorio durante tres meses. ¡Tres meses! ¿Crees que en Occidente habrían hecho lo mismo? ¿Gratis?

Me moví para recolocarme sobre las raíces anchas del árbol.

—Pero ¿no te importa que *nosotros* no seamos libres de verdad? Nos

cuentan lo que quieren que sepamos, nada más. Ni siquiera podemos salir del país a nuestro antojo. ¡Nos tienen encerrados!

Estabas muy tranquilo. No dijiste nada durante un rato.

—Haces que suene peor de lo que es —dijiste al fin—. ¿Y cómo sabes que todo sería mejor en otra parte? Al final, uno tiene que apañárselas con lo que tiene. Ni más ni menos. —Sonreíste y me miraste—. Tienes que verlo como si fuera un juego… Todo el mundo se sabe las reglas. No sirve de nada preocuparse si no puedes cambiarlas.

Un viento frío comenzó a soplar y sentí un escalofrío que me puso la piel de los brazos de gallina.

—Pero a lo mejor sí que podemos cambiarlas —respondí sintiéndome muy tonto de repente, intentando alcanzar algo que había desaparecido.

Me dedicaste una sonrisa fugaz. Tu absoluta falta de preocupaciones me sorprendía y me tranquilizaba.

—En cuanto a tu pregunta… Creo que estaría bien salir y verlo algún día. Occidente, digo. Pero no como una vía de escape. No soy como David en *La habitación de Giovanni*. —Volviste a sonreír y sentí una descarga en mi interior—. Pero me gustaría ver otras cosas. Hay que probarlas y verlas por uno mismo, ¿no? —Me diste una palmada en la rodilla y te levantaste con dificultad—. Venga, soñador, tenemos que ponernos en marcha, a menos que quieras dormir en mitad del campo.

La lluvia había cesado y todo a nuestro alrededor estaba en calma. Salió el sol, débil y listo para desaparecer tras el horizonte. Continuamos por la carretera con los pulgares extendidos, pero no se detuvo ningún coche. Caminamos y caminamos hasta que se puso el sol, y aún no habíamos llegado a ninguna parte. Los campos estaban mojados por la lluvia; no eran el mejor lugar en el que acampar, y no sabíamos qué hacer. Al final encontramos una granja en la que una familia nos ofreció alojamiento para pasar la noche. La hija del granjero nos llevó hasta el granero en el que podríamos dormir. Nos trajo pan con manteca de cerdo y lo devoramos como lobos. Después extendimos los sacos de dormir sobre la paja, uno al lado del otro.

—Buenas noches —dijiste después de apagar la linterna. Te quitaste la ropa sin un atisbo de cohibición y, en la oscuridad, tu silueta se metió con sigilo en el saco de dormir junto al mío. Te oía respirar, como el sonido tenue de unas olas al romper. Y poco a poco, gota a gota, empezó a llover de nuevo. La lluvia golpeaba el techo como si fueran dedos practicando al piano. Nos tumbamos boca arriba y escuchamos, sin decir ni una palabra. Te sentía cerca de mí; sentía la actividad de tu cuerpo pese a que no te movías. Me latía el corazón más rápido que la lluvia. De repente me moría por estar cerca de ti. Sentía la atracción de tu cuerpo como hilitos que tiraban de mí. Pero no podía moverme. Varios latidos se sucedieron, años luz de dudas en mi mente, y justo cuando pensaba que nunca reuniría el valor, te giraste

hacia mí y apoyaste la cabeza en mi hombro. Se me paró el corazón. No me atrevía a respirar. Sentía tu cabeza pesada, como mármol caliente, y tu pelo me acariciaba la mejilla. Estaba paralizado ante las posibilidades que se abrían ante mí, atrapado entre el vértigo de la satisfacción y el abismo de la incertidumbre. Pensé en lo impulsivo que me había mostrado con Beniek aquella noche, hacía ya tantos años, durante el baile, cuando se habían apagado las luces. Cuán dolorosas e imprevisibles habían sido las consecuencias. A pesar de todo, acababa de reunir las fuerzas para pensar en cómo sería tocarte el pelo con la mano, en que era la única opción correcta, en que ahora no era como antes, cuando susurraste «Buenas noches, Ludzio», y te apartaste de mí. Fue la primera vez que me llamaste así, la primera vez que me cambiaste el nombre con cariño. Hizo que el vacío que sentía en el hombro fuera aún más insoportable.

—Buenas noches —respondí con voz débil y me di la vuelta invadido de arrepentimiento.

Tu respiración se relajó. Mi mente galopaba como un caballo desbocado. No dejó de llover en toda la noche.

Cuando me desperté por la mañana, observé cómo ascendía y descendía tu cuerpo acompasado con tu respiración, en paz. Unos rayos de luz se colaban en el granero a través de las grietas entre las tablas de madera y te iluminaban. Tenías el hombro cubierto de pequitas en las que hasta entonces nunca había reparado, dispuestas al azar y tan bonitas como una constelación de estrellas.

Salí del saco de dormir tratando de hacer el menor ruido posible, me puse la camiseta, los pantalones cortos y las sandalias y salí a la mañana. El día estaba despejado y ya había salido el sol, débil y renovado, como un huevo al que acababan de quitarle la cáscara. El aire olía a verde y a amarillo y a un marrón profundo y fértil. Bajo la luz del día, la granja era más pequeña de lo que recordaba. Solo tenía un piso, de madera oscura, con un techo inclinado de tejas viejas marrones. Parecía antigua y frágil al mismo tiempo, como si siempre hubiera estado allí pero pudiera venirse abajo en cualquier momento. Fuera, la hija del granjero estaba dándoles de comer a unas gallinas. Debía de tener unos quince años, con un rostro resplandeciente con forma de corazón, una sonrisa tímida e infantil y un pañuelo en la cabeza. Me saludó y nos invitó a desayunar.

—Estamos en la cocina —me dijo—. Ven y tráete a tu amigo.

Volví al granero y te encontré levantado, poniéndote los pantalones por encima de los calzoncillos blancos ajustados.

—Ey —dije, consciente de que estaba forzando la voz.

Te subiste la cremallera y te diste la vuelta.

—Ey.

Casi parecías tímido. Te pasaste una mano por el pelo.

—¿Tienes hambre? —te pregunté.

—Muchísima.

Salimos del granero y entramos en la casa. Había un pasillo oscuro que olía a mosto, a hollín y a tierra. No parecía que hubiera actividad. Unos cuantos haces de luz revelaban un mundo de motas de polvo que flotaban en el aire. De la pared colgaba un Cristo crucificado, con los músculos y las costillas marcadas, completamente desnudo salvo por el taparrabos. Nos dirigimos una mirada inquisitiva durante un instante, juntos una vez más en la oscuridad. Al final del pasillo, que crujía bajo nuestros pies, encontramos la cocina a la derecha, donde estaba la joven frente a los fogones con un cazo de leche humeante. Se había quitado el pañuelo, y el pelo largo y rubio oscuro le caía hasta la espalda.

—Venid y sentaos —dijo una señora mayor desde la mesa de la esquina —. Debéis de estar hambrientos.

Nos sentamos en unas sillas de madera que crujieron bajo nuestro peso. Todo parecía cubierto de polvo, desgastado por el uso tras varias generaciones. Los platos estaban descascarillados y recompuestos con pegamento, y los motivos de las tazas estaban borrosos. Una luz débil y nacarada entraba a través de una ventanita.

La mujer mayor nos observó con perspicacia, con curiosidad.

—Mi marido ha salido —nos dijo—. Servíos vosotros mismos.

Me di cuenta de que en realidad no era tan mayor, y de que no era la abuela de la chica, sino su madre.

Empezamos a comer. Había pepinos y rábanos, un bote de miel y un trozo de pan. La hija vino desde los fogones y nos sirvió la leche caliente en las tazas.

—Así que sois estudiantes —dijo la madre.

—Sí, señora —respondiste tras darle un bocado a un rábano. Parecías más cómodo que yo—. Acabamos de terminar la universidad.

Ella asintió, como si estuviera de acuerdo con algo que no estaba del todo claro.

—¿Y estáis casados? —preguntó mirándote a ti.

—No, señora —dijiste negando con la cabeza y sonriendo—. Todavía no. Aún soy joven.

La mujer se rio con esa voz ronca suya y desveló una dentadura a la que le faltaban algunos dientes.

—¿Y tú? —dijo girándose hacia mí.

Sentí que me ruborizaba.

—No, señora. —Le di un sorbito a la leche para ocultar lo incómodo que estaba. Rocé con los labios la capa blanda que se había formado en lo alto y una sensación de náuseas me recorrió el estómago mientras el líquido me abrasaba el interior de la boca. Intenté que no se me notara en la cara y cogí

un poco de pan.

Nos observó con satisfacción mientras comíamos.

—Así que estáis de viaje… ¿Sabéis a dónde vais?

—Solo estamos buscando algún lugar tranquilo —contestaste—. ¿Nos puede recomendar alguno?

Miró por la ventana, aunque no se veía demasiado del exterior, tan solo el verde borroso de los árboles y el azul impreciso del cielo.

—Hay un sitio, no muy lejos de aquí, al que vamos a coger setas en otoño. Los viajeros no suelen conocerlo. Es muy bonito. —Le brillaron los ojos y, durante un segundo vi, vi de verdad, que ella también había sido joven—. Os enseñaré cómo llegar.

Después de desayunar, enrollamos los sacos de dormir y recogimos nuestras cosas.

—Solo tenéis que caminar unos siete kilómetros en línea recta desde el cruce de Marianki, a través del bosque —dijo la mujer frente a la entrada de la casa—. En cuanto lo veáis, sabréis que habéis llegado.

—Gracias. Ha sido muy amable —le dije.

Me cogió el rostro con las manos cerosas y me dio un beso seco en la mejilla.

—Venid a vernos a la vuelta. Buen viaje.

En un pueblo cercano encontramos una camioneta pequeña que iba en la misma dirección que nosotros. El conductor transportaba un cargamento de cerezas hacia el norte, y el único sitio en el que podíamos meternos era en la parte de atrás, junto a las montañas de fruta. Comimos hasta reventar. Nos llenamos las bocas, nos manchamos las manos y escupimos los huesos en los campos por los que pasábamos. El cielo era infinito y luminoso; parecía que volábamos. Casi todas las granjas que veíamos por el camino tenían un nido de cigüeñas en el tejado, donde descansaban aquellas elegantes criaturas o desde el que echaban a volar para buscar comida después de un largo viaje desde África.

Avanzamos en la camioneta sin detenernos. Dejamos atrás a personas que trabajaban en el campo, con sus carros y sus caballos; hombres, mujeres y niños con azadas enormes de madera. Las flores silvestres y los campos altos y amarillos tocaban el cielo azul. Después la tierra se aplanó y aparecieron las primeras *cerkwie*, las primeras iglesias ortodoxas, negras, pequeñas y misteriosas, con sus cúpulas bulbosas. Marcaban una tierra distinta, el comienzo del inexplicable y salvaje este, donde los reyes solían cazar bisontes y las llanuras eran infinitas. El conductor detuvo la camioneta en un cruce casi invisible y sacó la cabeza por la ventanilla.

—Ya hemos llegado, chicos.

Saltamos y nos encontramos de pie frente a la entrada de un bosque de

pinos.

—¿Está seguro? —pregunté.

Asintió, nos deseó buena suerte y se marchó dejando tras de sí una nube de polvo. Nos miramos el uno al otro, indecisos.

—¿Estamos seguros de esto? —dije al caer en que estábamos solos, tú y yo, tan nervioso como el día en que te conocí.

—¿Acaso nos queda otra? —me respondiste con una sonrisa, tranquilo—. Venga, vamos. —Me pusiste la mano en la parte baja de la espalda y me empujaste contigo hacia el bosque al mismo tiempo que mandabas una descarga cálida por todo mi cuerpo.

Había un camino estrecho, tal y como nos había dicho la señora. Nos adentramos en un mar de pinos. Allí dentro hacía más fresco y estaba más oscuro que bajo el calor del sol. Caminamos el uno al lado del otro sobre un lecho de agujas secas del color de la canela. La noche anterior flotó hasta la superficie de mi mente como si fuera una boya: la lluvia sobre el tejado, el peso de tu cabeza sobre mi hombro. Intenté no pensar en ello. Llevabas puesta la misma camisa de lino que el día anterior, que se había secado durante la noche, manchada de cerezas, desabrochada para revelar tus clavículas. Bajo la tela se adivinaban los halos oscuros de tus pezones.

A medida que nos adentrábamos en la espesura del bosque, el cielo parecía estar cada vez más lejos y la luz del sol apenas nos alcanzaba. Pero el caminito que habían formado los pies de aquellos que lo habían recorrido primero siempre estaba ahí. Tú ibas por delante, rápido, y yo te seguía. No hablamos, y no te giraste ni una sola vez para ver si me había quedado atrás, como si hubiera un hilo que nos mantenía unidos.

—Eran majos, ¿verdad? —dije en un momento dado para llenar el silencio, para distraerme de mis pensamientos.

Asentiste sin darte la vuelta.

—Sí. Muy majos.

Parecías tan sumido en tus pensamientos como lo estaba yo. Avanzamos y empezamos a ver menos árboles; el sol volvía a filtrarse a través de ellos. Y no mucho después, a lo lejos, vimos el final del bosque y algo que brillaba. Aligeramos el paso; prácticamente corríamos. En cuanto llegamos a las últimas hileras de árboles, lo vimos: un claro con un lago inmenso y resplandeciente rodeado de hierba alta, como un secreto. Nos acercamos. Me temblaban las rodillas ante nuestro descubrimiento. La superficie del agua resplandecía bajo la luz del mediodía, de un azul intenso y relajante. No había ni un alma por allí. Caminamos hasta el borde y dejamos caer las mochilas al suelo mientras contemplábamos el lago, que relucía como un espejo bajo el sol. El bosque nos rodeaba, y estábamos en su centro, protegidos y apaciguados por ese ojo deslumbrante.

—Hemos llegado —susurré.

Asentiste.

—¡Pues no exageraba la anciana! —gritaste de repente y pasaste a la acción. Te quitaste la ropa, te despojaste de las prendas una a una hasta que fuiste totalmente libre y dejaste al descubierto el contraste de tu culo blanco con tu espalda morena, y te tiraste al lago con un grito cuyo eco se extendió por todo el claro. Resurgiste con una sonrisa triunfante.

—¿Vienes?

Primero me quité las sandalias y luego la camisa. La doblé con cuidado y la dejé en el suelo, en una zona que parecía más mullida. Me quité los pantalones cortos y después, con un atisbo de duda, la ropa interior. Te habías dado la vuelta y te habías alejado un poco nadando. Allí de pie, sentí el viento rozándome el pecho, haciéndome cosquillas entre las piernas. Miré hacia el agua. No estaba transparente y no se veía lo que había en el fondo. Pero me metí, y el agua refrescante me abrazó por completo con delicadeza. Me sentía como nuevo, como si algo en mi interior se hubiera activado después de mucho tiempo. Era una sensación de ligereza y poder, de ausencia absoluta de consecuencias. Empecé a nadar y cada uno de mis movimientos me impulsaba hacia delante. El cielo sobre nosotros era más claro que el agua y estaba moteado de nubecillas blancas. Era consciente de todo lo desconocido que había debajo.

—¿Ves? ¡Tú puedes! —gritaste eufórico desde el otro lado del lago.

Yo estaba tranquilo.

Mi cuerpo se movió hacia ti y me miraste, de repente tan tranquilo como yo. Con los brazos extendidos hacia los lados, parecías un bailarín de *ballet* flotando en el aire. Bajo la superficie del agua, algo cálido se me agitó en el estómago. Me acerqué hasta que vi las gotas de agua que tenías en la frente, en la punta de la nariz y en las comisuras de la boca. No dijimos nada. Nos miramos el uno al otro sin que nos hicieran falta palabras. Ahí estaba yo, y ahí estabas tú, tan cerca, respirando. Y me adentré en tu órbita. Hasta llegar a tu cuerpo expectante y tu rostro tranquilo y desprotegido y las gotas de tus labios. Me rodeaste con los brazos. Con fuerza. Y nos convertimos en un único cuerpo que flotaba en el lago, ingrávido, sin llegar a tocar nunca el suelo.

Aquella tarde, cuando el sol empezó a ponerse, montamos la tienda de campaña bajo un pino inmenso. Aún hacía calor, el lago se había oscurecido, las cigarras cantaban en calma y no se veían luces por ningún lado, tan solo el gajo delgado de la luna. Nos tumbamos en los sacos de dormir. El viento soplaba con suavidad contra la tienda de campaña y tan solo se oía el árbol que teníamos por encima al mecerse, con las agujas rozándose y susurrándose entre ellas. Nos tumbamos de espaldas, con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza y nuestros codos tocándose. Por la rendija del techo de la tienda de campaña veíamos el cielo repleto de

estrellas. Eran pequeñas y no parecía que hubiese muchas, pero, cuanto más te fijabas, más aparecían. Era imposible abarcarlas todas. Mirarlas hacía que la cabeza me diera vueltas de un modo agradable.

—Me alegro de que hayamos venido —dije disfrutando del sonido de mi voz y de la vibración apacible que sentí en el cuerpo al hablar.

—Yo también. —Giraste la cabeza hacia mí. Te brillaban los ojos—. Sabía que pasaría desde el principio —me dijiste con una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Desde que me miraste el primer día, cuando llegamos. Eres un libro abierto.

Me reí y te empujé.

—Ah, ¿sí?

Olías a agua y a pino. Entre nosotros había ternura y rigidez. Sentía tu bronceado bajo las yemas de los dedos, y con tus manos fuertes y sólidas me ibas pintando de nuevo, creándome, la parte baja de la espalda, el interior de mis muslos… y tú. Tu espalda, tu pecho, tu abdomen, tus muslos, tu polla. Dura e insoportablemente cerca bajo la suavidad de los calzoncillos, acariciándome la palma de la mano, notoria, trascendental, exigente. Nos movíamos con fervor, con esfuerzo. Había tanto de lo que nunca me cansaría, tanto que nunca sería capaz de abarcar o poseer por más que lo intentara… Pero lo intenté, lo intentamos. Nos cubrimos con el cuerpo del otro, fundiéndonos en uno solo, tirando y siguiendo el tirón, dejando que la corriente nos arrastrara. Compartimos gemidos, y se negaban a liberarnos. Aquella noche me recordó a las hogueras de Pascua que veía de pequeño en un parque que quedaba cerca de casa, pirámides de madera que ardían, ahuyentaban a los fantasmas del invierno, traían el deshielo y liberaban la calidez de lo latente, lo que reposaba. Las llamas me hipnotizaban. Me unía a ellas, a sus bailes, a su destrucción, a su comportamiento. Jugamos a esa lucha, sin aliento y eufóricos, aturdidos, dándonos vueltas la cabeza, llena de ideas, hasta que nos agotamos, hasta que nos desahogamos el uno en el otro y caímos rendidos como briznas de hierba enredadas.

No sé cuántos días nos quedamos en el lago porque cada uno de ellos fue como un universo entero en el que cada momento era nuevo e irrepetible. En cierto modo, aquellos me parecieron los primeros días de mi vida, como si hubiera nacido de ese lago, de sus aguas y de ti. Como si me hubiera despojado de mi piel y hubiera dejado atrás mi vida anterior.

El lago y el bosque se convirtieron en nuestro territorio. Pescamos, fabricando cañas con ramas y usando trozos de pan como cebo, y cocinamos los peces —planos, grises y deliciosos— sobre una hoguera y nos los comimos con las manos. Recorrimos los bosques que rodeaban el lago y encontramos bayas y unos pequeños claros del tamaño de un salón en los

que las ramas colgaban sobre camas de flores blancas. Nos tumbábamos y hacíamos el amor, y después nos quedábamos dormidos. Nos despertábamos sumidos en una felicidad difusa con el sol brillando en lo alto y, cuando volvíamos a la tienda de campaña, lo único que dejábamos atrás era la forma de nuestro cuerpo sobre la hierba aplastada.

El lago nos limpiaba todas las mañanas y todas las tardes. Limpiaba el sudor del verano y de hacer el amor, puede que hasta limpiara las huellas de los dedos de nuestros cuerpos. Y cada vez que nadaba sentía ese mismo júbilo que había sentido la primera vez que me había metido en el lago, despojado de todos mis problemas, una sensación de ligereza que jamás había imaginado que podría sentir. Durante aquellos días, la vergüenza que albergaba en mi interior se deshizo como un caramelo de menta sobre la lengua, algo firme que libera algo dulce.

Me quedaba flotando en el agua mientras tú te tumbabas en la orilla y leías *La habitación de Giovanni*. La temperatura del aire era la misma que la de nuestra piel, o puede que un poco más baja, y nos acariciaba. Después nos acostábamos el uno al lado del otro para contemplar las nubes y observar cómo cambiaban sus formas fantásticas: de lo indescifrable a lo familiar, y de lo familiar a lo indescifrable.

Uno de los últimos días que pasamos allí, fuimos por la tarde hasta un pueblo cercano, a más o menos una hora de camino. Encontramos una tiendecita en la que compramos pan, pepinos, manzanas y cerveza. El sol se ponía mientras regresábamos. Anocheció antes de que llegáramos al bosque. Te habías olvidado de la linterna. El camino tan solo estaba iluminado por el resplandor de la luna. Mientras caminábamos junto a los campos, la imagen de la pesadilla de mi infancia regresó, como un desafío del pasado: el silencio sepulcral del mundo, los campos que se extendían por todas partes, la sensación de que los monolitos me observaban. Pero ni siquiera tuve que plantearme si estaba asustado. No lo estaba. Las lápidas —al igual que la vergüenza— no eran más que un simple recuerdo, disuelto como terrones de azúcar bajo la lluvia de verano.

Atravesamos el bosque, disfrutando de sus ruidos furtivos, hasta que llegamos a nuestro claro y vimos la luna reflejada en la superficie del lago. Nos detuvimos y observamos. Entonces, sin decir ni una palabra, nos quitamos la ropa y nos metimos en el agua. Nadamos sin miedo, libres e invisibles en la oscuridad brillante.

2 A partir de los años sesenta, las autoridades polacas introdujeron un sistema de libretas y cupones para los autoestopistas. Quienes lo usaban podían anotar los kilómetros recorridos y les entregaban cupones a los conductores que los recogían. Al final de la temporada, los conductores que recogían a más autoestopistas eran recompensados con diversos premios (N. de los T.).

Capítulo 4

Hoy ha anochecido particularmente pronto, y fuera la ciudad brilla al otro lado del río como un vestido de lentejuelas de acero. Tenía hambre cuando llegué a casa, así que decidí prepararme un sándwich. Aquí el pan es blanco y viene en rebanadas. Lo único que tienes que hacer es masticar. Le he untado mantequilla y le he echado un poco de azúcar por encima. No ha quedado igual que en casa, pero me valía. Luego he cogido el teléfono y he marcado el número de mi abuela. La línea seguía ocupada. Llevo días intentándolo. He tratado de no preocuparme y le he escrito una carta preguntándole cómo está. La abrirán y la leerán antes que ella, obvio, pero ya no me importa.

Después he encendido la tele. Las noticias se están poniendo cada vez peor: están persiguiendo a los miembros de la oposición, arrestando a los dirigentes de Solidarność, dispersando a la resistencia, capturando a los líderes de los sindicatos. Seguramente los estén torturando, ha dicho la presentadora con su cara bonita e impasible. Me lo creo. No quiero, pero no puedo evitarlo y me lo pregunto: ¿tendrás algo que ver con todo esto? Esa es la pregunta que me persigue a todas partes como una sombra. ¿Seguirás defendiendo al Partido ahora?

Puede que lo peor sea que no tengo a nadie con quien hablar de ello, nadie que pueda abrir la ventana para airear el ambiente cargado de conjeturas. Sé que, en algún momento, tendré que encontrar a alguien en quien pueda confiar. En la oficina me preguntan todos los días, miles de veces, cómo estoy. Tardé un tiempo en comprender por qué se mostraban tan sorprendidos cada vez que intentaba responder, en comprender que lo que importa no es mi respuesta, sino que me pregunten. Así que ahora les digo que estoy bien. Hasta intento sonreír. Pero tengo la sensación de que, de todos modos, mi condición de extranjero me absuelve de sus juicios. Para ellos, debe ser una explicación de toda mi extrañeza.

§

Cuando era pequeño, mi madre y mi abuela se encerraban en el dormitorio de mi madre todas las tardes. Nunca sabía qué era lo que hacían allí dentro, y nunca me dieron permiso para entrar. Cada vez que se lo preguntaba, me decían que eran cosas de mayores.

—Y no le puedes contar a nadie nada de esto —me decía mi madre agachándose para estar a mi altura y poniéndome sus manos enormes en los hombros—. ¿Lo entiendes? A nadie. Si lo haces, puede que nos pase algo malo. —Tenía el rostro tenso y las arrugas de preocupación de la frente le daban un aspecto de agotamiento.

—¿Estáis haciendo algo malo? —pregunté asustado.

—No, cariño —respondió con una voz más melosa—. Pero te pueden pasar cosas malas hasta cuando no haces nada malo.

—¿Por qué?

Intentó mostrarse dulce, pero las arrugas de la frente no desaparecieron del todo.

—Así son las cosas.

No me decían nada más, por más que suplicara. Pegaba la oreja a la puerta, pero lo único que oía eran unos murmullos ininteligibles y crepitantes. Tampoco veía nada; metían la llave en la cerradura. Mucho más tarde, salían de la habitación hablando con susurros rápidos, a veces tristes, a veces casi contentas. Y, pese a que me había acostumbrado a su ritual nocturno, seguía frustrándome que me mantuvieran al margen de su secreto.

El día que descubrí que Beniek y su familia se habían marchado, mi madre vino a casa y me encontró en mi cuarto, hecho un ovillo y llorando. Debía de saber que se trataba de algo importante porque yo no solía llorar y, cuando me preguntó qué me pasaba, las lágrimas hicieron que se me atragantasen las palabras. Se sentó en la cama, apoyé la cabeza en su regazo y sentí la tela de su falda fría contra el rostro y sus brazos a mi alrededor. Seguí llorando, alentado por su consuelo, dejando escapar las lágrimas hasta que ya no me quedó ninguna. Me acarició el pelo y, cuando me tranquilicé, le conté que había ido a ver a Beniek y que una mujer que no conocía había abierto la puerta, y lo que me había dicho una de las mujeres de la iglesia.

—¿Por qué se han ido? —le pregunté—. ¿Van a volver?

Podía verle la indecisión en la mirada. Antes de que dijera nada, mi abuela apareció en la puerta, como si hubiera estado escuchando todo el tiempo.

—Creo que ya es bastante mayor —dijo mirando a mi madre con severidad—. Tiene que saberlo.

Mi madre la miró y después me miró a mí, callada durante un momento.

—No dirás nada, ¿verdad, Ludzio? —Negué con la cabeza, olvidándome de la tristeza de repente. Ella se miró el reloj—. Vamos, entonces.

Entramos en su habitación y mi abuela cerró la puerta y las ventanas y echó las cortinas. Aún había luz fuera y los niños jugaban a la rayuela en la

calle, dando saltos sobre el asfalto.

—Lo primero, tienes que guardar silencio —dijo mi abuela señalando hacia la pared que compartíamos con los vecinos—. Y no hagas preguntas hasta que termine. Tú solo escucha.

Se acercó a la cómoda y retiró la funda protectora de la radio para revelar un equipo compacto de madera oscura y lisa que resplandecía bajo la luz. Colocamos tres sillas a su alrededor y nos sentamos. Mi madre pulsó el botón negro y, con cuidado, ajustó el indicador. Al principio no se oía más que una crepitación suave. Luego empezó a sonar música, una flauta que tocaba una melodía alegre. Cuando terminó, sentí que los cuerpos de mi madre y de mi abuela se tensaban. Una voz empezó a hablar:

«Esto es Radio Free Europe, emitiendo en directo desde Múnich, Alemania Occidental. Las noticias de las ocho. Lunes, 21 de junio de 1968».

La voz de aquel hombre era diferente a las que solían oírse por la radio. Era más tranquila, menos agresiva. No gritaba ni proclamaba nada. Mi madre y mi abuela se quedaron paralizadas en las sillas, apoyando la barbilla en las manos y tapándose la boca. Intenté hacer como ellas y concentrarme, pero no entendía casi nada de lo que decía el hombre. Empleaba muchas palabras que no conocía, acrónimos que no tenían ningún significado para mí. Era como si hablara en otro idioma. En un momento dado mencionó a «Israel», esas sílabas afiladas que habían adquirido tanta potencia en un solo día. Intenté adivinar el significado de todo lo que decía, pero tenía muchas lagunas. Cuando terminó el programa, mi madre movió el indicador hasta otra emisora y subió el volumen. Descubrí que lo hacía todas las noches para que nadie descubriera que había estado escuchando una emisora prohibida. Y, mientras sonaba la música, empezaron a explicármelo todo. Me hablaron de los judíos, de que antes había muchos en Polonia. Durante mil años. Que los habían matado a casi todos en los campos que habían construido los alemanes durante la guerra. Mi abuela se acordaba de que obligaron a sus vecinos a subirse a un tren y que no volvieron a verlos nunca. Como era evidente, no nos enseñaban nada de eso en el colegio. Nos enseñaban que los alemanes habían reprimido a los *polacos* y que nuestros hermanos rusos nos habían salvado. Los judíos no eran polacos, por supuesto. Algunos polacos seguían culpando a los judíos por la guerra. Aquel año, según mi madre, hubo disturbios y huelgas de estudiantes por todo el país. De modo que el Partido se había vuelto contra los judíos. Los llamaban traidores y los echaban de sus trabajos. Por eso había tenido que marcharse la familia de Beniek. Una vez se fueron, nadie volvió a hablar nunca de ellos. Un día tu país te pertenece, y al día siguiente ya no.

La partida de Beniek marcó el fin de mi infancia y de la infancia de mi mente: fue como si todo lo que antes daba por hecho hubiera resultado ser falso, como si tras todo lo inocuo del mundo se escondiera algo mucho más feo y oscuro. A partir de ese momento, mi abuela y mi madre me dejaron

entrar en la habitación todas las tardes. Nos juntábamos alrededor de la radio, serios, en silencio, y nos inclinábamos hacia delante para escuchar las voces que provenían desde el otro lado del Muro, y cuando terminaba el programa me explicaban algo nuevo sobre nuestra historia. Como que durante cien años nuestro país había estado dividido entre Rusia y Alemania y que había dejado de existir en los mapas; que nuestra cultura había sobrevivido en la clandestinidad, con padres que enseñaban a sus hijos un idioma y una historia prohibidos; y que, al final, el país había logrado la independencia tras la Primera Guerra Mundial. También me hablaron de la segunda; me contaron la versión de la que nadie nos había hablado. Que, tras años de ocupación, el pueblo de Varsovia se había alzado contra los nazis; que los soviéticos habían llegado y que, en vez de ayudar durante el levantamiento, se habían quedado al otro lado del Vístula y habían esperado. Sabían que ganarían la guerra, que al final los alemanes se retirarían, así que dejaron que la tomaran con los polacos. Los soviéticos observaron cómo diezmaban la ciudad y masacraban y deportaban a la población. Cuando los alemanes se marcharon al fin, quedaban menos de mil supervivientes en la capital.

Supongo que tú creías lo que nos habían contado en el colegio, que los soviéticos nos habían liberado. Que eran los buenos. Nuestros aliados. A veces me habría gustado ser tan despreocupado como tú. Porque no disfrutaba de aquellas noches en la habitación de mi madre, ni de aquellas verdades que se revelaban. Eran un ritual, demasiado tentadoras como para resistirse. Aunque no lo entendiera todo, comprendía lo suficiente como para que la rabia comenzara a acumularse en el fondo de mi estómago. El hecho de que no pudiera contárselo a nadie hacía que todo fuese aún peor. Me habían entregado un regalo envenenado: verdades poderosas que no podía admitir que sabía. Mi madre me había hecho prometer que nunca haría ningún comentario al respecto porque podían despedirla… o hacerle algo peor.

Supongo que lo que más miedo daba era la ausencia de seguridad. Los años cincuenta habían terminado y la gente ya no desaparecía por expresar sus opiniones. Pero, durante los sesenta —e incluso después—, las cosas se volvieron más arbitrarias. Podía pasarte casi cualquier cosa, dependiendo de quién te hubiera denunciado y de lo que creyeran que podían obtener de ti. Aun con mi intuición infantil, tenía la sensación de que una madre soltera era más vulnerable que la mayoría de las personas.

De modo que, como había hecho hasta entonces, seguía participando en los saludos matutinos del colegio y me inclinaba ante el retrato del secretario general del Partido, Gomułka, que colgaba encima del escritorio del profesor, con la cara larga y envejecida, mirándonos con el ceño fruncido. Participaba en las marchas y en los desfiles, en las celebraciones del 1 de mayo, en los aniversarios de la Revolución de Octubre. Sujetaba pancartas

con lemas sumisos que alababan a nuestros hermanos soviéticos mientras cantábamos las canciones que ellos nos habían enseñado. Era como el niño pequeño del cuento de Hans Christian Andersen, *El traje nuevo del emperador*, pero yo no me pronunciaba. Fingía no ver una verdad obvia: que nunca habíamos pedido ese sistema. Que nos lo habían impuesto. Seguía yendo a clase y soportándolo todo mientras llevaba conmigo el destierro de Beniek, como hiel que se acumulaba en mi interior. Durante los descansos me peleaba con otros chicos y acababa con la nariz ensangrentada, los labios partidos y un alivio temporal. Y me juraba que nunca me convertiría en uno de ellos, en una de esas personas que llevaban vidas de mentiras y sumisión al sistema.

§

Un día, cuando saliste del lago, me preguntaste si tenía novia. Negué con la cabeza, desconcertado ante la pregunta. Estabas inclinado, secándote los muslos, y no te veía la cara. Sonreí para ocultar la vergüenza, aunque no pudieras verme.

—No —respondí al final—. ¿Y tú?

Te estiraste para llegar hasta los pies. Vi cómo te pasabas una de las esquinas de tu toalla fina por los huecos de los dedos. Luego alzaste la mirada, convencido de que te estaba esperando.

—No —dijiste con prudencia—. Ahora mismo, no.

—¿Qué quieres decir?

Te erguiste y te echaste el pelo hacia atrás con la mano. Tenías una expresión desafiante y divertida al mismo tiempo.

—Quiero decir que tenía novia. Pero ya no. Ahora prefiero *esto*.

Y antes de que pudiera hacerte más preguntas, antes de que pudiera medir tus palabras y los pasillos que se escondían más allá de ellas, te acercaste y tiraste de mí. Tu boca se posó sobre mi cuello con avidez. «Como un vampiro», pensé, y cerré los ojos.

Durante la última mañana que pasamos en el lago, preparamos las mochilas y desmontamos la tienda de campaña. Vimos cómo se desplomaba sobre el suelo como un globo aerostático agonizante. Después la aplanamos, doblamos su cuerpo sin vida y la metimos en su bolsa cilíndrica. Lo hicimos todo sin dirigirnos ni una palabra.

—Sabes que no podemos contárselo a nadie —me dijiste, serio de repente, mientras cerrabas la bolsa.

—¿El qué? —pregunté. Sabía exactamente a qué te referías. Tenía el estómago como una toalla enrollada. Te observé mientras recogías las

varillas que estaban desperdigadas por el suelo, abrías de nuevo la bolsa y las metías dentro.

Me lanzaste una mirada furtiva.

—Todo esto.

Cogí un palo del suelo y lo lancé al lago; lo observé volar y caer en vano, sin emitir ningún sonido.

—Ya. Supongo.

No habíamos llegado a hablar de «nosotros», ni de cómo serían las cosas cuando volviéramos a la ciudad, ni de nada. No había un «nosotros». Había estado dándole vueltas, claro. Había querido preguntarte: «¿Qué *es* esto? ¿Qué vamos a hacer al respecto cuando volvamos?».

Pero nunca te lo pregunté a la luz del día; no me atreví. Puede que esté confundido, que mezcle momentos y que se desfiguren como si fueran muchas voces que hablan al mismo tiempo. Pero, ahora que lo pienso, recuerdo que solo me atreví a preguntártelo la última noche, tumbados a oscuras en la tienda de campaña, cuando estábamos a punto de quedarnos dormidos después de haber hecho el amor. Te lo pregunté en la oscuridad, con miedo. Tú no dijiste nada durante un momento eterno y pensé que te habías quedado dormido. Al final, susurraste:

—No quiero que esto se acabe nunca.

Me empezó a latir el corazón con fuerza, golpeándome las paredes del pecho, y respondí:

—Yo tampoco.

Cuando llegamos a la ciudad, había luz por todas partes; todas las fachadas la reflejaban con una calidez y un fulgor equiparables a la felicidad y la ansiedad que sentía en mi interior. Había perdido el control. Pensaba en el lago y en la tienda de campaña, compulsivamente, como si fuera el nacimiento de algo que aún no podía imaginar. Había encontrado mi sitio en tu cuerpo de arenisca, entre tus muslos y en los montículos de tus pezones, en las cuevas de tus axilas. La geografía de tu cuerpo estaba de repente tan definida como la de la ciudad, con la piel caliente como los ladrillos de los bloques de apartamentos, las líneas de tu cuerpo como las líneas rectas e ininterrumpidas de las avenidas, de las vías de los tranvías y de las vallas rígidas de metal que proyectaban sombras entrecruzadas en las calles. Las mismas que parecían estables pero que podían moverse bajo tu peso y agrietarse cuando te apoyabas contra ellas durante demasiado tiempo y amenazaban con liberarte sobre el asfalto por el que circulaban los coches.

Cuando llegué al apartamento, me pareció más pequeño que antes. La cocina estaba a la derecha, nada más entrar. Era larga y estrecha y solo lo bastante grande como para que cupiera mi casera, *Pani* Kolecka. Era su territorio. Aun cuando teníamos escasas provisiones y el racionamiento era

extremo, ella siempre estaba ahí, cocinando. De algún modo, siempre tenía azúcar y harina y algo con lo que apañárselas o que intercambiar. Había *szarlotka* (tarta de manzana) o *babeczka* (tartaletas con nata) o bizcocho de jengibre con mermelada de ciruela. Preparaba dulces como si le fuera la vida en ello. Le había cogido cariño desde que había empezado a vivir con ella, recién salido de Breslavia, cuando el centro de alojamiento para estudiantes me había puesto en contacto con ella. Adoraba su voz cálida, su ternura y su cara pequeña e infantil. Parecía tan vieja que aparentaba ser eterna, como un ser de otro mundo. Normalmente dormía en el sofá marrón del salón, junto a la mesa en la que comíamos y al aparador en el que guardaba la colección de piedras que su marido le había dejado. Pero, en verano, el bloque de pisos se calentaba como un invernadero, y a veces, cuando me levantaba por la noche para ir al baño, me la encontraba durmiendo en la cocina, sobre el suelo de baldosas, con la puerta abierta, grande y pacífica, como una criatura que había arrastrado el mar.

La puerta de mi cuarto estaba al lado del aparador de las piedras. Albergaba una cama plegable y un escritorio pequeño apartado a un lado para poder abrir la puerta del balcón. Vivíamos en un séptimo. Lo único que se veía eran los tejados de los otros edificios, como si fueran cabezas en una multitud.

Tú y yo vivíamos en lados opuestos de la ciudad: yo, en el oeste; tú, en el este, y nos separaba el Vístula. Nos unía un tranvía que atravesaba el casco antiguo y el río. Al sur, siempre visible, el enorme Palacio de la Cultura se elevaba por encima del resto de la ciudad.

Yo vivía en la zona en la que había estado el gueto que los nazis habían demolido hasta los cimientos para que no quedara ni rastro de los crímenes que habían cometido. El barrio se llama Wola («voluntad» o «determinación»). El Partido lo había reconstruido como parte del sueño socialista. Una red de bloques de pisos idénticos se alzaba ordenada como cajas de cartón hasta donde alcanzaba la vista. Lo llamábamos *blokowisko*. Había parques nuevos, árboles nuevos y niños nuevos que jugaban ajenos a todo entre los bloques, sobre capas de huellas invisibles y el polvo de unas vidas olvidadas.

Tú vivías en Praga, uno de los pocos barrios que habían salido prácticamente indemnes de la guerra, donde los rusos habían esperado mientras contemplaban cómo los alemanes destruían la ciudad, desde donde habían observado cómo arrasaban el Wola sin disparar ni una bala. Mientras acababan con el casco antiguo, con los museos, las bibliotecas y los archivos con discreción y decisión, permitiendo que todo un mundo ardiera hasta caer en el olvido.

Las primeras semanas de vuelta en Varsovia, la ciudad estaba vacía y hacía

mucho calor. Recorríamos las avenidas resplandecientes y les comprábamos bayas y girasoles a las ancianas y nos comíamos los frutos y las pipas en el Jardín Sajón, cerca de mi apartamento, junto a la colina del pabellón blanco. Íbamos a «bares de leche», locales muy baratos en los que tomábamos *chłodnik* frío y dejábamos que la crema agria y la remolacha nos aliviaran la garganta. Bebíamos *kompot* de frutas que nos teñía la lengua y, de postre, fideos con mantequilla y mermelada de frambuesa. Más tarde, llenos y satisfechos, nos tumbábamos en la hierba alta cerca del zoo de Praga y contemplábamos el cielo a través de los huecos que había entre las ramas de los árboles que teníamos por encima. Nuestras palabras, nuestras historias, brotaban como manantiales. Te hablé de mi madre y de mi abuela, y hasta de mi padre. De que nos había abandonado cuando yo era muy pequeño y de que apenas conseguía recordarlo. De que apenas quería recordarlo. Se había mudado a Kalisz y nunca había venido a verme, y lo único que veíamos de él eran los escasos pagos de manutención que el cartero nos entregaba todos los meses. Mi madre siempre decía que él no había querido tener hijos, que la quería toda para él, para que pudiera amarla y controlarla.

Y tú me escuchabas, me escuchabas de verdad, contemplándome con tu mirada dulce, sin juzgarme, haciéndome sentir más comprendido de lo que jamás habría imaginado. Luego me hablaste de tu familia, en las montañas; de tus hermanos, a quienes habías admirado de pequeños y quienes no habían llegado «a ninguna parte», que se habían convertido en unos borrachos, como muchos otros, que perdían el conocimiento cada vez que cobraban, cuyos cuerpos tenía que recoger la policía de bancos y aceras, y acababan pasando la noche en celdas hasta que se les pasaba la borrachera. Me hablaste de tus padres y de su trabajo en el aserradero. Lo poco que sabían de ti.

—Apenas se imaginan cómo es todo esto —me dijiste mientras contemplabas la ciudad—. Quiero enseñárselo. Quiero que estén orgullosos de mí.

Me hablaste de tu trabajo, el que empezarías una semana más tarde.

—En la Delegación de Control de Prensa —me dijiste casi en un susurro, como si estuvieras pronunciando el nombre de un dios.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero y me hizo olvidar que era verano.

—Te refieres a la Delegación de Censura —respondí, detestándote durante un instante—. Quienes prohíben los libros que más necesitamos.

Un destello de irritación te cruzó el rostro.

—No seas tan cuadriculado. Todos tenemos que empezar por alguna parte. ¿Se te ocurre algo mejor?

—Vámonos de aquí —dije sorprendido ante mi propio arrojo. A ti, en cambio, pareció divertirte.

—¿Adónde quieres que vayamos? ¿A Roma? ¿A París?

—Lo digo en serio, Janusz.

—¿Sabes qué, Ludzio? Estás pirado. Mira a tu alrededor. —La hierba alta nos protegía y el sol brillaba sobre nosotros—. ¿Por qué ibas a querer dejar atrás todo esto?

Aquella tarde nos montamos en el ascensor para subir a lo alto del Palacio de la Cultura y vimos la ciudad extendida ante nosotros; su inmensidad se había vuelto pequeña de repente; su final —las chimeneas de las fábricas y los bosques tras las últimas casas—, un secreto desvelado. El Vístula serpenteaba a través de la ciudad y se alejaba más allá de las estructuras construidas por la humanidad, hacia las montañas en el sur y hacia el mar en el norte. La bruma del calor del día se disolvía por encima de los bloques de pisos. El verano estaba en su apogeo. El tiempo se había detenido. Y no quería que volviera a correr nunca; que fuera como un dado, que diera vueltas y vueltas y que nunca llegara a detenerse.

Pasaron varias semanas, y aún no había visto a Karolina desde que habíamos vuelto del campamento. Decidí hacerle una visita. Vivía en una habitación alquilada que pertenecía a una conductora de grúa en Żoliborz, al norte de la ciudad, la única parte de Varsovia que había visto Bowie cuando su tren se había detenido en su trayecto entre Moscú y Berlín, un par de años antes de que tú y yo nos conociéramos. Fue lo que le llevó a escribir *Warszawa*, una canción desoladora. Pero Żoliborz no es el peor distrito, ni de lejos. Es una zona residencial con edificios de estilo Bauhaus de los años treinta, una ciudad ajardinada descuidada. Hay árboles enormes olvidados por todas partes y moquetas de hierba que cubren cada hueco entre los edificios grises. En verano es un mundo bicolor: gris y verde. Pero, claro, Bowie lo había visto en invierno, cuando solo quedaba un color.

Llamé a la puerta de Karolina. La conductora de grúa me abrió con la cabeza llena de rulos y un albornoz que le cubría un cuerpo que parecía un tonel. Me conocía, pero siempre hacía como si no. Con un «Buenos días» seco, me acompañó por el pasillo, decorado con cajetillas de tabaco vacías de Occidente —Camel, Ambassador, Marlboro— sobre una estantería. Me llevó hasta la habitación de Karolina en un extremo del apartamento y llamó a la puerta antes de que lo hiciera yo. Se le agitaron los rulos en el pelo corto.

—Señorita Patocka —gritó—, ¡ha venido a verla otro hombre!

Me dedicó una sonrisa de satisfacción y se marchó. La puerta se abrió y apareció el rostro de Karolina, sonriente.

—Ah, eres tú, Ludzio. —Me dio un beso en ambas mejillas. Su blusa fina me acarició el brazo desnudo—. Entra y cierra la puerta.

Atravesó la habitación, recogiendo prendas de ropa que yacían desperdigadas por el suelo, en la silla del escritorio y en la cama, y las metió

de cualquier manera en un rincón del armario.

—Ignora el desorden —me dijo mientras se dejaba caer sobre la cama y me miraba con los ojos abiertos como platos—. No te esperaba, pero me alegro de que hayas venido. Siéntate. —Dio unas palmaditas al hueco que tenía a su lado—. Espero que no te haya tratado muy mal —dijo señalando hacia la puerta y poniendo los ojos en blanco.

—Igual de fina que siempre.

—¿Has visto cómo intenta humillarme?

—Como si pudiera humillarte *así*, con otro pretendiente.

Me sonrió y sus labios pintados del color del coral se estiraron y revelaron sus dientes enormes.

—Bueno, ¿dónde has estado? —Me miró durante un segundo, como si me estuviera analizando—. Estás distinto —dijo tranquila, como una adivina anunciando el destino de alguien.

—¿En serio? —Hice una mueca.

—Es tu cara… —Llevó la mano hasta ella y me posó el dedo corazón en el pómulo—. Es como si algo se hubiera abierto, algo que estaba plegado y muy apretado. Como un puño. No me había dado cuenta antes, pero ahora sí.

—Guárdate tus sabias palabras para alguno de tus pretendientes —dije riéndome, apartándole la mano con delicadeza—. Estoy igual que siempre.

Karolina se encogió de hombros, se levantó de la cama y se sentó frente al escritorio, que también usaba de tocador, con un espejo colgado de la pared. Tenía una foto de Isabelle Adjani metida entre el cristal y el marco, una instantánea de *El quimérico inquilino* de Polanski. Adjani parecía absorta tras unas gafas enormes de carey, con una gran cabellera encrespada y con los dedos cubiertos de anillos y colocados de manera seductora junto a los labios. Karolina cogió unas pinzas y empezó a depilarse una ceja. Estaba sentada de forma que me daba la espalda. En el reflejo del espejo parecía sorprendida y concentrada; pasaba la mirada de sus cejas a la foto y luego a mí.

—No me obligues a sacarte la información con pinzas. ¿Cómo te ha ido con él?

Nunca te llamaba por tu nombre.

—Bien —respondí con un gesto de indiferencia e intentando sonar lo más natural posible—. Acampamos junto a un lago. Estuvimos nadando, pescando… Lo pasamos bien.

—Mmm… —Se peinó la ceja que se había estado depilando con la punta del dedo anular y continuó con la otra—. No tenía ni la menor idea de que fueseis amigos. —Sonaba ausente, pero sentí que fingía esa falta de interés.

—Me preguntó si quería ir con él la última noche, en el bosque —dije despreocupado—. Y tampoco éramos tan amigos. Pero no tenía a nadie con quien ir, así que pensé que por qué no.

Dejó lo que estaba haciendo y me estudió a través del espejo.

—Sabes que *a mí* me lo puedes contar —me dijo en voz baja. Sus palabras me recorrieron el cuerpo como una cuerda tensada.

—No hay nada que contar —contesté. La miré durante un segundo y después me giré hacia la ventana. Se hizo el silencio y en ese intervalo traté de decidir si la rabia repentina que sentía era por ella o por mí, por ser incapaz de decir la verdad. Al otro lado de la puerta sonaba la radio: una banda interpretaba una canción con una alegría insistente.

—¿Y tú qué te cuentas? —me obligué a preguntar.

—¿Yo? —Siguió depilándose las cejas—. Aquí tu amiga ha conseguido trabajo.

—¿Qué dices? ¡Qué bien!

Dejó las pinzas, cogió un cigarro de una cajetilla que tenía en el escritorio, lo encendió y expulsó el humo con rapidez por la nariz. Tenía las yemas de los dedos oscuras por el hollín de los Snagov rumanos baratos que fumaba.

—De secretaria de un capullo del Ministerio de Justicia.

Sonó como un juez al anunciar una pena de prisión: impasible y hasta regocijándose un poco.

Me desconcertó.

—¿Y qué pasa con las prácticas? ¿No ibas a hacer unas con los abogados matrimonialistas?

—No quedaban plazas. —Exhaló una bocanada de humo con la cabeza gacha, mirando hacia la moqueta. Le veía las pestañas apuntando hacia el suelo—. Al final no tenía manera de llegar a ningún lado sin contactos, por muy buenas que fueran mis notas. De todos modos, ¿a quién pretendía engañar? —Suspiró y levantó la cabeza. Sus ojos tristes se encontraron con los míos y luego giró la cabeza hacia la ventana—. Pero puede que sea lo mejor para mí, no sé. Puede que lo hubiera odiado. Tal vez vuelva a intentarlo el año que viene.

Asentí tratando de no desanimarla.

—Seguro que lo consigues. Esto solo es algo temporal.

Movió la cabeza como si estuviera intentando creerme.

—¿Y cómo es el trabajo? —pregunté.

Se encogió de hombros y le dio una buena calada al cigarrillo.

—Empecé la semana pasada. No me preguntes qué es lo que hacen en esa oficina. Le llevo el vodka al consejero por la mañana y redacto una o dos cartas por la tarde. Por lo demás, me trata como si fuera una mujer florero delante de sus compañeros. Me pidió que me pusiera más a menudo ese jersey ajustado que tengo. Vaya forma de desperdiciar cuatro años de educación superior.

Cogió un cenicero del escritorio y aplastó el cigarrillo que tenía a medias.

—Fumo demasiado —refunfuñó dejando el cenicero sobre la mesa,

intentando sonreírme.

—Ven aquí. —Di unas palmaditas en el hueco que tenía a mi lado en la cama. Me hizo caso. Hundió la cabeza en mi hombro y le pasé el brazo por detrás. Nos quedamos un rato así, observándonos en el espejo, buscando algo en nuestros propios reflejos—. Lo siento —susurré al final.

—Ay, no lo sientas. Las cosas nunca salen como uno cree. Además, he tenido suerte. Al menos me han dado permiso para quedarme en la ciudad ahora que me he graduado. Si no, tendría que volver a Tychy, y sabe Dios qué haría allí. Tendría que vivir con mis padres. —Se irguió e intentó reírse —. Pero no sé si podré aguantarlo mucho tiempo.

—No tendrás que hacerlo —le dije—. Estoy seguro.

—¿Sí? —Se le veía la duda en la mirada, la necesidad de consuelo. Asentí y la envolví en un abrazo. Tenía el cuerpo como un horno. Sentía casi como si yo mismo me estuviera quemando—. Se traga todas tus ideas, tu autoestima —me dijo con un deje de desesperación en la voz que jamás le había oído—. Ya me veo convirtiéndome en una de esas oficinistas amargadas.

—No te vas a convertir en una oficinista amargada —dije agarrándola de los hombros y clavándole la mirada en los ojos—. Ya me encargaré yo de que no, al menos mientras viva.

Me sonrió y me soltó.

—¿Ves? Sí que has cambiado —me dijo—. Te has vuelto optimista. —Se puso de pie y se acercó a la ventana. Unas ramas con hojas de un verde deslumbrante se mecían en la brisa, despacio, en paz. Abrió la ventana y se quedó allí durante un instante, observando, respirando hondo—. ¿Y tú? ¿Has averiguado ya qué vas a hacer con tu vida, Ludzio?

—He tenido tiempo para pensármelo en verano —respondí muy consciente de mi voz. Me miraba las manos mientras intentaba juntar las palabras—. Creo que al final voy a intentar entrar en el doctorado. Ya sabes, el que me dijo que debería hacer el profesor Mielewicz.

Se dio la vuelta poco a poco, con el rostro inmóvil.

—¿*En serio*?

Me encogí de hombros y la miré a los ojos un momento. Tenía una mirada fría y vulnerable al mismo tiempo.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—He estado dándole vueltas. La pensión de manutención de mi padre se acabará pronto y tengo que hacer *algo*. Supongo que es mejor que pudrirme en un colegio o en una biblioteca, ¿no?

—Una vez dijiste que preferirías trabajar en una fábrica a tener que traicionar tus principios.

Me mordí el labio.

—Bueno, supongo que mentí, ¿no? —respondí tratando de sonreír.

—¿Y qué pasa con el tema? ¿Qué pasa si te obligan a escribir sobre lo que

ellos quieran?

Volví a encogerme de hombros de forma todavía más exagerada.

—Ya encontraré el modo de evitarlo. O no.

Karolina asintió, se giró de nuevo hacia la ventana y apoyó las manos en el alféizar. Yo me levanté y me puse a su lado.

Más allá de las ramas de los árboles, en las casas del otro lado de la calle, colgaba la ropa de los hilos de los tendederos que había en las ventanas: la tela de las vidas de las personas secándose al sol, meciéndose al viento. Los vestidos anchos de color rojo y amarillo mostaza desgastados, las camisas con los cuellos tiesos que parecían hombres obesos cada vez que el viento llenaba su interior, toallas desteñidas por el uso a lo largo de los años. En la calle, unas niñas con calcetines blancos hasta las rodillas habían dibujado en la acera varios cuadrados con tiza y contaban y cantaban mientras jugaban a la rayuela.

—Lo decía en serio cuando he dicho que siempre podemos marcharnos —me dijo levantando la cabeza hacia mí—. Lo sabes, ¿no? El tío que tengo en Chicago podría encontrarnos algo. O podríamos coger un autobús e irnos a Alemania o a Francia, y bajarnos allí y huir.

Me sonrió, pero era una sonrisa triste.

—No hace falta que tomemos ninguna decisión precipitada —le respondí al sentir el peso de su mirada—. Siempre dijimos que primero probaríamos suerte aquí. Puede que las cosas mejoren.

—Aquí las cosas nunca mejoran —respondió. Cerró la ventana y volvió a la cama.

—Aún no lo sabemos.

—¿De verdad? —Me miró con curiosidad—. Supongo que aún tienes que verlo por ti mismo.

Al día siguiente me acerqué al casco antiguo de la ciudad y pasé por la calle Nuevo Mundo, Nowy Świat, junto a las cafeterías y las tiendas concurridas, junto a la iglesia en la que está enterrado el corazón de Chopin en una columna de mármol rosa y en la que los estudiantes se manifestaron en 1968 y fueron agredidos por la policía. Atravesé las puertas de hierro de la universidad y me adentré en el campus. Era extraño estar ahí en pleno verano, antes de que empezara el semestre: los caminos y los jardines estaban vacíos, no había nadie bajo las sombras que proyectaban los árboles y la biblioteca estaba desierta salvo por un par de investigadores. La paz de aquel lugar me pilló desprevenido. Me sentí como un fantasma al cruzar el departamento de Literatura, con el eco de mis pasos resonando en el pasillo, y llamé a la puerta gruesa en la que ponía «Profesor Mielewicz». Casi no me lo creí cuando me respondió con un «Pase». Como de costumbre, el profesor estaba sentado en una butaca, rodeado de pilas de libros y papeles que había

amontonado como rascacielos temblorosos de una ciudad aparecida de la nada. Era un hombre rollizo de unos cincuenta años con el pelo oscuro peinado hacia atrás sobre una cabeza enorme, una expresión afable en un rostro amplio y unas gafas redondas.

—*Pan* Głowacki, cómo me alegro de verle —dijo con calma, como si de algún modo hubiera sabido que vendría ese día en concreto—. Siéntese. —Cerró el libro que había estado leyendo introduciendo un bolígrafo entre las páginas—. Ha venido por lo del doctorado, ¿verdad? —Me sonrió con conocimiento de causa.

Asentí.

—Sí, profesor.

—¿Quiere hacerlo entonces?

Me estudió con atención, casi con demasiado descaro. Me hizo sentir como si pudiera ver a través de mí.

—Sí, profesor —respondí, un poco menos seguro de mí mismo esa vez.

—Bien. —Me sonrió y se echó hacia atrás, quitándose las gafas y frotándose los ojos como si estuviera limpiándose algo—. ¿Sabe dónde se está metiendo?

Dudé.

—La verdad es que no, señor. —Soltó una risa profunda y pesimista—. Pero quiero intentarlo.

—Esa es la actitud. —Se inclinó hacia delante, colocó los brazos rechonchos sobre el escritorio y juntó las yemas de los dedos de ambas manos—. Porque, mire, la verdad es que no puedo garantizarle nada. Al final, la comisión tiene que dar el visto bueno a su propuesta, y son muy duros. —Giró la silla hacia un lado, se agachó y empezó a rebuscar algo en un cajón. Al final sacó un montoncito de papeles—. Tome, rellénelos. Tráigame una propuesta para finales de semana y lo miramos juntos.

Antes de darme los papeles, le echó un vistazo cauteloso a la puerta y después volvió a mirarme. Bajó la voz y habló en una especie de susurro que parecía haber estado sopesando.

—Supongo que no hace falta que le hable de las condiciones. Escoja un tema que no genere malestar, ¿eh? —Meció la mano en el aire—. Nada que sea demasiado controvertido. Nada que pueda considerarse antisocialista en lo más mínimo, ni que tampoco desprenda un tufillo prooccidente, querido. Últimamente están cada vez más nerviosos con ese tema.

—Comprendo —dije cogiéndole los papeles.

Nos dimos un apretón de manos y me di la vuelta para marcharme.

—Ah, y otra cosa, Ludwik. —Me giré. Me miraba con una cierta preocupación paternal—. Asegúrese de que me trae un buen tema, ¿vale? Hay más candidatos, y quiero que sea usted el que lo consiga.

Asentí y salí de su despacho cerrando la puerta tras de mí con las manos temblorosas. De pie, en el pasillo, dejé escapar un suspiro profundo.

Volví a casa despacio. El aire era sofocante. El cielo estaba gris y un viento pegajoso recorría las calles levantando polvo. La poca gente que había fuera parecía ajetreada, ensimismada —más de lo habitual— y sus rostros parecían máscaras. Me sentí aliviado al llegar a casa. *Pani* Kolecka no estaba. Me senté y saqué los papeles que me había dado el profesor. No tenía nada en mente, pero, de todos modos, me puse a ello y apoyé el bolígrafo sobre el papel. Me obligué a pensar. La verdad es que no se trataba de algo que quisiera hacer, pero tampoco quería dejar escapar la oportunidad. No me quedaba otra, no había otro camino posible. Y también sentía cierto placer al hacer algo que nunca antes me había permitido hacer, una satisfacción por lo prohibido, un desafío. Sabía sobre lo que sí quería escribir: sobre el libro que había logrado conmoverme más que nada en el mundo, más que cualquier otro libro que hubiera leído. Pero también era consciente de que no podía escribir sobre *La habitación de Giovanni*. Nunca lo habían publicado en Polonia. Se suponía que ni siquiera debía saber de su existencia. Sin embargo, sí había leído las otras historias de Baldwin. Casi todas hablaban de cómo era ser negro en Estados Unidos, de la discriminación y del rechazo. Apreciaba la importancia que tenía; veía la forma en que mostraba el doble rasero de Occidente, el racismo y la supremacía blanca que se escondían tras un liberalismo y una democracia ensalzada por los poderes capitalistas. Al mismo tiempo, como era obvio, me veía reflejado. Acarreaba mis diferencias, mi vergüenza, en el interior. No eran visibles —al menos, a simple vista—, pero ahí estaban, y eran peligrosas. Sobre eso empecé a escribir.

Recordé lo que había leído sobre Malcom X, sobre su amistad con Baldwin, su lucha, sus opiniones radicales sobre la opresión y la defensa propia. Escribí con rabia, mientras mi cuerpo se disolvía y la cabeza me daba vueltas, hasta que perdí la noción del tiempo.

La llave giró en la cerradura y *Pani* Kolecka apareció por la puerta. Me sorprendí de lo bajita, de lo diminuta que parecía al sujetar la bolsa de la compra. Se la quité de las manos y la dejé sobre la encimera de la cocina.

—Gracias, querido —me dijo quitándose la boina—. Las colas cada vez son más largas. Eso o que mis piernas aguantan cada vez menos. Pero he conseguido comprar carne. —Me dedicó una de esas sonrisillas que nacían en sus ojos—. Es un milagro.

Tan solo unos instantes después, habíamos puesto a hervir unas patatas y yo me había sentado en la mesa de la cocina para rallar zanahoria.

—Tenemos que estar contentos —dijo mientras sacaba la carne del papel gris manchado y la colocaba sobre la encimera—. Si las cosas no cambian, cualquier *kotlet* podría ser la última que comamos. —Empezó a golpear la carne con un mazo y los golpes casi ahogaban sus palabras—. ¿Te has enterado? —Me pasó un rollo de papel de secar y un plato y empezó a romper unos huevos en el canto de un bol. Negué con la cabeza—. Gierek ha decidido subir el precio de la carne.

—¿Qué? —La miré sin poder creérmelo.

Se giró hacia mí y se limpió las manos en el delantal.

—Los productos cárnicos han subido hasta un sesenta por ciento en los comedores.

—No pueden hacer eso. —La incredulidad que sentía se mezcló con la rabia.

Se dio la vuelta hacia la carne y siguió golpeándola con el mazo.

—Eso creíamos. Pero pueden, y lo harán.

Más tarde, comimos sin hablar, saboreando cada bocado de la *kotlet* con su empanado crujiente, las zanahorias ralladas con nata y las patatas con mantequilla cubiertas de eneldo. *Pani* Kolecka solía contarme anécdotas de su vida y de su matrimonio, de sus viajes, de las veces que había acompañado a su marido en sus expediciones. Pero aquella noche no fue así. Aquella noche algo pendía sobre nosotros. Una a una, las luces del *blokowisko* se encendieron en la oscuridad.

Tu casa, como todas las demás del barrio de Praga, era vieja y estaba casi en ruinas. La fachada estaba cubierta de agujeros de bala con forma de estrellas, y en algunos de los balcones oxidados que daban a la calle colgaba la ropa tendida. Al pasar el arco de la entrada estaba el patio donde, rodeada de hierba alta y gladiolos, se alzaba una Madonna. Tenía el rostro pálido, llevaba puesta una toga azul, levantaba las manos hacia el cielo y tenía un halo de estrellas pintadas de dorado alrededor de su delicada cabeza.

Por aquel entonces estaba más alejado de la iglesia que nunca, pero había algo en la belleza de esa estatua, en medio de la decadencia del patio, que me conmovió y me acompañó mientras subía a tu apartamento. Las escaleras parecían tan antiguas y frágiles que no sabía si serían capaces de soportar mi peso. Olían a humedad y crujían con cada uno de mis pasos, pero aguantaron. En la primera planta, una anciana me miró con recelo y me ignoró cuando la saludé. En la tercera, unos niños corrían por el rellano mientras gritaban y decían más palabrotas que un borracho. Tu casa estaba en la cuarta planta.

—Ludzio —susurraste cuando abriste la puerta, echando un vistazo al rellano que quedaba detrás de mí.

Tu habitación era pequeña, pero vivías solo, lo cual era ya de por sí todo un lujo. El suelo era de madera antigua y había dos ventanas que daban al patio, un escritorio y, en una esquina, una cama con un cabecero de hierro sobre la que nos tumbamos. Nos besamos durante un buen rato, con brusquedad, tratando de saciar una sed que parecía no tener fin.

Me preguntaste si tenía hambre, sacaste una hogaza de pan de detrás de las cortinas y las cerraste. Cortaste el pan, sujetándolo contra tu pecho como si fuera un bebé y moviendo el cuchillo de sierra hacia tu corazón. Nos

quedamos allí sentados, masticando con satisfacción las rebanadas gruesas, escuchando los crujidos de la casa y las voces ahogadas de los vecinos. Te conté que le había expuesto mi idea al profesor Mielewicz ese mismo día y que le había gustado mucho. La propuesta estaría lista para presentarla esa semana.

—Genial —dijiste entre bocados, con los ojos resplandecientes—. Ojalá lo consigas.

—Espero —respondí—. Si no… no sé qué voy a hacer.

Te giraste hacia mí con una expresión alentadora.

—Podría intentar conseguirte un trabajo en mi departamento cuando ya lleve un tiempo.

Negué con la cabeza.

—No. —Me miraste como si esperaras una explicación. Durante un segundo, ninguno de los dos hablamos—. ¿Te has enterado de lo de los precios de la comida? —pregunté al fin. Asentiste y miraste hacia otro lado —. ¿Y? —dije para tantear el terreno.

Entonces fue tuyo el silencio.

—¿Y *qué*? —Te encogiste de hombros—. Si lo hacen es porque hace falta.

—¿Lo dices en serio? Lo hacen porque no saben cómo dirigir el país. ¿Adónde te crees que va toda la comida que producimos? La usan para pagar las deudas. Se la llevan a Rusia y a Occidente. Y no queda nada para nosotros.

Te quedaste en silencio durante un momento, con el rostro inmóvil.

—Tienes que tener cuidado con a quién le dices esas cosas. Lo sabes, ¿no, Ludzio?

Te sostuve la mirada.

—Pero sabes que tengo razón —respondí con determinación.

Te levantaste, recogiste una botella medio vacía de *Mazowszanka* de debajo del escritorio y te serviste el agua en un vaso.

—Sí —respondiste en voz baja, dándome la espalda—. ¿Pero de qué sirve saberlo? No sirve de nada. —Volviste a la cama y me pasaste la botella—. Te lo digo por tu propio bien, no seas tan impulsivo. O te meterás en un montón de problemas, y no te hace ninguna falta.

—¿Entonces por qué no…?

—Vamos a dejar el tema —dijiste cortante. Me sorprendió lo frío que se había vuelto el tono de tu voz—. No hemos tenido la misma vida. No vamos a ponernos de acuerdo en esto.

Me daba vueltas la cabeza y sentía el vaso frío en la mano. Nunca me habías hablado así, con esa indiferencia. No sabía si quería salir corriendo o que me consolaras. En cualquier caso, ya no me apetecía seguir hablando. Nos sumimos en un nuevo silencio que empezó a disipar tus últimas palabras, a aliviar su vehemencia. Te tumbaste en la cama, mirando al techo, y yo me tumbé a tu lado. Entonces tus manos se acercaron a mí, tus ojos

consoladores se encontraron con los míos y parpadearon una disculpa. Nuestros cuerpos se acercaron por instinto. Recorrí tu pecho bajo la camisa y tracé la curva de tus clavículas, la firmeza de tus hombros. Tu sabor era el mismo de siempre, cálido y terroso. Te quité la ropa en la penumbra. Aún tenías la piel bronceada y éramos conscientes de la vida en la casa —pies que se arrastraban en el piso de abajo, cañerías que gorgoteaban, grifos que se abrían y se cerraban— acompañando nuestros forcejeos. Más tarde, cuando ya había caído la noche y nos habíamos agotado el uno al otro, nos tumbamos cara a cara, con la punta de tu nariz acariciando el puente de la mía. En la oscuridad no importaba nada.

—Mañana empiezo a trabajar —dijiste después de un rato.

—Si quieres, puedo pasar a recogerte.

Sacudiste la cabeza.

—Mejor no. Es mejor no darles motivos para que sospechen. Nos vemos en la piscina. El miércoles.

No dije nada. Dejé que tus palabras resonaran en mi mente y las sopesé por separado.

—Así que de repente nos hemos convertido en un secreto, ¿no?

Te alzaste y te apoyaste sobre los codos. Tus ojos parecían más oscuros.

—Siempre hemos sido un secreto, Ludwik. Lo que pasa es que hasta ahora no teníamos que escondernos de nadie. —Sonreíste durante un instante, puede que por incomodidad—. ¿Sabes lo que pasaría si nos descubrieran? —Frunciste el ceño—. Tienen listas. Llevan un control. Y saben cómo dar uso a toda esa información. —Me acariciaste la mejilla con el dedo índice, con delicadeza. Lo sentí como una amenaza. Aparté la cara y tú retiraste la mano.

—No hay ninguna ley que prohíba lo que estamos haciendo.

—Lo sé. —Atenuaste la voz—. Pero tenemos que comportarnos como si la hubiera. ¿Sabes lo que le hicieron a Foucault?

Te miré desconcertado.

—¿Te refieres al filósofo? —Asentiste—. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

Te sentaste en la cama y apoyaste la espalda en la pared.

—Vino a Varsovia cuando era joven para dirigir un instituto de cultura francés, y el Servicio Secreto sabía lo suyo. Así que buscaron a un estudiante atractivo, lo introdujeron en el círculo de Foucault y se aseguraron de que el chico lo sedujera. Y funcionó. Un día, reservaron una habitación en el Bristol y, ¡bam! —chasqueaste los dedos—, llegaron los agentes y los pillaron en la cama. A Foucault lo acusaron de delitos de prostitución. Una semana más tarde, había dimitido de su puesto y estaba de vuelta en París. —Tu voz sonó casi triunfante, como si estuvieras impresionado ante la eficacia del Servicio Secreto. Sin embargo, durante un instante, vi un vestigio de ansiedad recorrerte el rostro—. ¿Entiendes?

No dije nada. Las cañerías se agitaron con un ligero ruido sordo y sentí una pesadez que se aposentaba sobre mí.

—¿Y quieres vivir así, Janusz? ¿Con miedo?

Te reíste. Habías recuperado la confianza.

—No tengo miedo. Tenemos que ocuparnos de nuestros asuntos. Evitar correr riesgos, ser más listos que ellos. Mientras lo hagamos, estaremos bien, ¿no crees? —Me encogí de hombros, derrotado—. Genial. —Saltaste de la cama con la energía renovada—. Voy a darme una ducha.

Te pusiste una camiseta y unos pantalones cortos y saliste al pasillo.

Aquella semana empezaste a trabajar y yo me dediqué a mi propuesta, la cual envié a la comisión después de que mi profesor me echara una mano. Lo único que podía hacer era esperar. Y, como el piso era pequeño y los nervios se habían apoderado de mí, me pasaba los días paseando por la ciudad. Me adentré en el distrito de Wola, más allá del *blokowisko*, y me dirigí hacia los cementerios. El más grande era el de Powązki. Había olmos podados y filas interminables de tumbas con cruces, todas bien cuidadas, limpias y atendidas como esculturas de un museo. Al lado estaba el pequeño cementerio tártaro musulmán, que no parecía recibir muchas visitas. Era del tamaño de un aula, y la hierba comenzaba a cubrir las tumbas como si se tratara de un futuro yacimiento arqueológico. Y luego estaba el cementerio judío. Era grande y alargado, un rectángulo que se extendía hasta donde no alcanzaba la vista, y nadie podía ver su interior. Estaba abandonado; sus puertas, cerradas para siempre. Lo único que se veía era un ejército de álamos que se alzaban por encima del muro que separaba —y protegía— la ciudad de ese fragmento de la historia. Caminé junto al muro antiguo de ladrillo rojo cubierto de hiedra y admiré los robustos árboles que se mecían al viento. Me imaginé a la naturaleza siguiendo su curso sin obstáculos al otro lado, un pequeño bosque que crecía a partir de los corazones de las tumbas desamparadas. Desde donde estaba, parecían los árboles más hermosos de toda la ciudad.

Pasé de largo, dejando atrás las fábricas abandonadas que sobrevolaban bandadas de cuervos mientras graznaban con sus picos blanquecinos con forma de espada y que proyectaban sus sombras sobre los solares polvorientos. Tras atravesar el distrito de Wola, en dirección al centro de la ciudad, llegué hasta la plaza del monumento al levantamiento del gueto. Me estremecí mientras asimilaba su tamaño, el dolor de los rostros distorsionados esculpidos sobre la fachada. Aceleré el paso por las avenidas anchas y largas. Tan solo se podía cruzar cada quinientos metros, lo que te hacía sentir a la vez expuesto y apartado. Caminé y caminé, y atravesé la plaza Dzierżyński hasta llegar al centro. Después me dirigí hacia el sur, en dirección al Palacio de la Cultura y su aguja enorme que perforaba el cielo

de finales de verano. De pie, debajo de ella —del regalo que Stalin le había hecho a la ciudad, ese nudo de hormigón, su mayor cicatriz—, alcé la mirada y empezó a darme vueltas la cabeza. Era septiembre y todavía hacía calor, pero, aun así, ya flotaba en el aire un toque de decadencia.

Caminé hacia casa. La ciudad se había llenado de nuevo tras la desolación del verano. Los estudiantes habían regresado para un nuevo curso y los trabajadores habían vuelto de sus vacaciones. Las colas de los comercios se dilataban como labios ensangrentados; los suministros escaseaban y tardaban tanto en llegar que el único modo de hacerse con algo era esperando. Las colas empezaban a ocupar calles enteras. Tuve que abrirme paso a través de una que se había formado delante de una tienda de comida, en la que varias mujeres con cestas vacías intentaban ver por encima de las cabezas de quienes estaban por delante de ellas para enterarse de qué ocurría. A veces charlaban entre ellas, pero, la mayor parte del tiempo, casi nadie se relacionaba; tan solo murmuraban quejas y regañaban a quienes creían que se querían colar.

Pani Kolecka salía temprano todas las mañanas y se unía a las colas que, según los rumores que le había contado alguna conocida, parecían más prometedoras. Paseaba por la ciudad con las bolsas de malla metidas en el bolso todo el tiempo, y cuando se encontraba con alguna cola en la que parecía que podría obtener algo —ya fuera papel higiénico o una lata de legumbres—, se unía a ella y esperaba.

Pani Kolecka llegaba a casa cansada y con las manos vacías casi todas las tardes. Se sentaba en la mesa del salón y una lamparita le iluminaba las manos mientras empleaba restos de tela para confeccionar sombreros que vendía en las colas. Me sonreía cuando volvía de tu casa, ya de noche.

—Estamos esperando para nada. Hacemos cola por una posibilidad, eso es lo único que hacemos —dijo en voz baja una noche. La tristeza y la ironía se reflejaban en sus ojos—. Nuestra única moneda es el tiempo. Y es muy barata.

Las raciones eran cada vez más pequeñas y menos variadas. Yo solía comer en la cafetería del campus, pero no carne. Aunque a veces teníamos suerte. A veces llegaba a casa y me encontraba a *Pani* Kolecka de pie en la cocina, mientras Chopin sonaba en la radio, cocinando algo con un aroma delicioso en los fogones, algo a lo que seguro le había puesto comino. Le encantaba el comino.

—Ven a comer, Ludzio —me decía con una sonrisa en aquellos ojos pequeños—. Debes de estar hambriento. Siéntate y cuéntame cómo te ha ido el día.

Una mañana, mientras seguía esperando a que el profesor Mielewicz se pusiera en contacto conmigo, me encontré a *Pani* Kolecka tumbada en la

cama del salón, con la manta subida hasta la barbilla.

—Es por estar de pie —me dijo tosiendo. Una tos seca y violenta, como una queja. Resultaba extraño que un ser tan pequeño, tan frágil, pudiera emitir semejante sonido.

Le preparé un té y le eché un poco de miel que había traído del campo, donde vivían sus hermanas. Pero no sirvió de mucho. No dejaba de toser.

—Lo siento —me dijo con los ojos rojos por el agotamiento—. Me voy a tener que tomar algún medicamento.

Aquella noche el viento sopló con más fuerza, los árboles del patio se golpeaban entre sí y el aire aullaba a través de sus ramas. Me desperté y la oí toser desde la otra habitación; una tos brusca, incontrolable, como una amenaza.

A la mañana siguiente fui a la farmacia para comprarle la medicina. No tenían lo que necesitaba.

—Puede que llegue en una semana —me dijo el farmacéutico sin expresar ninguna emoción.

Lo intenté de nuevo en una farmacia que estaba más lejos, pero me dijeron lo mismo. Volví al apartamento con la rabia acumulada en la base del estómago y palpitando por todo mi cuerpo.

—No te preocupes —me dijo *Pani* Kolecka—. Me pondré bien. Solo necesito descansar.

Le preparé más té y puse a hervir unas verduras. Le traje comida de un comedor, *ruskie pierogi* y repollo en conserva. Pero la tos no remitía. Su sonido seco y entrecortado me despertaba y me hacía compañía durante las noches. Era como si algo en su interior tratara de abrirse paso a través de su cuerpo.

Durante aquellas semanas, tú y yo íbamos de vez en cuando a la piscina de la universidad. No estaba muy lejos del casco antiguo, escondida bajo las murallas del campus. Recuerdo el recibidor enorme, un fuerte olor a cloro que me encantaba y una consigna en la que dejábamos los zapatos en una bolsa de tela que compartíamos. En los vestuarios nos quitábamos la ropa junto a otros chicos que se estaban secando mientras bromeaban, ajenos a su desnudez o acostumbrados a ella, como algo natural: espaldas, muslos y culos firmes, pieles suaves cubiertas de gotas como las hojas de los árboles tras la lluvia. Pero, por extraño que parezca, no me excitaban. Cuando estábamos allí desnudos, cambiándonos de ropa, duchándonos con ellos, no éramos del todo nosotros mismos. Nos sentíamos más ligeros, como si no hubiera consecuencias. Al quitarnos la ropa nos deshacíamos también de los papeles que interpretábamos, y tan solo pertenecíamos a un mundo anónimo de cuerpos. Y cuando nadábamos y me abría paso a través del agua, me sentía aún más ligero. Me acordaba del verano que habíamos pasado juntos,

de la tranquilidad con la que habíamos flotado en el lago. Mientras nadaba, me iba disolviendo en el agua, y algo acudió a mí desde lo más profundo de mi memoria.

Era muy pequeño. Mi padre acababa de abandonarnos y mi madre estaba tan destrozada que temía que fuera a morirse de pena. Se pasaba todo el día en su cuarto. Se le pusieron los labios pálidos y los ojos rojos. Yo intentaba animarla; le llevaba a la cama mis cuentos con ilustraciones para leérselos en voz alta y distraerla. Un día, de repente, salió de su cuarto maquillada con pintalabios y lápiz de ojos, y me sacó de casa y me subió a su bicicleta. Recorrimos nuestra calle y atravesamos un gran parque vacío hasta llegar a la piscina bajo la bóveda del Centro del Centenario. Allí fue donde me enseñó a nadar. Nos metíamos juntos en el agua, y ella, mi salvavidas, me sujetaba mientras yo sacudía las piernas y los brazos, exultante, libre. Me enseñó con paciencia a confiar en mi cuerpo, a dejar que flotara, a moverme por mi cuenta. Fuimos juntos durante años, hasta cuando ya no necesitaba que me sujetara. Quería que me viera, que estuviera orgullosa de mí. Quería que nos sintiéramos importantes el uno para el otro. De modo que, varios años más tarde, cuando llegó el día en que le descubrieron algo en los pulmones y llegué de clase a un apartamento vacío salvo por mi abuela, que lloraba en el sofá, nunca se me ocurrió volver a la piscina. No sin ella. Era como si una parte de mi vida hubiera muerto con ella, como si no pudiera regresar jamás.

Una noche, cuando terminamos de nadar, ya estaba oscureciendo, y al salir, con el pelo aún mojado, vimos el Vístula resplandeciendo mientras el viento sacudía los árboles con suavidad. El aire era fresco y olía a humedad. El verano aún perduraba, pero empezaban a notarse los vientos más fríos que llegaban desde las llanuras infinitas de Siberia, que anunciaban el fin del calor. Aquella noche marcó la entrada del otoño.

Descendimos por la cuesta de un parquecito y llegamos hasta la calle Dobra. Era la primera vez que te veía desde que habías empezado a trabajar, y me contaste que le caías bien a tu jefe, que ya te había dado algunos textos para que los leyeras: libros a la espera de recibir la autorización para que los publicaran. Tu trabajo era examinarlos, encontrar críticas al Partido o cualquier cosa que no fuera adecuada para el público. Parecías entusiasmado; hablabas con los ojos bien abiertos y como si tus palabras estuvieran dirigidas a unos espectadores.

No te interrumpí, sin saber muy bien qué hacer con mi rabia, hasta que detuviste tu discurso y me miraste.

—¿No tienes nada que decir? —me preguntaste, como si esperaras que te felicitara.

Dejé que nos envolviera el silencio, confiando en que difuminara la realidad de ese instante. El eco de nuestros pasos resonaba en aquella calle apenas iluminada. No había nadie salvo nosotros. Me aferré a esa calma durante todo el tiempo que me dejó, durante todo el tiempo que pude.

—Ya deberías saber que nunca vas a conseguir impresionarme con tu trabajo —me oí decir en voz alta—. Que nunca hará que estemos más unidos. —Me miraste como si estuvieras a punto de responderme—. Mientras tanto —proseguí, incapaz de contener el resentimiento—, las colas se están volviendo infinitas. Cada vez hay menos para comer. Y *Pani* Kolecka está enferma. Tose como si estuviera en las últimas. Ni siquiera tienen los medicamentos que necesita.

La tensión de tu rostro se relajó. Era tu turno de permanecer en silencio.

—Lo siento —dijiste al final con un tono abatido, dirigiéndote de nuevo solo a mí.

—Yo también lo siento. Siento que tengamos que vivir bajo este sistema, joder.

Frunciste el ceño y miraste hacia atrás.

—¡No digas esas cosas! —Había un deje de miedo en tu voz.

Me hizo sentir una satisfacción extraña.

—¿Qué podemos hacer si no? ¿Dejarles que hagan lo que les venga en gana?

Te paraste, volviste a mirar hacia atrás y me agarraste por los hombros.

—Trabajar. Guardar silencio. —Me miraste directo a los ojos—. No hagas el tonto. —Esquivé tu mirada—. Lo digo en serio, Ludzio. —Me sacudiste, como si intentaras despertarme—. Te dije que no corriéramos riesgos. ¿Quieres manifestarte? ¿Para qué? ¿Para terminar en la cárcel y ser un mártir en vano? —Alcé los ojos y te miré. Hasta entonces no había sido consciente de lo cerca que estaban nuestras caras, de que estábamos en plena calle—. Hay maneras de poder llevar una buena vida —continuaste, como si pudieras oír mis pensamientos—. Ya se me ocurrirá algo. ¿Puedes confiar en mí? —En tu mirada había una súplica que nunca antes había visto.

Escuchamos el sonido de unas botas repiqueteando sobre el asfalto.

—¿Janusz? —Un grito llegó desde el otro lado de la calle. Había una chica de pie bajo el haz de luz redondo que proyectaba una farola—. ¿Eres tú?

Me soltaste.

—¡Hania! —Se te iluminó el rostro.

La chica cruzó la calle y os fundisteis en un abrazo. Vi su rostro sobre tu hombro, sonriendo con los ojos cerrados durante un instante. Me daba vueltas la cabeza. Ella abrió los ojos y me miró. Fue como ver un fantasma: tenía la piel pálida y blanca, los ojos oscuros e intensos. Nunca la había visto tan de cerca, pero la reconocí. Era la chica con la que te había visto en el campamento. Tenía un aspecto muy elegante: llevaba una gabardina y botas

de vaquera. Pero sus pendientes llamaban aún más la atención, con unos abalorios que brillaban con todos los colores del arcoíris, como la cola de un ave exótica, y eran tan largos que casi le rozaban los hombros. No podía apartar la mirada de ellos.

—Hace siglos que no te veo, Janusz —gritó recolocándose el pelo, haciendo que se le movieran los pendientes—. ¿Dónde has estado todas estas semanas? —Su mirada se posó sobre mí. Hubo una pausa en la que ella y yo nos miramos, un poco avergonzados, hasta que dijiste:

—Deja que te presente a mi compañero de natación, Hania. Este es Ludwik.

Nos dimos un apretón de manos. La suya era suave y blanca como una paloma.

—Encantada de conocerte —me dijo, y sonó como si lo dijera en serio, mirándome a los ojos durante un segundo antes de volver a dirigirse hacia ti. Te puso la mano en el hombro—. Estaba yendo a ver a Rafał. Vive aquí, a la vuelta de la esquina. ¿Quieres venir?

Miraste a Hania y luego a mí. Ella estaba girada por completo hacia ti.

—Me encantaría, pero…

—¿Estás *ocupado*? —Enarcó las cejas—. Venga, solo una copa. Que hemos estado hablando de lo mucho que te echamos de menos.

Vi cómo cerrabas con fuerza los dedos alrededor del asa de tu mochila. Me resultaba imposible interpretar la expresión de tu rostro.

—Esta noche no puedo —dijiste al fin—. Lo siento. La próxima vez será.

Te miró durante un rato, hasta que se le formó una sonrisa en los labios.

—Vale. Pero no quiero ni una sola excusa para escabullirte de mi fiesta de cumpleaños. Es a finales de mes. Vendrás, ¿verdad?

Asentiste. Hania se despidió de ti con un beso y salió corriendo, golpeando el asfalto con las botas. Nos quedamos allí de pie durante un momento sin hablar, con el ambiente cargado de un modo extraño. Parecías triste, preocupado.

—¿Todo bien? —pregunté.

Asentiste sin mirarme.

—Sí. Venga, vamos.

—¿Crees que nos ha visto?

—No lo sé. Creo que no.

De nuevo, me era imposible descifrar tu rostro.

Subimos por unas escaleras estrechas junto a un muro de piedra. Detrás estaba el convento de las monjas, con su claustro, sus huertos y sus vacas pastando, y también los nuevos bloques de viviendas que se alzaban justo por encima.

Nos cruzamos con un grupo de chicos con vaqueros ajustados que venían hacia nosotros por el pasaje estrecho. Uno de ellos sujetaba por la cintura a una chica pequeña muy maquillada, mientras que otro, con el rostro afilado

y el pelo negro engominado, te miraba de arriba abajo con curiosidad. Te fijaste en él y tu rostro pareció tensarse. Apartaste la mirada. Llegamos a lo alto del puente y esperamos en el semáforo. A la derecha quedaba la ciudad, con sus altos edificios resplandeciendo por las luces de neón que anunciaban clubs y restaurantes; a la izquierda, el Vístula y la orilla oscura de Praga. Me pareció sentir tu inquietud. Me miraste de lado.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Miraste hacia delante, hacia la luz roja.

—Creo que es mejor que pase la noche solo. —Sonabas cauteloso, como si estuvieras conteniéndote—. Tan solo esta noche.

—¿Por qué?

—Necesito estar a solas.

Te miré a los ojos, intentando discernir qué era lo que querías decir. Tu mirada era firme.

—Es solo que estoy cansado —me dijiste—. Necesito descansar, ¿vale? Te veo pronto.

—¿Es por Hania?

Negaste con la cabeza, sin mirarme.

—No le des más vueltas.

La luz cambió a verde y apareció un tranvía. Nos dimos las buenas noches con las manos en los bolsillos y cruzaste la calle sin mirar atrás.

Pasaron tres días sin noticias. En vez de comerme la cabeza, cogí un tranvía traqueteante hasta el otro lado del río. Abriste la puerta sin camiseta, con una cuchilla en la mano. Parecías sorprendido de verme, pero no molesto. Me invitaste a entrar. Tenías un cuenco con agua sobre el escritorio y un espejito apoyado contra una pila de libros.

—Estaba preparándome para salir —me dijiste mientras te sentabas y te pasabas la mano por la barba de varios días—. A tomar algo. Mi jefe nos ha invitado a su casa. —Intentabas sonar despreocupado y me lanzaste una mirada para comprobar mi reacción. Estaba tranquilo. Cogiste la cuchilla y te volviste a mirar en el espejo—. ¿Podemos quedar mañana? ¿En la piscina?

Asentí, aliviado por tener algo a lo que aferrarme.

—Claro. Pásalo bien esta noche.

Conseguí decirlo sin que sonara sarcástico. Te quedaste de pie y me diste un beso muy intenso en la boca, aún con la cuchilla en la mano.

Fui a una cafetería de cerca del campus que frecuentaban los estudiantes y me preparé la entrevista con la comisión que tendría lugar si pasaba a la siguiente fase. Empezaba a gustarme el tema que había elegido: el análisis de Baldwin sobre el racismo de Estados Unidos. El profesor Mielewicz también lo había alabado y me había dicho que era la primera persona en todo el país en tratar el tema. Me hizo pensar que todo lo que había hecho a lo largo

de mi vida hasta ese momento era irrelevante o prescindible. Por primera vez, tenía algo que me pertenecía solo a mí, algo que me necesitaba para poder existir. Esperaba tener noticias de mi profesor en cualquier momento. Intentaba no perder la esperanza.

Cuando cerraron la cafetería, cogí mis cosas y volví a casa. Era una noche agradable, y puede que fuera la última del año, así que decidí dar un paseo y tomar el camino más largo. Me dirigí hacia el casco antiguo, donde habían apagado las luces durante la noche. Había parejas besándose a los pies de la Columna de Segismundo o apoyadas contra las paredes del castillo reconstruido. Atravesé las callejuelas estrechas, pasé junto a la catedral y salí a la plaza del Mercado, que estaba prácticamente vacía salvo por algunos turistas haciéndose fotos ante las fachadas barrocas restauradas. El cielo era un cuadrado que dibujaban los tejados altos de las casas. Entonces escuché el sonido lejano pero constante de un saxofón, y el de un contrabajo que lo acompañaba. La melodía, poco más que un susurro de *jazz*, vagaba por el aire.

Caminé hacia el otro extremo de la plaza en busca de ese sonido. La música parecía provenir de un edificio sombrío con todas las cortinas echadas. Una ventana que quedaba a la altura de la calle estaba iluminada. Me agaché y divisé el interior de una cueva abovedada en la que una multitud animada exhalaba humo que se elevaba hasta el techo y se llevaba copas a los labios. Justo debajo de la ventana había un grupo tocando. Reconocí la composición de Komeda, puede que de la banda sonora de *El cuchillo en el agua*: tentadora, caótica y lánguida. Escuchaba con la mente la historia de las notas mientras recorría con la mirada la multitud, hasta que mis ojos aterrizaron en ti.

Fue como si alguien hubiera apagado la música, como si una descarga eléctrica me hubiera atravesado el cerebro. Tú y tu rostro perfectamente afeitado os girasteis hacia ella mientras le acariciabas el lóbulo con los dedos. Sus pendientes largos reflejaban la luz y emitían todos los colores del espectro. Sentí como si una serpiente se agitara en mi estómago. Os movíais juntos al ritmo de la música, sujetándoos el uno al otro. Ella tenía las manos sobre tu hombro, con unas uñas pintadas que lanzaban destellos bajo la luz, y una falda larga que se mecía con la música. No se me olvida esa imagen: tus manos alrededor de su cintura, tus dedos hundiéndose en la tela de su falda. Parecían cómodos allí, y me sorprendí al encontrar ternura en tu mirada. Os observé a los dos como si fuerais una pareja de desconocidos. Intenté decirme a mí mismo que aquello no significaba nada, que no era real. Y, aun así, era incapaz de mirarte sin sentirme completamente desprovisto de poder. Me levanté algo aturdido, con la visión borrosa durante un instante. Al caminar hacia casa, el corazón me latía dos veces por cada paso que daba.

§

Supongo que nunca te enteraste de que te vi aquella noche. ¿Recuerdas la música? ¿Recuerdas sus pendientes? ¿Hay algo que hayas olvidado o que haya pasado por alto? Mi memoria tiene sus límites, claro. Puede que rellene las lagunas sin admitirlo, que dramatice o que haga cambios. Supongo que no existe la memoria fotográfica para las emociones. Pero, para bien o para mal, ahora mismo, esta es mi verdad.

Hoy he salido pronto del trabajo. El apartamento estaba hecho un desastre, así que me he puesto a ordenarlo. Aquí está empezando a hacer frío, pero no demasiado para la temporada en la que estamos. Por las mañanas es mejor llevar abrigo, pero el sol del mediodía es intenso y, en las avenidas del centro, los hombres se quitan las chaquetas de los trajes durante el almuerzo y sus camisas blancas resplandecen bajo la luz del invierno y sus culos entrenados en el gimnasio estiran la tela de los pantalones mientras avanzan con determinación por las calles. No es como en casa, donde a estas alturas la gente empieza a envolverse en bufandas y sombreros. Estoy seguro de que ya sopla ese viento gélido que sientes como un azote en la cara. Recuerdo ese frío, el frío glacial y despiadado de Varsovia en diciembre. Y, durante un segundo, parece que estoy allí, entre el aroma del diésel y del carbón quemado, en las amplias avenidas, con el Palacio de la Cultura cerniéndose sobre nosotros, contigo a mi lado. Evidentemente, sigo viéndolos aquí, a los polacos, en las calles de Greenpoint, comprando bizcochos de semillas de amapola, *pierogi* y queso *twaróg*. Los reconozco al momento. Es facilísimo. Los semejantes nos reconocemos. Pero los que vienen aquí son distintos: tienen esperanza en la mirada, igual que cuando yo llegué. Están despiertos.

He encendido el televisor a las diez en punto. Un discurso de Reagan, imágenes de una nave espacial, Muhammad Ali cayendo al suelo del cuadrilátero. Entonces, la imagen de detrás de la presentadora ha cambiado a una bandera blanca y roja y se me han retorcido las tripas. «La ley marcial continúa en Polonia», dijo la presentadora con sus dientes blanqueados y su chaqueta de hombros anchos.

«Pese a la expulsión de los periodistas extranjeros, tenemos pruebas de que el ejército polaco ha sacado los tanques y miles de soldados a las calles de las cinco ciudades más grandes del país como respuesta a una oleada de protestas. Los expertos indican que esta medida muestra el deseo del gobierno de poner fin a la crisis sin la ayuda del Kremlin, para tratar de evitar más violencia. A pesar de todo, las bases militares soviéticas establecidas en Polonia siguen a la espera».

Una imagen que mostraba a un par de soldados saliendo por la abertura de un tanque aparcado en una plaza nevada ocupó la pantalla durante un

momento. Justo detrás de ellos se alzaba un edificio que reconocí con una punzada de nostalgia: el Moskwa, un cine al que Karolina y yo íbamos de vez en cuando. Pero lo que más me llamó la atención era el cartel que colgaba sobre el tanque: «*Apocalypse Now*», en letras de color rojo sangre, la última película de Coppola. Durante un instante, la absurdidad de la situación me llenó la garganta y amenazó con asfixiarme. Durante todos esos años nos habían permitido ver películas extranjeras, ver atisbos del mundo que quedaba al otro lado del Muro, de libertades que no poseíamos. ¿De verdad pensaban que nunca haríamos nada al respecto?

Pensé en el fotógrafo y en su valentía; me imaginé cómo habría salido del país esa fotografía: un carrete que llega a Alemania Occidental de contrabando, en un compartimento secreto o en un tubo de pasta de dientes vacío, aplastado y enrollado en el bolsillo de algún extranjero. Pase lo que pase en el mundo, por muy cruel o distópico que sea, no está todo perdido si hay gente que pone en riesgo su vida para documentarlo.

Las pequeñas chispas también provocan incendios.

§

La mañana después del día en que te vi con Hania, me desperté como si tuviera resaca. Recordé la noche anterior y sentí que me ardía el cuerpo, como si tuviera agujetas. Me quedé tumbado en la cama. Por encima de los tejados de los bloques de pisos, el cielo estaba gris y apagado. Mis pensamientos eran como golondrinas que se lanzaban en picado hacia el suelo, lo esquivaban y volvían a ascender hacia el cielo para volar muy lejos. No sabía cómo detenerlos.

Me levanté para ir al cuarto de baño, pero me encontré a *Pani* Kolecka durmiendo en el salón. Algo me llamó la atención, algo pequeño y oscuro. Me acerqué a ella sin hacer ruido. Había manchas en el edredón, cerca de su boca. Las mismas manchas que cubrían el pañuelo que sostenía en la mano, de un carmesí oscuro e irreversible. Tuve que contenerme para no gritar de la impresión. Respiraba muy flojito y tenía la melena blanca extendida sobre la almohada como un halo. Parecía una niña anciana. El miedo resonó y vibró en mi interior como la campana de una iglesia. Me puse los zapatos y el abrigo y salí corriendo al fresco de la mañana. La consulta del médico más cercana estaba en el cruce de Libertad con Lenin. Llegué sin aliento, justo cuando estaban abriendo. Ya había un grupo de personas esperando en la puerta. Una mujer corpulenta sentada detrás del mostrador miraba su agenda con unas gafas de cristales gruesos tras las que sus ojos parecían pequeños, a kilómetros de distancia. Cuando llegó al fin mi turno, le hablé de forma atropellada sobre *Pani* Kolecka, de la tos y de la sangre.

—*Pan Doktor* está ocupado —me dijo sin ni siquiera mirarme—. No le

puedo dar cita hasta la semana que viene.

Insistí en que era una emergencia. Me miró durante un instante, casi con un atisbo de compasión en su rostro imperturbable.

—En ese caso, inténtelo en el hospital. Pero no creo que la atiendan antes que a personas que han perdido una extremidad o que tienen el rostro cubierto de sangre.

Y volvió a centrarse en sus papeles.

—Seguro que usted puede hacer algo. —Sentía que la oportunidad se me escapaba entre los dedos—. Por favor, ¿no puede hacer una excepción?

Volvió a levantar la mirada, esa vez sin ninguna clase de empatía.

—Ya le he dicho lo que puede hacer. Ahora haga el favor de cederles el paso a sus conciudadanos.

Me quedé allí de pie en aquella mañana fría, en la larga avenida Libertad, con el sol a lo lejos, sin llegar a calentar pero cegándome al emitir su amplia luz sobre las aceras y las multitudes que se apresuraban cabizbajas hacia el trabajo.

Un día, poco después de que Beniek se marchara, llegué a casa del colegio y me encontré a mi abuela llorando en el sofá. Estaba tan desconsolada que ni siquiera podía decirme qué le pasaba, hasta que al final se tranquilizó y me contó que le habían encontrado algo a mi madre en los pulmones. «No es nada grave —me dijo mientras se le empezaban a secar las lágrimas en las mejillas—. Los médicos se ocuparán de ello».

Allí, en el frío de la mañana, me acordé del día en que habíamos estado en el hospital, esperando sentados a que dejaran salir a mi madre, del tictac del reloj de la sala de espera, de que me había aferrado a la mano de mi abuela como si fuera un salvavidas, del humo de los cigarrillos que sujetaban manos nerviosas y que nos envolvía, del aire gris, pesado e impenetrable. Y, por último, del doctor, alto y enjuto, con el rostro rígido, diciéndonos que tenía malas noticias.

Fui hasta el hospital más cercano, tal y como me había dicho que hiciera la señora. Era un edificio corriente junto al que había pasado un millón de veces sin fijarme en él. En la entrada había un hombre con una bata blanca hecha jirones, muletas y una sola pierna fumándose un cigarrillo. Dentro, los pasillos grises estaban impregnados de olor a desinfectante. Cogí número en el mostrador del vestíbulo y me senté en uno de los bancos donde la gente hacía cola. Varios grupos de personas esperaban su turno en un silencio miserable que tan solo interrumpían de vez en cuando los gemidos de algunos pacientes que yacían en camas improvisadas en los pasillos. El tiempo del hospital se impuso, sólido e insensible, como un glaciar. Frente a mí, un hombre leía el *Trybuna Ludu*. El secretario general del Partido, Gierek, me observaba desde la primera plana. Le estrechaba la mano a alguien que no aparecía en la imagen. Se le veía apocado, con los labios finos y extremadamente presumido.

—¡Número treinta y tres!

Era mi turno. Detrás del cristal, en un pequeño cubículo, estaba la enfermera, con la mirada fija en los papeles que tenía delante. Lo expliqué todo una vez más, con más detalles, intentando parecer humilde, intentando que el asunto pareciera tan serio como lo era en realidad.

—¿Está aquí la paciente? —me interrumpió alzando la vista por primera vez.

—Está en casa. Necesito hablar con algún médico para contarle qué síntomas tiene.

Tenía una expresión inerte, aburrida.

—Esto es un hospital. Venga con la paciente o llévela a una consulta. ¡Número treinta y cuatro!

Me desechó con la mirada.

—Por favor, ya he ido a una. No pueden darme cita esta semana. ¿No puedo ver a un médico aunque sea un segundo?

—Yo no soy la que pone las reglas aquí. ¡Número treinta y cuatro!

Estaba a punto de volver a quejarme cuando alguien me apartó del mostrador. Me encendí.

—Apártate —resopló un cuarentón que olía a sudor y cebolla que había estado esperando detrás de mí—. No eres el único que tiene problemas.

Quise tirarlo al suelo, darle puñetazos al cristal de la enfermera, gritarles con todas mis fuerzas. Tuve una visión de mí mismo haciéndolo, tan clara y real como si lo estuviera haciendo de verdad, y me asusté. Me marché sin decir nada, sin volver a mirarlos, ni a ella ni al hombre. Salí a la calle lleno de rabia, sintiendo que se me crispaban las piernas.

Caminé como si estuviera en trance, sin saber apenas dónde estaba. Hasta que sentí un roce en el hombro y vi que estaba en la calle Nuevo Mundo sin saber por qué. Un desconocido, un hombre con traje y corbata, estaba de pie delante de mí. Entonces vi que eras tú. Tú. Parecías una persona distinta. Llevabas el pelo hacia un lado y unos zapatos de cuero resplandecientes. Te detesté por la compasión que vi en tu rostro.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué ha pasado? —me preguntaste en plena calle.

—*Pani* Kolecka… Sangre… Ningún médico…

Sentí las lágrimas a punto de brotar. Lágrimas de rabia, creo. Me pusiste una mano pesada y cálida en el hombro.

—Venga, Ludzio, vamos a tomarnos un café. Estoy en el descanso para comer. Seguro que se nos ocurre algo.

Me bajaste la mano por la espalda, guiándome a tu lado. Me resistí.

—Suéltame, Janusz —dije entre dientes—. Ya estoy harto de eso de que se nos ocurrirá algo. Ya basta de esperar.

No podía disuadirte; dejaste la mano donde estaba.

—Tienes que tranquilizarte, Ludzio. No montes una escenita aquí, delante

de todo el mundo. Vámonos.

Te aparté la mano y me liberé de su peso.

—Vete a tu oficina —dije con la furia brotando de mi cuerpo—. Y vete con ella, si es eso lo que quieres.

Te cambió la expresión. Supongo que lo comprendiste. Me di la vuelta a toda prisa y te dejé allí plantado.

En la primera cabina de teléfono que encontré, marqué el único número que me sabía de memoria. El tono de llamada sonó varias veces, lento y quejumbroso.

—Ludwik, cariño. —La ternura de su voz ronca me estremeció de pies a cabeza. También había soledad en esa voz, y cansancio; era una voz que ya no se usaba para hablar, una voz que ya había gastado casi todas sus palabras—. ¿Va todo bien, cielo? —me preguntó. Sentí la calma de nuestro antiguo piso mientras la multitud pasaba a mi alrededor. Le asentí al auricular.

—Sí, abuela. Estoy bien. Solo quería oírte. —Respiré hondo—. Me alegro mucho de oírte. ¿Cómo estás?

—Estoy bien —respondió seria—. No te preocupes por mí. Que Dios te proteja, cariño. Ven pronto a casa, ¿vale?

Un sentimiento de culpa familiar se agitó en mi interior junto a la añoranza por aquella época tan lejana de mi infancia en la que me había parecido que apenas tenía preocupaciones.

—Sí, abuela, iré.

Colgué el teléfono y seguí andando, alterado por mi propia impotencia. Caminé con rabia en el cuerpo, con la vergüenza del pasado, dura, afilada y pesada, retorciéndose y reavivándose en las profundidades de mi estómago. Me dirigí hacia mi apartamento con los ojos fijos en el asfalto, en las grietas del hormigón.

Me encontré con una cola enorme que se había formado frente a un supermercado y, sin saber muy bien por qué, me paré en seco. Un revuelo atravesó la calle, un cambio de energía indiscutible. Fue como si estuviera a punto de tronar. Todo el mundo, hasta la gente que estaba en la cola, levantó la mirada. Una nube blanca y brillante a la luz del día caía del cielo, una nube de hojas de papel, como alas, ligeras y hermosas, como el tiempo, que revoloteaban a través del aire de octubre. Parecía un sueño. Todo el mundo se quedó quieto, las mujeres con las bolsas de la compra y las parejas y los niños, abriendo las manos, mirando hacia arriba y a su alrededor y dejando que la lluvia de papel cayera sobre ellos. Una de las hojas aterrizó justo delante de mí. Tenía una mano roja, que parecía ensangrentada, que sujetaba unos tallos de trigo. «Nuestra tierra, nuestra comida. ¡No a los soviéticos! ¡Sí a nuestros derechos! —decían las letras negras—. Hermanos y hermanas, alzaos esta noche».

Las palabras resonaron en mi interior como si hubiera una voz

hablándome en la cabeza. El asombro de la multitud se convirtió en temor en cuanto las leyeron. Un niño se agachó para recoger una de las hojas y su madre se la arrancó de las manos, le dio una bofetada y se lo llevó a rastras. Algunos se marcharon de allí a toda prisa; otros miraron hacia las ventanas del edificio que se levantaba por encima de nosotros. Yo me quedé allí observando, sintiendo vértigo, pero con la mente sorprendentemente en calma. Las sirenas de la policía ya habían empezado a aullar y la muchedumbre corrió hacia los edificios; la cola se dispersó y la gente huyó como zorros culpables. En mitad de aquella confusión, me agaché, cogí los panfletos a puñados y los metí en la mochila, montones y montones de ellos, mientras me oía el pulso en los oídos. Con las sirenas cada vez más cerca, salté a un tranvía que se acercaba, mientras el corazón amenazaba con salírseme del pecho.

Cuando entré a toda prisa en casa, me encontré a *Pani* Kolecka en la cocina. Estaba apoyada contra la encimera, vestida con un camisón, como un arbolito frágil, en medio de un ataque de tos. La ayudé a volver a la cama dejando que se apoyara en mí.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

Me miró con los ojillos llorosos.

—Puede que un poco mejor, querido.

La ayudé a tumbarse. Había una mancha enorme de agua allí donde la sangre había manchado las sábanas. Fingí no haberla visto.

En mi cuarto, saqué la radio y la encendí. Para ahogar sus ataques de tos. Para cubrir mis pensamientos. Quería acallar las voces de mi cabeza que me decían que era una locura guardarme los panfletos, que solo por tenerlos podían encerrarme. Ni siquiera oía la música. Me senté al borde de la cama, apoyé la cabeza en las manos y cerré los ojos.

Me acordé del cortejo fúnebre, moviéndose despacio contra el viento implacable bajo un cielo del color del asfalto, saliendo de la iglesia, donde mi abuela y yo habíamos estado dándoles las gracias a todos los que habían venido a darnos el pésame. Rostros que pretendían consolarnos y que se encontraban con nuestras mejillas heladas. El alivio de que mi padre no hubiera aparecido por allí. La rabia de que mi padre no hubiera aparecido por allí. La procesión de lamentos y desesperanza salió de la iglesia, recorrió las calles de mi infancia, las aceras de nuestros juegos, y pasó por delante de nuestro apartamento y del parque lleno de borrachos. Un ataúd de camino al cementerio, a un agujero. La tierra al chocar contra la madera. Un puñado tras otro, marcando el fin de nuestra vida anterior. Solo quedábamos mi abuela y yo. La vida se había saltado una generación. El piso parecía vacío. Se acabaron las noches escuchando la radio. Las noticias ya no importaban. Ya no nos importaba lo que sucediera allá fuera. Nos aislamos. Mi abuela empezó a ir a la iglesia todos los días. Se levantaba a las cinco de la mañana para ir a la primera misa. Se entregó por completo a Dios y al cielo, como

una donación prematura. Y yo me refugié en mis libros. La radio del cuarto de mi madre quedó cubierta con su funda para siempre. Ni siquiera volvió a emitir música. Durante muchos años.

Oí la tos brusca y rasposa de *Pani* Kolecka. Encendí la radio, bajé el volumen y moví el indicador hasta el 101.2, la frecuencia que se me había quedado grabada a fuego después de todos esos años. Me tumbé en la cama con los altavoces en la oreja, conteniendo la respiración. Al principio solo sonaba música, pero solo con eso ya me había tranquilizado. Sentí que aquella música, tan solo por su origen, me purificaba. Poco después llegó una voz conocida, una voz profunda, tranquilizadora y clara. A lo largo de los años, distintas voces habían leído las noticias, y la voz de ese hombre había sido una de ellas. Ahí seguía. Me devolvió a la primera vez que nos sentamos los tres juntos alrededor de la radio en el cuarto de mi madre. Era una voz sobre la que uno no podía imponerse, una voz que la gente escucharía hasta que dejara de hablar: «Radio Free Europe. Las noticias de las cuatro. Viernes, 10 de octubre de 1980».

Habló de las huelgas que había sufrido el país, de todos los lugares en los que se sabía que se había detenido la producción, entre los que había fábricas, minas y astilleros. Los trabajadores habían dejado las herramientas y pedían la retirada del aumento del precio de la carne, mejores condiciones de trabajo, la protección de la libertad de expresión y la posibilidad de crear sindicatos independientes. De momento no se habían producido enfrentamientos con las autoridades. Las huelgas aún no habían llegado a la capital. Pero fuentes internas afirmaban que lo más seguro era que llegaran a Varsovia esa misma tarde.

«Se ruega a todo el mundo que permanezca en su domicilio por la posibilidad de que se produzcan enfrentamientos violentos con las autoridades».

Pensé en mi madre, en su vida carente de sentido, en su pasividad. En todos esos años que se había pasado escuchando la radio, explicándome sus verdades… ¿De qué le había servido? Había muerto siendo una empleada sumisa de la compañía eléctrica y nunca se había atrevido a alzar la voz ni a hacer realidad ninguna de sus ideas.

«Tu madre murió de soledad», repetía siempre mi abuela, afirmando que era porque nunca había vuelto a casarse después de separarse de mi padre. Pero yo creo que fue la desesperación lo que acabó con ella. Después de toda una vida haciendo cosas en las que no creía, debía de llevar años muerta por dentro antes de que su cuerpo también se rindiera.

Apagué la radio, me levanté y cogí la mochila. Le dije a *Pani* Kolecka que me iba a dar una vuelta.

Asintió con debilidad y me susurró:

—Ten cuidado.

Fuera, el ambiente estaba cargado de discordia. El viento sacudía los

árboles y las hojas secas crujían y se desprendían. Pensé en dónde se llevarían a cabo las manifestaciones. Las de los trabajadores siempre habían terminado —de forma violenta o no— en la placita de enfrente de la sede del Partido, junto al Museo Nacional.

Me subí al tranvía que iba en esa dirección y me sentí el corazón con tanta claridad y precisión que bien podría haber sido el motor que propulsaba el tranvía. La gente empezaba a salir del trabajo y las calles estaban a rebosar. Antes de que el tranvía llegara al cruce de cerca del museo, se detuvo en seco, con una sacudida repentina y violenta. La gente empezó a gritar mientras intentaba no caerse. Me agarré con fuerza para no acabar en el suelo. Una niña pequeña y un hombre cayeron con los brazos extendidos. El bastón del hombre se deslizó hasta la otra punta del vagón. Lo ayudé a levantarse y sentí sus huesos a través de la chaqueta de lana rugosa, un cuerpo ligero como el de un esqueleto. Me dio las gracias jadeando. Cuando levantamos la mirada, vimos que la cabina del conductor estaba vacía y que el conductor estaba fuera, hablando con un agente de policía. Había una barrera en mitad de la calle, una valla de metal resistente que impedía el paso.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó el conductor cuando volvió—. Fin del trayecto.

Los pasajeros se miraron entre sí, confundidos.

—Pero ¿por qué? —La niña que se había caído empezó a llorar.

—No hagas tantas preguntas —le dijo su madre—. Vámonos.

Bajamos del tranvía. Al otro lado de la valla, la calle estaba vacía, no era más que un campo de asfalto sin coches, solo multitudes de personas que la policía guiaba por las aceras.

—Sigan caminando. ¡Sigan caminando! —gritaban—. ¡Deprisa! Todo el mundo a casa, ¡ahora mismo!

La muchedumbre avanzaba despacio, con una obediencia silenciosa; tan solo se oía algún que otro susurro. Observamos la calle desolada ante nosotros, la plaza desierta frente al edificio del Partido, el propio edificio alzándose amenazante.

El flujo de la multitud me arrastraba lejos de la escena y supe que tenía que encontrar la manera de quedarme donde estuviera la acción. Fue entonces cuando vi a una mujer que, al salir de un edificio cercano, se había dejado la puerta entreabierta. Corrí y agarré la puerta antes de que se cerrara. Me colé y cerré.

En las escaleras reinaba el silencio. Había puertas con pequeñas placas que indicaban a qué oficinas daban. Subí por las escaleras con cuidado, despacio, consciente de cada uno de mis pasos. Desde el primer piso veía la calle y la multitud. Seguí subiendo. En el segundo, una de las puertas estaba entreabierta. Vi el interior de una oficina en la que dos figuras miraban hacia la calle.

—No salga, *Pani* Waleszka —dijo el hombre con una voz firme pero amable—. Puede que los manifestantes lleguen en cualquier momento. Es mejor que se quede aquí hasta que se vayan.

Pasé rápido junto a ellos y subí hasta el tercer piso. No se oía nada. Vi el tranvía abandonado, la gente en las aceras, la policía empujando a todo el mundo como si fuera ganado. El resto de la calle era una extensión amplia y vacía hasta llegar a la sede del Partido. Había policías con casco flanqueando las vallas. Me agaché como un niño escondiéndose en su casa del árbol, con las manos en la repisa de la ventana, sintiéndome los latidos en los dedos. El sol empezaba a ponerse.

Y entonces algo se acercó. Se oyó un murmullo a lo lejos, parecido al sonido de una colmena, y una horda apareció en el horizonte. Al principio no podía ver bien, pero, a medida que se fueron acercando, vi que eran los trabajadores. Llevaban botas pesadas y monos negros, y avanzaban con pancartas por encima de las cabezas. También cantaban. En cuanto aparecieron en mitad de la plaza, una oleada sacudió la calle y todo cambió, como la lluvia que cae horas después de que aparezcan nubes preñadas. La aglomeración de las aceras pareció detenerse para observar a los manifestantes, y los agentes empezaron a gritar aún más fuerte para que siguieran caminando. Al mismo tiempo, una formación de agentes con cascos y máscaras empezaron a moverse en dirección a los manifestantes. Un grito atravesó la muchedumbre: un agente había golpeado a alguien con la porra. Sin saber por qué, supe que aquel era el momento. Me levanté. Tenía el corazón acelerado como una máquina de vapor. Abrí la mochila y la ventana y sentí el aire fresco contra el rostro y el zumbido de la calle amplificado en los oídos. Entonces le di la vuelta a la mochila sobre la calle. Los panfletos aletearon al viento y se alejaron planeando, como una bandada de palomas dispersas. Era igual que la nube que había visto ese mismo día, una nube que había dado luz a esta segunda nube, que también consiguió detener el tiempo. Vi confusión y asombro en los rostros alzados de hombres, mujeres y niños, y también de los agentes, a medida que los papeles llovían desde el cielo como trozos gigantes de confeti. Me pareció escuchar golpes contra la puerta principal, tres pisos por debajo. El corazón me golpeaba el pecho como un puño. Miré a mi alrededor. Había dos puertas. Traté de abrirlas. Estaban cerradas. Llamé con urgencia. Nada. Los golpes en la puerta se volvieron más reales, más fuertes, más ruidosos. Bajé al segundo piso. Probé con otra puerta sin éxito. Un impacto sacudió el edificio; el sonido de la madera al romperse. Habían conseguido abrirse paso. Me inundaron torrentes de adrenalina. Me sentía ingrávido. Ardía un fuego en mi interior. Sacudí los pomos de la puerta, desesperado, abatido.

—¡Policía! —gritaron unas voces furiosas desde abajo, aunque todavía no veía a nadie.

—¡Pst!

Me di la vuelta. A mi espalda se había abierto una puerta desde la que un hombre me miraba con atención, estudiándome. Me hizo un gesto para que entrara.

Se oían pasos pesados en las escaleras.

—¡Policía!

Salté hacia el hombre y él cerró la puerta tras de mí.

Se oyeron los pisotones fuertes de las botas de policía justo delante de la puerta, gritos, carreras hasta lo alto del edificio, golpes en las puertas de los pisos superiores. Supuse que no me habían visto. El hombre que me había dejado entrar tenía un rostro inteligente y cansado y el pelo gris, lo cual le hacía parecer más viejo de lo que era en realidad. Intercambiamos miradas rápidas. También había una mujer más joven que él, no mucho mayor que yo, supuse, alta y ancha, con un rostro amable. Oímos a los agentes bajar de nuevo por las escaleras, llamando a las puertas de nuestra planta. A nuestra puerta. El hombre y la mujer se miraron entre sí y él señaló con la cabeza hacia el pasillo.

—Rápido, *Pani* Waleszka, a la cocina.

La mujer me cogió del brazo y nos apresuramos por un pasillo estrecho hasta llegar a una cocina que daba a la calle. Antes de que pudiera ver lo que estaba pasando fuera, escuchamos más golpes y el sonido de la puerta al abrirse.

—Ciudadano —escuchamos que gritaba una voz en la otra habitación—, hay un sospechoso en este edificio. ¿Lo ha visto? ¿Un hombre joven con pelo claro y una mochila marrón?

—Aquí solo estamos mi secretaria y yo —respondió el hombre tranquilo.

—Entonces no le importará que inspeccionemos el lugar.

Las botas cruzaron el umbral de la puerta. La mujer y yo nos miramos en aquella cocina diminuta. Justo detrás de la puerta había otra, muy estrecha, pintada del mismo color que la pared. *Pani* Waleszka la abrió con rapidez, sacó unas escobas y me empujó adentro. Me coloqué de lado y cerró la puerta. La oí colocar las escobas contra ella, oí carreras en otras partes de la oficina y luego el sonido de sus tacones sobre el suelo de madera del pasillo.

—¿Hay alguien más en esa habitación, ciudadana?

—No, agente —respondió sin que le traicionara la voz.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y la del armario en el que me escondía tembló. Podía ver a los agentes a través de una pequeña rendija. Creí que me iba a reventar el corazón. Eran dos. Hombres acalorados y enfadados vestidos de uniforme, a solo unos centímetros. El pánico se apoderó de mí y me arrastró hacia el abismo. Los agentes se movían rápido; inspeccionaron la cocina y miraron por la ventana que daba a la calle.

—Mierda —susurró uno de ellos mientras le daba un puñetazo a la encimera.

—¡Todo despejado! —gritó el otro hacia el pasillo.

Oí un arañazo en la puerta.

—Ya puede salir —dijo la voz de la mujer. No sabía cuánto rato llevaba allí dentro escuchando el estruendo de los agentes por todo el edificio mientras llamaban a las puertas, me buscaban en las distintas plantas y en las oficinas y regresaban para interrogar al hombre y a la mujer para anotar todos los detalles; y el revuelo que se oía fuera, los gritos de la multitud, y después, poco a poco, la disminución de todo ruido salvo el de los lamentos de las sirenas. Al final volví a oír los bocinazos de los coches y los zumbidos de los tranvías, y luego el arañazo.

Se abrió la puerta de mi celda. Estaban los dos allí de pie, debajo de una bombilla que pendía sobre sus cabezas. Detrás de ellos, en la calle, había caído la noche. Obligué a mi cuerpo a salir de su escondite y me limpié el polvo, consciente de que tenían la mirada clavada en mí. Llevaban los abrigos puestos, y ambos parecían cansados y curiosos.

—Ha sido muy valiente —me dijo *Pani* Waleszka.

—Y estúpido —añadió el hombre con el atisbo de una sonrisa en sus ojos grises.

—Lo sé —dije algo avergonzado—. Gracias. Me han salvado.

Pani Waleszka sirvió agua en un vaso y me lo dio.

—Sí. Ha faltado poco —dijo el hombre mirándome—. Ha sido un espectáculo interesante, con todos esos papeles volando. Menuda idea, lanzar propaganda cuando toda la policía de la ciudad está movilizada en esta calle. De no ser por nosotros, habría pasado la noche en el calabozo. —Sonrió y me extendió la mano—. Me llamo Tadeusz Rogalski. Soy abogado —me dijo. Tenía una mano grande y delicada, como con almohadillas en los dedos.

—Yo soy Ludwik.

—Ella es *Pani* Waleszka, mi secretaria.

Nos dimos la mano.

—Llámame Małgosia —me dijo.

—¿Qué ha pasado entonces? —pregunté.

Se miraron el uno al otro.

—Han disuelto la manifestación —titubeó Małgosia, casi a regañadientes —. Hay unos cuantos heridos.

—¿Ha habido algún muerto?

—No lo sabemos —dijo el hombre mirando al suelo—. A algunos se los han llevado en ambulancias.

—¿Creéis que es seguro que salga a la calle?

—Puede que aún te estén buscando —respondió—. O puede que no. Pero será mejor que no corramos ningún riesgo. Saldremos por la puerta de atrás. Venga, vamos.

Bajamos las escaleras muy despacio, a oscuras. Antes de llegar a la planta baja, oí el sonido de los coches en la calle. Los agentes habían descolgado la

puerta principal y la habían dejado apoyada contra un muro. Nos adentramos en un pasillo largo y sombrío que nos llevó en dirección contraria, y *Pan* Tadeusz abrió una puerta a toda prisa. Nos colamos en un patio en el que no había luz. Había un par de ventanas iluminadas frente a nosotros, lámparas detrás de unas cortinas echadas que, de algún modo, resultaban inquietantes, como un secreto a punto de desvelarse. Fuimos a toda prisa hasta un Trabant blanco y me hicieron tumbarme en los asientos de atrás. Arrancaron el coche y el motor empezó a vibrar. Apoyé la mejilla contra el cuero frío. Salimos del patio y fluimos por las arterias de la ciudad; nos incorporamos a su cuerpo como un virus insospechado. Desde abajo, vi cómo pasaban los monumentos y las casas, familiares y nuevos a la vez, desde ese punto de vista. Las sirenas de la policía aullaban a lo lejos, y entonces el Trabant se detuvo frente a la entrada del *blokowisko*.

—Buenas noches, Ludwik —dijo el hombre girándose hacia mí—. Cuídate. Y no tientes a la suerte.

Capítulo 5

Esta mañana, como todas, he cogido el metro hasta Manhattan. Me he sentado en mi escritorio y he tratado de trabajar, pero solo podía pensar en mi tierra. Tenía un mal presentimiento. Una especie de intuición. En cuanto ha llegado el mediodía, he salido de la oficina y he caminado un par de manzanas hasta la cabina telefónica de la esquina de la Tercera con la 43 Este. Nunca hay nadie en esa esquina, y hoy tampoco. He llamado a Jarek. Es un chico que hace de mediador, de conector; lo sabe todo sobre todos los de la comunidad. Tiene turnos de noche en una fábrica de Queens, así que sabía que estaría en casa.

—¿Te has enterado? —me dijo con su voz de fumador nada más descolgar el teléfono—. La ZOMO ha matado a nueve mineros en Katowice. Estaban manifestándose contra la ley marcial. ¿Te lo puedes creer? Primero encierran a nuestra gente en nuestro país, luego la encarcelan y ahora le disparan en la calle. Hijos de puta. Esta vez van a pagar por ello.

Un escalofrío me recorrió la espalda y los labios.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, joder. Esto es serio —escupió las palabras como balas.

Pensé en los mineros, y caí en que podrían haber sido las mismas personas que vi el año pasado por la ventana desde la que lancé los panfletos. O podría haber sido yo mismo. Pero, comparado con ellos, yo había sido un cobarde. Me había escondido bajo la repisa de la ventana y en el armario de la cocina; no había estado en las calles, reivindicando mi derecho a hacerme oír. Ahora estaba a un océano de distancia, con un traje nuevo. Me preguntaba qué papel tendrías en todo esto, qué tipo de pacto habrías hecho contigo mismo. Porque todos, incluso los mejores, los hacemos. Y no suelen ser impecables. Por mucho que lo intentemos.

—¿Głowacki? ¿Sigues ahí? —la voz de Jarek me sacó de mis elucubraciones—. ¿Estás bien? ¿Tienes familia en Katowice?

—No —respondí—. Estoy bien.

Le di las gracias —lo cual me pareció algo macabro— y colgué. Luego, por enésima vez en lo que llevábamos de semana, marqué el número de mi abuela.

El tono de llamada repitió el bip, bip, bip, bip, bip sin piedad, como un reproche.

Empecé a caminar de vuelta al trabajo y esperé a que se me pasara la tristeza.

§

La noche después de arrojar los panfletos, dormí como un tronco, sin soñar, como si flotara bajo el agua. Iba a la deriva, como un barco que por fin había abandonado el puerto pero al que empujaba el viento sin ningún control propio. Cuando me desperté, apenas sabía quién era ni dónde estaba. Me sentía como si hubiera vuelto de un largo viaje bajo el mar. Estaba en la cama, vestido de pies a cabeza, con la mochila a mi lado, en el suelo. Fuera, el sol se alzaba en un cielo despejado.

Oí toser a *Pani* Kolecka. La ansiedad superó el sueño, y me levanté para ver cómo estaba. No tenía sangre en la ropa ni en las sábanas. Fui a la cocina y le preparé un té mientras pensaba en qué le haría de comer, en si valdría la pena intentar ir de nuevo a la consulta del médico. Me preguntaba si sería seguro salir a la calle. Si la policía vendría a buscarme o si estaba siendo paranoico. Y entonces, mientras le servía el té a *Pani* Kolecka, sonó el timbre de la puerta. Un sonido estridente, como un grito.

Pani Kolecka me miró. Nunca teníamos invitados, salvo por la vecina que venía cada viernes a tejer con ella. Pero no era viernes.

—*Pan* Ludwik, ¿estás esperando a alguien?

Negué con la cabeza, tratando de escuchar algún movimiento.

Volvió a sonar el timbre, con más urgencia esta vez.

—¿No vas a ver quién es? —me preguntó.

Recorrí el pasillo hacia la puerta con las rodillas temblando. Cerré los ojos. Me latía el corazón con fuerza, recordándome la huida por los pelos de la noche anterior, el armario, los policías a escasos centímetros de mí. Me obligué a abrir los ojos y a mirar por la mirilla. A través del cristal esférico, se te veía la cara grande y redonda como una luna y el cuerpo diminuto debajo, unido como el tallo de una flor. Me invadió una sensación de alivio. Abrí la puerta. Nos miramos durante un buen rato sin decir nada.

—Te he traído una cosa. —Señalaste la bolsa de malla que llevabas en la mano. Te invité a entrar. Te quitaste los zapatos en el pasillo. Me sorprendió lo extraño que se me hacía tenerte allí, lo pequeña que hacías que pareciera la casa. Te presenté a *Pani* Kolecka. Se le iluminó la cara como hacía semanas que no se le iluminaba.

—¿Así que tú eres ese *pan* tan majo con el que Ludwik se ha ido de viaje este verano?

Asentiste. El yerno perfecto.

—¿Te apetece un poco de té? —te preguntó mientras te miraba con adoración antes de que le diera un ataque de tos.

—No, gracias —le respondiste esperando a que se le pasara—. No quiero molestar. Ludwik me ha dicho que no se encuentra muy bien. Le he conseguido una cita con el médico. Mañana a las diez.

Le diste una tarjeta.

Pani Kolecka la miró con los ojos entornados y buscó las gafas.

—Pero, *Pan* Janusz, este médico es *privado* —murmuró con cara de preocupación—. No creo que pueda…

—No tiene que pagarle —le dijiste—. No se preocupe.

Te estudió durante un instante, muy seria.

—Pero ¿cómo voy a aceptarlo, *Pan* Janusz?

—No es nada. Solo un favor que me devuelven.

Me miraste por un segundo.

A *Pani* Kolecka se le dibujó una sonrisa involuntaria en el rostro.

—No sé cómo agradecértelo. Quédate a almorzar, por favor.

—Gracias, pero tengo que irme. Y usted necesita descansar. Otro día. Cuando se encuentre mejor.

Te levantaste, le diste la mano y me acompañaste por el pasillo.

Quería darte las gracias, pero no podía.

—Estaba preocupado por ti —me dijiste—. Parecías muy molesto ayer. Te esperé en la piscina por la noche. Y viendo cómo se están poniendo las manifestaciones… ¿Te has enterado?

—Estoy bien —te dije, tratando de mantener el rostro impasible y viendo cómo relajabas el tuyo.

Sacaste un paquete de la bolsa y me lo diste. Era grande y pesado.

—Es pollo —me dijiste—. Para que le prepares caldo.

Te arrodillaste para ponerte de nuevo los zapatos.

—¿Cómo has conseguido todo esto?

Al levantarte, tu cara quedó justo frente a la mía.

—Ya te lo he dicho. Hay formas.

—¿*Cómo*?

—Un contacto. Ya te lo explicaré. Cuida de *Pani* Kolecka. Y ven a verme cuando puedas.

Me diste un beso rápido, para que nadie nos viera ni nos oyera, y te marchaste dejándome con el eco de tus pasos por las escaleras.

Llevé a *Pani* Kolecka al médico. Había metido bajo la cama, bien escondida, toda la ropa que había llevado la noche de los panfletos, y para salir me puse un gorro verde que *Pani* Kolecka me había tejido. Cuando llegamos al médico, una consulta pequeña y tranquila en el sur de la ciudad, *Pani* Kolecka se quedó sin palabras por la impresión mientras nos sentábamos en

los sofás de cuero de la sala de espera vacía y yo me ponía a hojear el último ejemplar del *Trybuna Ludu*, temiendo ver allí un retrato robot mío. Pero ni siquiera mencionaban las huelgas. Nada. Era como si aquella noche no hubiera existido.

El médico examinó a *Pani* Kolecka con un esmero fuera de lo común y le dio una dosis de antibióticos franceses que sacó de una vitrina que tenía detrás de su escritorio. De camino a casa, pasamos por delante de una fila de policías. Contuve la respiración, pero ni siquiera me miraron.

Aquella semana no salí del piso. Una tormenta furiosa se había apoderado de mi cabeza, y fuera llegaron las lluvias de otoño. Llovió durante días. Las gotas tamborileaban en los tejados y martilleaban las calles. Los truenos gruñían como la ira de nuestros antepasados. Parecía que la ciudad estaba sufriendo un ataque, que sus calles iban a empezar a ceder, a disolverse, mientras su vida fluía hacia el Vístula y hacia las frías profundidades del mar.

Me sentaba junto a la ventana a mirar. No me atrevía a volver a escuchar la frecuencia secreta. Un cansancio enorme me invadía cada vez que pensaba en ella. Y en aquella noche. Y en el abismo de miedo que se había abierto mientras estaba en aquel armario. Algo se había apagado en mi interior. No encendí la radio.

En su lugar, cuidé de *Pani* Kolecka y vi que iba mejorando poco a poco con la medicina que le había dado el médico. Se me quitó un peso del alma. Todavía estaba débil, pero los ataques de tos eran cada vez más cortos y menos intensos. Le preparaba té y me sentaba a su lado para escucharla. Me contaba las aventuras que había vivido con su marido, los viajes de trabajo que habían hecho al extranjero, a Túnez y a Argelia. Me enseñó fotos de paisajes áridos y desérticos con palmeras, una tierra marrón anaranjada y casas bajas y cuadradas hechas a mano. Allí estaba ella, una versión más joven de sí misma, con un vestido de flores hasta los tobillos y un sombrero de paja, mirando a la cámara con orgullo. Con su marido al lado, alto y fornido, con un rostro cuadrado y alegre y un sombrero blanco enorme. Según me dijo, sonriendo para sí misma, allí todo era diferente. Me contó que usaban la mano derecha para comer y la izquierda para limpiarse.

—Los árabes son muy diferentes a nosotros. Pero muy amables.

Había fotos de ellos, hombres altos y oscuros con túnicas blancas, sandalias y barbas preciosas. Me mostró las rocas que se habían traído de allí, el basalto, el granito, los cristales y los minerales brillantes. Las sostuvo ante mí como si fueran los mayores tesoros de la Tierra, y me habló de su difunto marido y de lo mucho que lo echaba de menos mientras los ojillos le brillaban tanto como las piedras preciosas.

—Uno tiene que aferrarse a lo que tiene —murmuró, más para sí misma que para mí, sosteniendo la taza de té con las manos cubiertas de venas—. Nunca sabes cuándo puedes perder lo que más quieres.

Asentí y la abracé. Olía a casa, a naftalina, un olor reconfortante. Pensé en ti.

Al fin cesaron las lluvias. El mundo estaba limpio y la ciudad seguía en pie. Poco después recibí una nota del profesor Mielewicz en la que me pedía que acudiera a su despacho a la semana siguiente. Cogí las tijeras grandes de la cocina, fui al baño y empecé a cortarme el pelo. Los mechones flotaron hasta el lavabo y hasta el suelo, ligeros como plumas, como las bandadas de panfletos que habían salido volando de mis manos. Me sentí la cabeza más liviana. Me miré en el espejo, me sonreí a mí mismo y seguí cortando para igualarlo todo. Me pareció que me quedaba bien el rapado, que me daba un aspecto renovado. Fuera, el aire ya olía diferente, más fresco, más penetrante: el verano había acabado. El viento otoñal me acariciaba la cabeza, y la sentía como piel nueva. Las señoras que paseaban a sus perros por los patios ya llevaban abrigos —aunque aún desabrochados— mientras cotilleaban las unas con las otras, con las correas atadas a las muñecas suaves y arrugadas. Los agujeros de las calles se habían convertido en charcos. Las flores y las bayas habían desaparecido de los puestos del mercado, y las setas las habían sustituido.

Me subí al tranvía traqueteante y vi las orillas de Praga coloreadas en un alboroto de rojos y verdes oscuros. Llegué a tu calle, a tu casa, subí las escaleras hasta tu puerta. Me abriste y nos abrazamos. Apoyé la cara en tu cuello y sentí tu aliento cálido en el oído como un suave susurro mientras me acariciabas el nuevo corte de pelo.

—¿Está mejor? —me preguntaste en un murmullo.

Asentí y te abracé aún más fuerte.

—Gracias —dije contra tu cuello.

Sentí tu sonrisa en mi mejilla.

Pretendía preguntarte cómo te las habías arreglado para conseguir el pollo y la cita con el médico. Había pensado en todas las preguntas que quería hacerte antes de venir. Sobre Hania, también. Especialmente sobre ella. Pero no me atreví. Estaba demasiado feliz de verte, demasiado aliviado. Demasiado agotado como para pelear. Me dejé caer sobre la cama. Al desnudarnos, el aire frío nos puso la piel de gallina. Encontramos calor bajo tus sábanas. Pusimos a prueba nuestro aguante, forcejeamos con la urgencia del deseo y conseguimos entrar en calor. Nuestros cuerpos eran pedernales. Tú me tenías a mí y yo te tenía a ti. Pero no sentí lo que había sentido las otras veces, las primeras veces. Parecía como si estuviéramos ajustando cuentas, igualando algo. Como si necesitáramos aquello, aquel lenguaje, aquel código, para saber dónde estábamos y quiénes éramos. Y que ambos seguíamos aguantando.

Al acabar, te levantaste de la cama, te pusiste en cuclillas para encender la radio y giraste el dial. Tenías la espalda definida y arqueada, el culo apoyado en los talones. Me di cuenta de que se te había ido el moreno, y a

mí también. Al fin, encontraste una emisora, un concierto de piano, puede que de Mozart. Te encendiste un cigarrillo y volviste a la cama. El humo flotaba con suavidad, acariciando el aire. Me sentí ingrávido, de nuevo como uno de los panfletos que había lanzado al aire. Cerré los ojos.

—A lo mejor tenías razón —te dije mientras te acostabas junto a mí.

—¿Sobre qué? —Expulsaste el humo, que ascendió retorciéndose sobre nosotros.

—Sobre la necesidad de mantener la calma y encontrar otras formas. He sido un estúpido.

Me sentó bien decirlo, despojarme de la conciencia como si fuera un abrigo. Si tan solo durara esa ligereza, como otra calada, otra exhalación… El piano tocaba alegre, sin descanso. Yo seguía con los ojos cerrados.

—Estabas asustado —me susurraste—. Pero ahora ya sabes que no tienes por qué estarlo.

Me tapaste la boca con la tuya. El humo fluyó de ti a mí, hasta mis pulmones, llenándome, haciéndome sentir, tan solo durante un instante, como si fuera a explotar.

Ese sábado quedamos en los jardines de Łazienki. Era mi parque favorito de la ciudad y el único lugar que recuerdo haber visitado la vez que estuve en Varsovia de niño, con mi madre y mi abuela. Aquel día cogimos una barca en el lago, les dimos de comer a los cisnes y a las ardillas y vimos a otras familias. Familias completas: madres, padres e hijos. Visitamos el palacio blanco de la isla del lago, el mismo palacio que había formado parte de los jardines de recreo del rey y que ahora servía de distracción para los buenos trabajadores y sus familias. Cuando nos íbamos, subiendo una ligera pendiente, vimos a un hombre apilando bloques de heno bajo un pequeño techo de paja. «¿Esto para qué es?», le preguntó mi madre. Aquel día estaba muy elegante. Recuerdo el sombrero verde musgo que llevaba, con unos guantes a juego. «Para los ciervos», respondió el hombre, y siguió trabajando. Me pareció increíble. Que hubiera ciervos en el parque, escondidos de todos los que pasaban por allí.

La noche del sábado que quedamos tú y yo, cuando ya había oscurecido y la entrada a los jardines ya estaba cerrada, me imaginé a los ciervos corriendo a su aire por los terrenos, atravesando los prados desatendidos, subiendo y bajando por las colinas, recorriendo los senderos bordeados de árboles, repiqueteando en la grava con sus pezuñas y molestando a los cisnes dormidos. Qué libertad vivir así, protegido y sin límites a la vez.

Me estabas esperando bajo la luz de una farola. Llevabas una chaqueta de pana marrón y el pelo peinado hacia un lado, como aquella vez que me paraste en la calle vestido de traje, el día de los panfletos. Al igual que aquel día, parecías otra persona, y eso me asustó y me excitó a la vez.

—Qué elegante —dije y chasqueé la lengua para ocultar mi incomodidad.

Sonreíste.

—Tú también estás genial.

Llevaba la única chaqueta que tenía, una camisa blanca y mis zapatos buenos.

—¿Seguro que no es raro que vaya yo a su fiesta?

Te reíste durante un instante y me apoyaste la mano en la nuca.

—Va a ir un montón de gente. Ya verás como pasas desapercibido.

Caminamos por la avenida, a lo largo de todo el parque, junto a los altos edificios gubernamentales, patrullados por soldados con boinas. Solo había algunas ventanas iluminadas; el resto estaba a oscuras, sin ninguna actividad. Te seguí por una bocacalle flanqueada por edificios de antes de la guerra con balcones grandes en cada planta. Delante de nosotros iba una mujer paseando a un perro salchicha, con tacones altos, un abrigo de una piel tan brillante como la de su mascota y un cigarrillo encendido entre los dedos enguantados. Nos detuvimos junto a un portal enorme.

Pulsaste un botón en el telefonillo y sonó la voz de un hombre entre chasquidos, preguntando quién era. Dijiste tu nombre. Oímos un zumbido y empujaste la puerta gigantesca con la fuerza de todo tu cuerpo para abrirla.

Nunca había estado en una casa así. Era una *kamienica* espectacular, un edificio de apartamentos de antes de la guerra, uno de los pocos que habían sobrevivido. El vestíbulo tenía el techo alto y abovedado, cubierto de flores de estuco. Una alfombra conducía hacia otra puerta que daba a una escalera, antigua y curvada, con barandillas de hierro. Llamaste al ascensor. Entramos y ascendimos ingrávidos en aquella caja estrecha y silenciosa. A la luz de la única bombilla, nos inspeccionamos en el espejo. Teníamos un aspecto serio, tan arreglados que resultaba extraño, más adultos de lo que nunca nos había visto. El ascensor se detuvo, salimos y llamaste al timbre que había junto a una puerta doble muy ancha. Al otro lado se oía una música tenue y a gente charlando. Se acercaron unos pasos, la puerta se abrió y apareció una figura corpulenta.

—¡Janusz!

El chico abrió los brazos de par en par, os abrazasteis y os disteis un beso en la mejilla. Tardé un momento en darme cuenta de que era el amigo con el que te había visto en el campamento, Maksio Karowski. Llevaba una chaqueta de terciopelo y una camisa con un cuello muy grande, y seguía mostrando la misma confianza en sí mismo y la misma indiferencia que tanto me habían impactado por entonces. Nos dimos la mano, y casi me aplastó la mía con la suya.

—Encantado de conocerte —me dijo. Sentí su mano fuerte y cálida. Por alguna razón, su atención momentánea me cautivó de una manera extraña.

Lo seguimos por un pasillo con paneles de madera en las paredes hasta una gran sala repleta de gente y de humo. La música llenaba la sala, intensa,

fuerte e hipnótica. Había parejas bailando en el centro de la sala o tendidas sobre una alfombra blanca de piel. La única luz provenía de las lámparas de pie, una junto a un gran televisor y otra detrás de un par de palmeras gigantes en macetas. Maksio nos llevó al final de la sala, donde había unos grandes ventanales que daban a las copas de los árboles del parque, oscuras y aparentemente infinitas.

—Servíos vosotros mismos —dijo señalando hacia una mesa llena de botellas y platos—, que hay alguien que me necesita.

Nos guiñó un ojo y desapareció entre la multitud.

Había vodkas y *whiskies* y ginebras y vermuts, y botellas que nunca antes había visto, y platos coloridos de aspic de carne y anillos de piña y cubitos de queso. Quería probarlo todo. Comí algunas uvas y bebí un poco de *whisky*, sintiendo cómo el líquido, terroso, dulce y desinhibidor, me recorría el cuerpo. La música y las risas de la gente se fundieron en mi mente y me atraparon en su red. No reconocía a nadie bajo la luz tenue de la sala; todas las siluetas parecían igual de importantes y glamurosas: chicas con vestidos, zuecos y el pelo recogido; chicos con vaqueros de tiro alto, camisas y chaquetas ajustadas.

—¡Menuda locura de sitio! —te grité al oído, por encima del ruido de la música, y asentiste y leí las palabras «Ya ves» en tus labios.

Nos tomamos otra copa, y justo cuando acabábamos de empezar a movernos al ritmo de la música, un brazo me rodeó la cintura desde detrás, con uñas naranjas y pulseras en las muñecas.

—Me ha costado reconocerte con ese pelo, guapetón —me dijo una boca al oído.

Era Karolina, con los labios de color granate y las pestañas largas, gruesas y cargadas de rímel como patas de arañas pegadas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —La abracé con fuerza, aliviado de encontrarme con una cara conocida.

—¡Me han invitado, te lo juro! —gritó. Me cogió la cabeza con las manos y me dio un beso en la boca. Noté cómo se me quedaba pegado el pintalabios y el olor a gasolina de su aliento.

Karolina se rio y te tendió la mano como una dama.

—Me parece que nunca nos han presentado como es debido.

Le besaste la mano para complacerla, siguiéndole el juego.

La agarré de la cintura.

—¿Estás borracha?

—Como una cuba. Sería una estupidez no emborracharse. —Alzó el vaso y se balanceó sobre los tacones.

Y entonces paró la música. El disco había llegado a su fin. Se oía el leve chasquido de los altavoces entre el parloteo de la multitud, desnudo de repente. Nos miramos desconcertados, expectantes. Un chico larguirucho con unos pantalones verdes de campana puso otro disco. Al instante, nos llegó

una serie de ritmos rápidos y ligeros que captó nuestra atención, extasiada, simple y obstinada. Y, antes de que nos diéramos cuenta, la voz de sirena de Blondie había llenado la sala y nos dio un subidón a todos. No nos sabíamos la letra, ni una sola palabra, pero entendíamos todo lo que transmitía *Heart of Glass*: toda su euforia, su decadencia, el placer de la autocomplacencia. Nos abrimos paso entre la multitud hasta el centro de la sala, y allí nos dejamos llevar por su voz, por su vuelo alto, por la melodía que ascendía y descendía, por el ritmo que la acompañaba de principio a fin y que nos pedía que lo siguiéramos. La cabeza nos daba vueltas junto con el disco. Nuestros cuerpos se convirtieron en instrumentos de la canción, en extensiones de ella, y se unieron en uno solo, bailando en triángulo, meciéndonos de un lado a otro como si estuviéramos poseídos. Cuando terminó la canción, empezó a sonar otra igual de buena, pegadiza y seductora, y nos entregamos también a ella. Era como si alguien nos hubiera cogido a todos y nos hubiera colocado en una plataforma en la cima del mundo. Bailamos hasta que el sudor nos empapó la espalda y la frente y nos costaba recuperar el aliento.

Más tarde, los tres nos tomamos un descanso, rellenamos las copas y fumamos junto a los grandes ventanales que daban a la extensión negra del parque. Las ventanas se habían empañado con el calor de nuestros cuerpos, y alguien abrió una que dejó entrar el aire fresco de la noche. Fue entonces cuando la vi. En el otro extremo de la sala, hablando con un chico rubio con unas gafas de sol oscuras. Llevaba un vestido largo de lentejuelas y una gran melena cardada, casi tiesa hacia arriba. Era una aparición. En ese momento se fijó en ti y atravesó la sala.

—¡Qué bien que hayas podido venir! —Se te lanzó al cuello como si ese fuera el único propósito de tu cuello y nos envolvió a todos en su perfume de flores y especias. Llevaba una sombra de ojos azul y brillante como la de Ziggy Stardust. Su mirada se posó en mí—. Te he estado viendo antes —me dijo despacio, como si pronunciara un veredicto—. Bailas *de maravilla*. Y el pelo así te queda genial. —Miró a Karolina—. Esta debe de ser tu chica, ¿no?

Karolina se rio con la boca bien abierta.

—No, solo soy una amiga —gritó, me miró y se le desdibujó la sonrisa—. Solo una amiga.

Hania sonrió con educación, te miró y volvió a mirar a Karolina.

—Bueno, pues a lo mejor podemos encontrarte a alguien por aquí. Hay un montón de chicos. Janusz, ¿bailamos?

Asentiste y dejaste que Hania te agarrara del brazo.

—Ahora nos vemos —murmuró ella, y os marchasteis.

Karolina y yo nos servimos otra copa —para entonces, estábamos ya rozando la embriaguez— y nos dejamos caer en un sofá largo y mullido de una esquina, desde donde se veía toda la habitación. El *whisky* seguía sabiéndome bien, fuerte, y su calor me iba directo del estómago a la cabeza.

—Me alegro un montón de que estés aquí —me dijo Karolina. Tenía las

piernas cruzadas sobre el sofá, casi tumbada.

—Yo también —balbuceé—. Pero ¿quién te ha invitado?

Se rio.

—Oye, pero bueno. Me ha invitado Maksio. —Lo señaló, al otro extremo de la sala, bailando pegado a una chica rubia con minifalda—. El sinvergüenza ese.

Observé a Karolina, su perfil definido contra el blanco del sofá. Parecía cansada, y por primera vez me dio por pensar en que todos nos estábamos haciendo mayores, que no íbamos a ser jóvenes para siempre.

—Pero ¿de qué lo conoces? —le pregunté.

Se encogió de hombros, mirando al suelo.

—Ni confirmo ni desmiento que nos hayamos enrollado —me dijo en voz baja, con una sonrisa culpable.

—¿*Cómo*?

—Se sentó conmigo en el autobús en el viaje de vuelta del campamento. —Volvió a encogerse de hombros—. Sabe cómo hablar con las chicas.

—Pensaba que no era tu tipo —dije atónito.

—Y no lo es, pero me sentía sola. En fin, un brindis por todo lo que nos hemos divertido a su costa.

Brindamos y dimos otro sorbo largo y reconfortante.

—Pero pensaba que la fiesta era de Hania —le dije.

—Ay, señor —suspiró Karolina poniendo los ojos en blanco—. ¿Es que el chico este no te cuenta nada? Maksio y Hania son hermanos.

Me quedé desconcertado, sin saber muy bien por qué.

—Tiene sentido, supongo.

—Pues sí —dijo Karolina mirando a Maksio, que en ese momento estaba besando a la chica rubia—. Los dos se creen los dueños del mundo. ¿Has visto cómo nos ha arrebatado a Janusz?

Me encogí de hombros, tratando de mantener los pensamientos a raya.

—Son amigos. ¿Por qué no iba a poder bailar con él?

Sonaba una canción lenta, con una voz oscura y profunda que cantaba en inglés, lamentando algo del pasado. Y las parejas que bailaban giraban y se balanceaban en sus propias órbitas, en sus propias trayectorias planetarias. No te encontraba por ningún lado en la pista de baile. Deseé que fuéramos nosotros los que estuviéramos allí.

—¿Y tú cómo estás? —me preguntó Karolina al verme buscándote.

Me encogí de hombros una vez más. Estaba mareado.

—Bien, supongo. Voy a ver a Mielewicz la semana que viene. Creo que se ha leído mi propuesta.

—¿Y?

—No sé… Todavía no me ha dicho nada. Pero me gustó escribirla. Más de lo que pensaba. Me encantaría poder hacerlo.

—¿Y si no sale? —Parecía preocupada, y me pregunté hasta qué punto

sería real esa preocupación, y hasta qué punto sería resentimiento oculto. Resentimiento por su propia situación.

—No sé muy bien por qué, pero me da la sensación de que va a salir adelante, ¿sabes? —respondí.

—Vaya, pues sí que te has vuelto optimista últimamente —me contestó con solo una pizca de ironía.

Las parejas que bailaban ante nosotros se movieron, se apartaron hacia los lados como una cortina que os reveló a ambos: a Hania y a ti. Entrelazados en vuestra propia constelación secreta. Ella tenía los ojos cerrados y la mejilla apoyada en tu hombro. Tú la agarrabas por la cintura de lentejuelas brillantes.

No podía pensar con claridad. Me iba la mente de un lado a otro, desbocada. Pero mi cuerpo reaccionó por sí mismo y fosilizó mis entrañas.

—Parece que se llevan bastante bien —dijo Karolina observándote con una mirada sombría. Hania y tú os mecíais al ritmo de la canción.

—No creo que sea su tipo. —Me aferré con fuerza a la barandilla de mis propias palabras.

—Ludzio, con esta casa, eres el tipo de todo el mundo. —Lo dijo sin apartar la vista de ti y de Hania. Sin pensar.

Entonces, las otras parejas se movieron, rotaron y os ocultaron de nuestra vista de nuevo. Volví a mirar a Karolina. Sus palabras permanecían en el aire, pesadas, negándose a desaparecer, como una neblina.

—No seas exagerada —respondí—. Joder, ¿cuándo te has vuelto tan pragmática?

Karolina rio, como para apaciguarme.

—No lo digo por mí, Ludzio. Lo digo por los demás. —Recorrió el borde de su copa con el dedo corazón. Luego miró alrededor de la sala, aquella sala misteriosa y de techos bajos, con su luz tenue y sus palmeras. Le brillaban los ojos—. Esto es precioso. Y no hay colas para servirse el *whisky* escocés.

Llevó su copa hacia la mía para volver a brindar y dio otro sorbo.

—Estás borracha —le dije mientras sentía cómo la bebida se volvía amarga en mi boca. La música seguía sonando. Las parejas bailaban despreocupadas—. Tengo que ir al baño —dije, y salí de allí a trompicones.

Alguien me indicó una puerta al final de un pasillo largo y entré. Seguía mareado. Me acerqué al lavabo y me eché agua en la cara. La única luz provenía de las bombillas plateadas dispuestas alrededor de un gran espejo, como un tocador de Hollywood. Me hacía parecer cansado, más viejo, como me había parecido Karolina antes. Reparé en una máquina grande y cuadrada que había en una esquina. Creo que era la primera vez que veía una lavadora con mis propios ojos. Brillaba bajo la luz de la habitación, sólida y reconfortante, con una puertecita redonda que parecía la entrada de una nave espacial. Pensé en mi abuela, arrodillada sobre una palangana de metal, vertiendo agua caliente de un hervidor, sumergiendo en el agua cada

camisa, cada calcetín, cada pañuelo, toda su vida, con un trozo de jabón marrón en las manos doloridas, frotando, restregando, con los dedos ardiendo.

Cuando volví a la sala de baile, Karolina ya se había ido. Me senté en el sofá junto a una pareja que se estaba besando, observé a la gente en la pista de baile y me sumí más y más en una sensación de alienación. Y justo cuando me empezaba a preguntar qué estaba haciendo allí y ya había decidido marcharme, la música se detuvo a mitad de la canción y se apagaron las luces. La multitud se quedó paralizada, desconcertada, y desde el pasillo provino un halo de luz y un conjunto de voces graves comenzaron a cantar: «*Sto lat, sto lat…*». Me levanté para ver mejor. Maksio y tú aparecisteis en la puerta con una tarta tan grande que teníais que sostenerla entre los dos. En el centro ardía un círculo de velas. En un instante, toda la sala se unió a la fiesta: «*Sto lat, sto lat* —cantaban—. Que vivas cien años, cien años con nosotros». Hasta yo me uní, dejándome llevar por la energía del momento. La tarta viajó despacio a través de la multitud hacia Hania, que se encontraba en el centro de la sala, radiante. Maksio y tú llegasteis hasta ella justo cuando la canción acababa, con una tormenta de vítores y felicitaciones en el aire y chicos silbando con los dedos en la boca. Hania se inclinó sobre la tarta. En la oscuridad de la sala, las velas eran la única fuente de luz. Le iluminaban el rostro desde abajo. Respiró hondo y apagó las llamitas de un soplido, con los ojos entornados y la cara maquillada tensa por el esfuerzo. Me dije a mí mismo que parecía una bruja, pero ni siquiera me lo creí. Me era imposible odiarla. El aplauso fue ensordecedor. Hania besó a Maksio en la mejilla y te echó los brazos al cuello. Alguien pidió a gritos un brindis y todos los de la sala levantaron las copas. Y entonces se volvieron a encender las luces y sonó de nuevo la música. Me senté, me terminé la copa y decidí marcharme. Fue entonces cuando te vi abrirte paso hacia mí entre la multitud con un trozo de tarta en cada mano. Me sonreíste, pero no fui capaz de devolverte la sonrisa. Te sentaste a mi lado y me pasaste uno de los trozos.

—¿Estás bien? Te noto un poco… raro.

—Estoy bien —mentí. La tarta tenía capas de chocolate y de nata, y me sorprendió lo mucho que pesaba y lo húmeda que estaba. La sentía a través de la servilleta, de un papel tan fino como el de una Biblia.

—Come un poco —me dijiste mientras le dabas un bocado a tu trozo—. Está buena.

—No me apetece.

Te limpiaste la boca con el dorso de la mano y me miraste.

—¿Qué te pasa?

No dije nada durante un momento, decidido a castigarte con silencio. Pero entonces la necesidad de hablar se hizo inevitable y las palabras me vinieron de golpe, ascendiendo y tomando forma como un globo.

—Tu contacto es *ella*, ¿verdad? —te pregunté.

Para mi sorpresa, mantuviste la expresión relajada, despreocupada.

Le diste otro bocado a la tarta.

—¿*Eso* es lo que te pasa? —me dijiste con la boca llena. Me resultó asqueroso, y entonces me di cuenta de que tu poder sobre mí iba muchísimo más allá de lo físico. Tragaste saliva y me miraste—. Sí, es ella. ¿Y qué?

—¿Y qué? —Te miré de arriba a abajo y me preparé mentalmente para seguir hablando, tratando de no salirme del camino de confrontación que había elegido—. Está enamorada de ti, Janusz. Es evidente. Y tú le estás haciendo ilusiones.

—Baja la voz, ¿quieres? —me dijiste con un tono apremiante y volviste a poner el trozo de tarta a medio terminar en la servilleta con un gesto irritado —. Deja de ser tan dramático. ¿No nos lo estamos pasando bien? Disfrútalo y ya está. Disfruta, Ludwik.

—¿Que disfrute? —Me quedé atónito, confuso. Busqué en tu rostro alguna explicación que le diera algún sentido a todo aquello—. ¿Crees que a mí me divierte todo esto? ¿Veros bailar juntos como si fuerais novios?

Recorriste la habitación con una mirada rápida, te inclinaste hacia mí y llevaste la boca a mi oreja.

—Ya te he dicho que me puedo encargar de todo. Por los dos. ¿No confías en mí?

Me alejé de ti, de tus palabras.

—¿Crees que me estás haciendo un *favor* con todo esto? Porque no me hace ninguna falta ese tipo de ayuda.

Hice un intento de levantarme, pero me retuviste.

—¿Ah, sí? ¿Prefieres dejar que *Pani* Kolecka se muera cuando le dé otro ataque de tos? —Me miraste desafiante—. El mundo funciona a base de engaños —continuaste con los ojos entrecerrados—. ¿No es eso lo que dices? ¿Que el país está mal gestionado, que todo es injusto? Entonces, ¿qué hay de malo en tomar las riendas y no dejarse pisotear? ¿Eh?

Mi trozo de tarta, aún sin tocar, había empapado la servilleta y lo notaba pegajoso y pesado en la mano. Te miré, esos rasgos que antes me habían resultado familiares, y me pareció que tu rostro se había transformado ante mis ojos. Había una tensión alrededor de tus ojos y de tus labios que nunca antes había visto. En la pista de baile, Hania se mecía despacio en los brazos del chico rubio con gafas de sol. Parecía serena. El chico no movía el rostro; tan solo abría la boca de vez en cuando para sonreír, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

—Tiene que haber otras formas —dije en voz baja.

Parecías agotado.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles? Dime.

—No sé. Podríamos irnos, por ejemplo.

—¿*Fugarnos*, dices? —Me miraste implorante—. Confía en mí. No le estoy

prometiendo nada. No le estoy haciendo daño.

—Todavía —respondí.

—Sé lo que me hago —insististe—. No hay nada malo en todo esto. Y es necesario.

—¿*Por qué*? Dime. Ya no necesitamos nada de ellos. *Pani* Kolecka ya se ha recuperado. Ahora estamos bien.

Vi cómo se te distorsionaba el rostro, cómo se te volvía a tensar.

—Sigues sin entenderlo, ¿no? En cualquier momento nos hará falta algo otra vez. Estas cosas siempre pasan. ¿Y cómo nos las vamos a arreglar entonces?

Traté de reunir mis pensamientos, de resistir. Pero no se me ocurrió nada.

—Tú eres el que no veía futuro en este país —me dijiste con una voz tranquila—. Pues *aquí* está.

Seguí tu mirada y observé aquella sala tan espectacular. Entre la gente que bailaba, vi a Karolina, agarrada de un chico al que no había visto nunca, con un cigarrillo encendido en la mano.

—Ya los conocerás —continuaste, animado por mi silencio—. Ya lo verás. Le he contado a Hania lo de tu doctorado. Parecía impresionada. Vamos a cenar el miércoles por la noche en Mozaika. Dice que deberías venir.

Una vez más, no dije nada. La noche empezaba a envejecer y, tras los amplios ventanales de aquella magnífica habitación, la oscuridad daba paso a otra mañana.

Capítulo 6

El miércoles de la semana después de la fiesta fui a ver a Mielewicz. Estaba más nervioso de lo que pensaba. Mientras caminaba hacia la calle Nuevo Mundo, tenía la mente inundada de pensamientos que revoloteaban con agresividad. Sentía que me faltaba el aire. Llegué al despacho y llamé a la puerta. Oí un leve «Pase» desde el otro lado. Fingí una sonrisa de autoconfianza. El profesor asintió con expresión de cansancio.

—Por favor, siéntese —me dijo con una voz extraña, apagada. Parecía tener el rostro más gris que un par de semanas antes, como si hubiera envejecido desde la última vez que lo había visto. El silencio que nos separaba era pesado, y sentí cómo se me instalaba en el pecho.

—A la comisión le ha gustado su propuesta, Głowacki —me dijo al fin con una voz demasiado formal. Lo observé, inseguro—. De hecho, les gusta más de lo que quieren admitir. Escribe usted muy bien, y tiene unas ideas interesantes. Ya lo sabe. —No estaba seguro de si era mi turno de hablar. Una sonrisa afligida distorsionó el rostro del profesor—. Pero, como podrá imaginarse, hay otros factores que intervienen. —Se me contrajeron las tripas. Miré al profesor, intentando interpretar su expresión. Me sentí totalmente impotente—. Hay otros candidatos —continuó con voz de cansado—. Sus propuestas no son tan buenas como la suya, pero… —Se quitó las gafas y se frotó los ojos—. Algunos de ellos tienen contactos.

Otro silencio. Otra mirada, como si quisiera que lo liberara de esa mala pasada.

Tenía la mente desbocada.

—Todavía no han tomado ninguna decisión definitiva, pero, si todo sigue como hasta ahora, no pinta bien. Quería que lo supiera. —Dejó escapar un suspiro, miró hacia su escritorio, hacia sus papeles, y luego volvió a mirarme a mí.

—Entonces, ¿por qué me ha llamado? ¿Qué quiere que haga? —Me oí la voz pequeña y enfadada, más de lo que pretendía.

El profesor me miró con ternura, como si hubiera visto venir mi enfado.

—Sé lo decepcionante que debe ser todo esto para usted.

Sus palabras me desesperaron más aún.

Colocó las dos manos sobre los papeles que tenía delante y se inclinó sobre el escritorio hacia mí, tanto que le pude ver algunos pelos grises en el bigote y aquella cara redonda y amable más cerca que nunca.

—Sé que usted no forma parte del Partido —me dijo con una voz apenas más audible que un susurro—, y, de todos modos, ya es demasiado tarde para que se una. Aunque quisiera. —Bajó la mirada, tal vez avergonzado por lo que acababa de proponerme—. Pero puede que *conozca* a alguien, ¿no, Ludwik? ¿Alguien a quien se le haya olvidado mencionar y que podría ayudar a inclinar la balanza a su favor?

De repente, me miró del mismo modo en que tú lo habías hecho la noche de la fiesta: expectante, demasiado expectante. Me quedé allí sentado, quieto, atrincherado en el silencio.

Al fin asintió con una incomodidad evidente.

—Piénselo. Tal vez se le ocurra alguien. Sería una pena que perdiera esta oportunidad.

Casi parecía que, si ignoraba lo que estaba ocurriendo, no sería cierto. Permanecí en silencio.

El profesor se levantó y trató de esbozar una sonrisa.

—Avíseme en cuanto sepa algo, ¿de acuerdo?

Conseguí levantarme y asentir sin dirigirme a él. Nos dimos la mano —la mía, floja; la suya, demasiado grande—, y un instante después estaba de pie en el pasillo con desconocidos abstraídos que pasaban junto a mí a toda prisa y en todas las direcciones. El curso había comenzado y los nuevos estudiantes habían llenado el campus. Caras nuevas de aspecto tan joven que me costaba creer que hubieran terminado el instituto. Se paseaban como si fueran los dueños del lugar, como si ningún otro estudiante hubiera estado allí antes que ellos. Salí del campus y fui dando tumbos por las calles, sintiendo que el viento me mordía los dedos y el cuello y me carcomía la cabeza.

Era un día frío, puede que el primer día frío de verdad de la temporada, y no iba bien preparado. No llevaba ni bufanda ni guantes ni gorro. Había subestimado el tiempo. Los árboles estaban perdiendo ya las hojas. Iba a la deriva por las calles, casi sin saber dónde estaba. Me limité a caminar, a poner un pie delante del otro, sintiendo la vaga protección del movimiento. El ritmo me arrullaba. Pero no lo suficiente como para conseguir olvidar que se me acabaría la pensión de manutención en cuestión de semanas. De repente no tenía ninguna visión de futuro; solo un vacío terrible. Había sido muy ingenuo. Por no decir estúpido. En ese momento me di cuenta. Sin embargo, mientras siguiera caminando, no tendría que pensar, no tendría que enfrentarme a nada durante mucho tiempo.

Cuando recobré el sentido, estaba en la calle Marszałkowska, y allí estabas tú, hablando con un chico con gafas de sol, el chico con el que Hania había bailado en la fiesta. Se presentó como Rafał y me dio la mano con una

sonrisa burlona. Resultaba desconcertante no verle los ojos. Tú y yo nos miramos, pero no pudimos decir nada.

El sol empezaba a apagarse y a descender. Cada vez hacía más frío, pero yo ya no lo sentía. Desde donde estábamos, en la calle más recta y larga de la ciudad, se veía la plaza de la Constitución, con sus edificios estalinistas gigantescos y sus esculturas talladas de trabajadores musculosos y madres fuertes y sanas; y la Iglesia del Santísimo Salvador, deteriorada; y hasta la diminuta plaza de detrás, donde vivían Hania y Maksio. Eran solo las cuatro, pero la noche ya había empezado a envolvernos. Nos quedamos esperando bajo el gran letrero de neón del restaurante —«Mozaika», en letras rojas en un estilo manuscrito—, como una señal de algo mejor y más moderno que podría otorgar un poco de luz a nuestras vidas. Estuvimos hablando con Rafał, pero yo tenía la cabeza en otro sitio. No recuerdo ni una de las palabras que intercambiamos. No recuerdo nada hasta que una Vespa negra se detuvo justo delante de nosotros. Hania llevaba una chaqueta de motorista y botas altas, e iba con el pelo suelto, y Maksio llevaba un jersey grueso de estilo alpino color crema. Toda su ropa parecía nueva y extranjera. Los miré con asombro, como si fueran un par de actores de una película de Fellini. Nos besamos en la mejilla y nos dimos la mano. De verdad parecían contentos de verme, y el hormigueo cálido de los halagos empezó a calmarme los nervios. Entramos en el Mozaika, y nos recibió un ambiente cálido y agradable. Una sala de techo bajo engalanada con una alfombra roja, personal uniformado de etiqueta y —una vez más— unas palmeras gigantes en macetas, con unas hojas lo bastante grandes como para envolver a un bebé, que se alzaban lánguidas y perezosas en la sala, conscientes de su propia magnificencia. La gente que había allí era de la clase que uno nunca veía caminando por la calle, por lo que a nadie se le podría culpar por pensar que no existía: mujeres con melenas enormes y onduladas, collares brillantes y pesados y estolas de piel de zorro; hombres con trajes a medida, rostros serios y aseados y cigarrillos americanos cuyo humo se elevaba danzando más despacio y de una manera más majestuosa que en el mundo exterior.

Nos sentamos en una de las mesas junto a las ventanas tintadas, en dos bancos de cuero acolchados, uno frente al otro, y bebimos vodka y fumamos hasta que nos envolvió una ligera neblina. La camarera nos trajo arenques en salsa de crema agria y sopa de remolacha ucraniana con ternera, y después un pargo grande para cada uno. Me sentía como si fuera otra persona, en otra ciudad, viviendo una vida de grandeza y despreocupación. Me sorprendió la facilidad con la que había dejado de lado todo lo demás, incluida la reunión con el profesor. El vodka ayudaba. La camarera no dejaba de acercarse a rellenarnos los vasos sin que nadie tuviera que pedírselo. Tú estabas a mi lado, y Hania enfrente, lanzándonos miradas sonrientes. Maksio nos contó una anécdota tras otra, sobre todo de chicas a

las que había intentado seducir, y tú le incitaste y le provocaste hasta que nos contó más, como si fueras igual que él. Nunca te había visto así, y me sorprendió descubrir que me gustaba. Me dije que, en cierto modo, no eras del todo tú. Cuando vi a Hania mirándote, con los ojos como platos y riéndose con la boca abierta, no pude sentir celos.

—Así que tú eres la razón por la que no hemos visto a nuestro Januszek todas estas semanas —me dijo en un momento dado con un guiño—. Estaba empezando a preocuparme de que alguna chica nos lo hubiera robado, cuando en realidad estaba muy bien acompañado.

—Hania, ¿tienes que ligar con todos mis amigos? —te quejaste.

Maksio y Rafał se rieron a carcajadas. Me sonrojé sin querer. Hania puso los ojos en blanco y me miró con complicidad.

—¿Cómo es que nunca te vi trabajando en el campo, en el campamento? —pregunté tratando de cambiar el tono de la conversación.

—¡Muy buena pregunta! —gritó Maksio—. ¿Qué, querida hermanita? ¿Por qué no movió su alteza real ni un solo dedo, y mucho menos una remolacha, en todo el verano?

Ahora le tocó a Hania sonrojarse.

—Parad de meteros conmigo —nos dijo fingiendo estar molesta, bebiéndose de un trago el vasito de vodka y dejándolo de nuevo en la mesa con un golpe que hizo que los de la mesa de al lado alzaran la vista—. Tengo unas manos delicadas —susurró, y nos reímos.

Llegó el postre: helado con sirope de chocolate, coronado por una montaña gigantesca de nata montada, servido en un vaso alto que parecía la corola alargada de una flor. Estaba delicioso. Volví a sentirme como un niño; uno feliz, esta vez, cuyos deseos siempre se cumplían. Al otro lado de la ventana había caído la noche, y por la calle pasaban figuras oscuras con rostros abatidos y bolsas vacías, y estómagos también vacíos, supuse. Pero no las veíamos. Se estaba mucho mejor a este lado del cristal. Hacía mucho menos frío. Era mucho más agradable.

Nos quedamos hasta tarde, hasta que se fueron casi todos los clientes. La cuenta llegó en una bandejita de plata y todos echamos mano de nuestras carteras —o fingimos hacerlo, en mi caso—, pero Maksio nos detuvo.

—Invitamos nosotros —dijo con un movimiento de mano, y se dirigió a la barra, donde se encontraba la camarera frente a una pared repleta de alcoholes extranjeros. La chica le sonrió con deferencia mientras él firmaba la cuenta y le dejaba propina.

Cuando salimos, nos quedamos al fresco, fumando los Marlboro de Maksio, más suaves que todos los cigarrillos que había probado. Hania nos observaba con esa mirada felina suya, y nos preguntó si queríamos ir a su casa de campo ese fin de semana.

—Así nos escapamos de la ciudad y montamos una fiestecita —nos dijo con los ojos entrecerrados por la satisfacción y una sonrisa dibujada en

aquella boca tan delicada.

Todos aceptamos, nos despedimos con un beso y los vimos alejarse a toda velocidad en la Vespa hacia su parte de la ciudad. Rafał hizo señas a un taxi y se marchó.

Y nos quedamos solos tú y yo en esa gran avenida vacía. Caminamos hacia el centro. Traté de buscar al antiguo Janusz mientras esperaba a que nuestras máscaras se desvanecieran en el frío de la noche.

—Me alegro mucho de que hayas venido —me dijiste con una mirada cariñosa y achispada, casi infantil—. Ha estado genial, ¿no? ¿Qué te dije, eh?

Asentí.

—La verdad es que sí.

Seguimos caminando por aceras desiertas. Era tarde. Iba concentrado en el sonido de nuestros pasos, casi al unísono, y de repente algo serio, algo importante que había reprimido toda la noche, subió a la superficie de mi mente. Te hablé de la reunión con Mielewicz, en voz baja, avergonzado por mi desesperanza. Sin atreverme a pedirte nada, solo a contártelo. Me escuchaste con atención.

Estábamos en la calle Poznańska, con sus adoquines, sus altas *kamienicas* de antes de la guerra y sus hileras de prostitutas. Jóvenes y viejas, la mayoría con abrigos largos y minifaldas o vestidos ajustados debajo, con la tela estirada al máximo, pegada al cuerpo, a punto de desgarrarse. Mientras te hablaba, nos llamaban en voz alta con acentos ordinarios, y seguimos caminando sin mirar.

—A ti te hago una rebajita, cielo —gritó una de ellas recortando las palabras con un acento silesio—. Con esa cara tan bonita que tienes. Y tráete a tu amigo también.

Las demás mujeres rieron como hienas en la oscuridad. No me atrevía a mirarte. Nada de eso me resultaba gracioso. Llegamos al final de la calle, con el Palacio de Cultura alzándose sobre nosotros, grande, oscuro y amenazante, y la estación de tren junto a él, iluminada pero aparentemente vacía.

Te detuviste y me miraste con una sonrisa de consolación.

—No te preocupes. Lo tienes fácil. Puedes preguntarle a Hania este fin de semana. Cuando estemos en su casa.

Un destello de posibilidad me recorrió el cuerpo. Después de aquella noche, del restaurante, todo parecía posible.

—¿Seguro?

Asentiste.

—Le caes bien. Y seguro que puede mover algunos hilos para ayudarte. A Maksio y a ella siempre les daban las preguntas que iban a caer en los exámenes, ¿sabes? Por eso nunca tenía que ir a clase. Y ninguno de los dos movió un solo dedo en el campamento.

Me miré los zapatos, con la cabeza acelerada.

—¿Y no será incómodo, con Hania tratando de seducirte?

Sonreíste y negaste con la cabeza.

—¿La has visto esta noche? No está desesperada. Además, se enamora de un chico nuevo cada dos por tres. Lo más probable es que ahora le gustes *tú*. —Te volviste a reír.

—Bueno, vale —dije aún nervioso—. Pues este fin de semana, entonces.

Nos abrazamos y, con las mejillas pegadas, sentí cómo te empezaba a brotar la barba. Me encantaba esa sensación.

—Buenas noches —me dijiste, y te volviste hacia el otro lado del río.

—Buenas noches, mi amor.

No sé por qué no confié en Karolina. Una parte de mí quería, anhelaba tener a alguien con quien poder hablar de todo aquello. Supongo que no estaba preparado. Tenía miedo de que me sonriera y me respondiera con un «Chin, chin» o algún comentario cínico sobre el sabor seductor del *whisky*. Temía que me advirtiera sobre pedir favores que no iba a poder devolver. Lo último que quería en ese momento era que me advirtieran sobre qué hacer y qué no hacer. Así que, cuando la llamé esa semana desde la cabina de la esquina de mi calle y me preguntó cómo estaba, puse la voz más animada que pude y le dije que iba todo bien. Y dejé que me contara que se había enamorado del chico bajito con el que había estado bailando en la fiesta de Hania. Se llamaba Karol. Era ingeniero. Bromeé sobre sus nombres, Karol y Karolina, sobre que estaba claro que era el destino, y ella se rio, como en los viejos tiempos. Luego me preguntó por el doctorado. Le dije que aún no había ido a ver al profesor, que lo vería la semana siguiente. Que estaba seguro de que lo conseguiría. Me dijo que cruzaría los dedos, que se alegraría de que lo consiguiera. Al colgar, la eché más de menos que antes de llamarla.

Volví al apartamento a prepararme para el fin de semana. Metí las cosas en la mochila, las saqué y las volví a meter de nuevo. Planché la ropa. No me sentía como si me fuera de vacaciones, sino en una misión de la que volvería cambiado. Esa noche, para tranquilizarme, volví a bajar al frío de la calle y fui a la cabina.

—Ludzio, sabía que eras tú. Solo tú me llamas tan tarde.

Sonaba contenta.

—Abuela.

—¿Cómo te va, cariño?

Tragué saliva.

—Muy bien, abuela. Muy bien.

—¿Seguro? ¿Necesitas dinero? Sabes que no tengo casi nada, pero he ahorrado un poquito. Puedo enviártelo…

—No, abuela —dije sonriéndole al auricular—. No necesito dinero.

Parece que voy a hacer un doctorado. Ya no voy a tener que pedirte ayuda.

—Ay, Ludzio. —Sonaba como si estuviera llorando.

—¿Estás orgullosa de mí?

—Pues claro que sí. —Sorbió por la nariz. Apoyé la frente contra el metal frío del teléfono—. ¿Y cuándo vas a venir a casa, cariño? Ya sabes que eso es lo que más me importa. Verte.

—Pronto —le dije, sin saber si era verdad—. Pronto. Cuando me confirmen lo del doctorado. Cuando ya sea todo seguro. Te lo prometo.

Colgué y me quedé allí, en la cabina, bajo el pequeño halo de luz de la bombilla que colgaba del techo protegida por una rejilla de hierro, observando la noche de fuera. Mi vida era un pasillo pequeño y estrecho, sin puerta de salida, un túnel de una sola dirección, tan angosto que me magullaba los codos. «Es eso o el vacío —me dije—. Eso o irme».

Al día siguiente nos reunimos en la plaza de las Tres Cruces, en la escalinata de la iglesia abovedada que se erigía en el centro como un templo pagano. Era un día frío, nublado y tan gris que resultaba desolador, uno de esos días especialmente varsovianos que te hacen pensar que el sol ha dejado de existir y temes que tu mente se asfixie bajo una fortaleza impenetrable de nubes.

Ya estabas allí cuando llegué, con la mochila a los pies. Nos dimos un beso en la mejilla. Nos unía una energía extraña, como si nos hubiéramos convertido en cómplices de un juego. Te brillaban los ojos con picardía, con una mirada juguetona.

—¿Preparado? —me dijiste clavándome la mirada.

Asentí y noté una avalancha de náuseas que traté de ignorar.

Llegó un coche a la plaza, y supe que era el suyo antes de que se detuviera. Se veían tan pocos coches extranjeros que hasta yo los distinguía de los otros dos modelos con los que podíamos soñar con tener en nuestro país: no era ni un Maluch, la lata que fabricaba Fiat para el bloque socialista, ni un Trabant, el modelo más grande y torpe de Alemania Oriental. El que teníamos delante era tan exquisito y elegante como una pantera: un Mercedes negro.

Se detuvo junto a los escalones de la iglesia. Bajaron la ventanilla del copiloto y Hania nos saludó con entusiasmo, con unas gafas de sol doradas.

—¡Venga, chicos!

Cogimos las mochilas y nos apresuramos a bajar los escalones. Nos subimos al coche, a los asientos de cuero marrón de la parte de atrás, donde ya estaba sentada la chica rubia con la que había estado Maksio en la fiesta, como una muñeca cara. Llevaba una minifalda corta de cuero y una bandana roja en la cabeza. Hania nos la presentó, nos dijo que se llamaba Agata, y ella asintió despacio, como si estuviera sedada.

—Hola, chicos —nos dijo Maksio volviéndose desde el asiento del conductor con una mirada sonriente—. ¡Allá vamos!

—¿Viene alguien más? —pregunté.

Hania se dio la vuelta, todavía con las gafas de sol de espejo puestas, y vi mi reflejo distorsionado en los cristales; me vi una cara pálida y atontada.

—Solo nosotros —me dijo sonriente.

El coche aceleró como una bala y sin ningún esfuerzo por la avenida Ujazdowskie. Pasamos por delante de los palacios destartalados de la aristocracia olvidada, los jardines de Łazienki con mis ciervos escondidos y las puertas gigantescas y las filas de soldados que protegían esa especie de castillo que era la embajada soviética. Después, la ciudad comenzó a dispersarse. Pasamos por tramos interminables de bloques idénticos, *blokowisko* tras *blokowisko* con campos de barro entre ellos en los que jugaban hordas de niños revoltosos. Dejamos atrás fábricas enormes y humeantes, gigantes y solemnes como iglesias cubiertas de hollín. La radio estaba encendida y sonaba algo de The Velvet Underground. Nico cantaba con su voz grave y letárgica, con campanas de fondo y una guitarra fluctuando como un espejismo parpadeante.

Aparecieron ante nuestros ojos montones de abedules blancos, desnudos en aquel otoño tardío y aún más solemnes. Y campos. Campos marrones empapados, con mujeres y hombres y arados tirados por caballos. El cielo seguía cubierto de un blanco grisáceo como el arroz con leche, pero en el campo, entre toda esa naturaleza, resultaba hermoso, como el edredón reconfortante de una cama en la que uno se refugia.

Charlamos durante algunos tramos y guardamos silencio durante otros. Viajamos durante un buen rato, con música *rock* en la radio y Agata tarareando. Empezó a oscurecer y la tierra comenzó a ondularse. Nos rodeaban unas colinas bajas, y entramos en pleno bosque, en un mar de pinos. Y entonces Maksio giró por una carretera de tierra sin señalizar y bajamos por la espesura del bosque hasta llegar a un portón. Hania se bajó del coche y lo abrió, y, justo cuando caía la noche, atravesamos un camino con álamos altos y majestuosos. Al final había una casa. Era blanca, definida contra el crepúsculo como un fantasma, con columnas gruesas y dignas que sostenían el techo triangular del porche. Cuando nos bajamos del coche, las hojas y las ramitas crujieron bajo nuestros zapatos. La casa se alzaba majestuosa, ajena a nuestra presencia. Era un *dwór*, una casa de campo antigua que debía de llevar siglos allí y que nos sobreviviría a todos, pensé, y la admiré por ello, por todo lo que ya había visto y por todo lo que aún le quedaba por ver y que nosotros nunca conoceríamos.

Maksio abrió la puerta principal y encendió la luz del interior. El olor a cedro seco me invadió la mente. Había estufas de loza antiguas, chimeneas, trofeos de caza, cabezas de jabalíes y ciervos y alfombras orientales. Era un lugar de placer y paz, indiferente a los gobiernos, fiel a quienquiera que

estuviera en el poder. Dijiste algo sobre lo impresionante que era la casa, y yo me quedé en silencio, pensando en lo poco que os la merecíais todos.

Seguimos a Hania al piso de arriba, donde nos asignó las habitaciones: tú y yo compartíamos cuarto; ella dormía en la habitación de al lado; Maksio y Agata, en un cuarto del piso de abajo.

—Mis padres vienen el domingo —dijo Hania señalando una gran puerta al final del pasillo—. Esa es su habitación.

—Menuda casa, ¿no? —dijiste mientras dejábamos las mochilas y sacábamos las cosas—. Es casi un castillo.

Asentí. Quería estar solo, tener el lugar entero para mí solo, asimilarlo todo. Desde allí se veía el jardín —un parque, más bien—, oblongo y extenso como varios campos de deporte juntos, que colindaba con el bosque. Me quedé mirando cómo se disipaban los últimos haces de luz sobre él, olvidándome de mí mismo, hasta que acabó de oscurecer y me vi el rostro en la ventana. Me volví hacia la habitación. Era grande, puede que tanto como el piso entero de *Pani* Kolecka. Había dos camas individuales, pesadas y relucientes, separadas por una mesita de noche con una lámpara de porcelana. Una puerta daba a un gran cuarto de baño con bañera. Abrí el grifo y disfruté del estruendo violento del agua al llenarla. Comenzó a ascender el vapor. Me desnudé y me metí, dejando la puerta abierta para ver lo que podía del parque. El agua estaba muy caliente, casi hirviendo, pero sentí que me abrazaba. Me quedé allí tumbado durante un buen rato, sintiendo un cosquilleo en la piel por el calor, notando que se me formaban gotas de sudor en la frente y dejando que mi mente vagara. Al cabo de un rato, se me cerraron los ojos solos.

Cuando me desperté, sentía el cuerpo frío y oprimido por el agua. Salí de la bañera, mareado por el hambre, y me sequé con una toalla tan gruesa como una *kotlet*. Entonces vi que no estabas en el cuarto. Me vestí a toda prisa y fui al piso de abajo, pero no encontré a nadie. Me paseé por la casa, observándolo todo: los muebles majestuosos de madera; el olor a fuegos pasados; el gran porche que daba a la oscuridad infinita del jardín; y el bosque, una mera silueta a lo lejos. Y entonces oí voces. Susurros. No sabía de quién. Fui hacia el lugar desde el que pensaba que provenían y te encontré con Hania en la cocina. Estabais muy juntos, como si estuvieseis bailando, pensé, pero sin agarraros, con cara de concentración, de intimidad. Hania te dijo algo con una sonrisa; tú frunciste el ceño y después te echaste a reír.

—Dímelo—la oí decir con un tono provocativo, pero tú mantuviste tu sonrisa inescrutable y te encogiste de hombros.

En cuanto me acerqué, os girasteis hacia mí en un solo movimiento. Y te apartaste un poco de ella. A Hania le cambió la cara, de íntima a desenfadada.

—¡Aquí estás! —gritó—. ¿Tienes hambre, Ludzio?

Te miré en busca de una explicación, pero era como si estuvieras representando un papel.

—Me muero de hambre —respondí.

Esa noche, después de la cena —ternera asada con puré de remolacha y manzanas que Hania había traído de casa y asado en el horno—, encendimos la chimenea del salón, jugamos a las cartas y bebimos vino búlgaro. Pero la escena que había presenciado entre vosotros dos había perforado mi fachada y hacía que me costara jugar. Estaba distraído, nervioso. Al final de la velada, animada por todos nosotros, Agata se levantó y cantó. Cantó con verdadera pena, una canción de Maryla Rodowicz, esa canción tranquila y triste sobre antiguos recintos feriales y juguetes de hojalata y globos. Todos nos quedamos inmóviles. Su voz se impuso en nuestras mentes con una aflicción inesperada.

Poco después, Ágata y Maksio se fueron a la cama, y nos quedamos los tres solos. Había dos sofás enfrentados, con sillones a los lados y una mesa de centro. Tú te sentaste en el sofá frente a ella, y yo en uno de los sillones. Hablamos de lo que íbamos a hacer al día siguiente. Tenía ganas de irme a dormir, pero no quería dejaros solos. Entonces anunciaste que te ibas a la cama y me dirigiste una mirada cómplice, como diciéndome que era mi oportunidad. No me moví. Te dimos las buenas noches, Hania y yo. Ella sonrió y miró hacia el jardín oscuro, o tal vez hacia su reflejo en el cristal. Luego me miró a mí. Se le notaba la tensión en los labios.

—Me alegro mucho de que hayas venido —me dijo. Parecía nerviosa, y me sorprendió.

—Gracias por invitarme —contesté—. Es una maravilla de sitio.

—No hay de qué. —Asintió y volvió a mirar al jardín, como si estuviera sopesando algo—. Espero que no te parezca una indiscreción, pero… —Se detuvo, bajó la vista hacia el regazo y luego volvió a mirarme—. Déjame que te pregunte algo personal.

No dije nada, tratando de evitar el vértigo interno.

—No quiero entrometerme. —Se movió en el asiento; resultaba evidente que se sentía incómoda, incluso vulnerable, pero no tanto como yo—. Sé sincero conmigo. ¿Está Janusz con otra?

Una parte de mí quería reírse a carcajadas, soltar una risa histérica, hasta que me dolieran la garganta, las cuerdas vocales y los músculos del estómago. La otra parte estaba sencillamente agotada. Mantuve una expresión neutra y sacudí la cabeza con sinceridad.

—No. Por eso no te tienes que preocupar.

—¿En serio? —Le cambió la cara; se le iluminó—. Es que… a veces, lo noto muy distante. Y no entiendo por qué no está receptivo. ¿Sabes lo que te quiero decir…? —Me pidió que la tranquilizara con la mirada.

Me miré los dedos y asentí.

—¿Te habla de mí alguna vez? —tanteó.

—Sí —dije, sin ofrecerle demasiado, pero deseando poder ayudarla—. Sí que me habla de ti.

Parecía ilusionada, pero no del todo convencida; sus ojos, como platos, revelaban que necesitaba más.

—¿Le *gusto*? ¿Te ha dicho algo?

Tragué saliva. El vértigo acabó por apoderarse de mí.

—No sé —dije, consciente de que era la verdad—. No me lo ha dicho. Vas a tener que preguntárselo a él.

A la mañana siguiente me desperté con dolor de cabeza y la luz del sol que entraba en la habitación me molestaba. La cama estaba hecha y tú no estabas. Me duché y fui al piso de abajo, donde os encontré a todos sentados en la mesa larga del comedor. Hania y Agata tenían el pelo mojado, peinado hacia atrás, y olía a café. Tú estabas comiendo pan con dos lonchas de jamón.

—¡Por fin apareces! —dijo Maksio cuando entré, y todos levantaron la vista y me saludaron con sueño. Hania estaba sentada a tu lado.

Después de desayunar salimos los cinco a dar un paseo por el bosque. Estaba todo mojado —había llovido por la noche— y olía a frescura y a descomposición. Caminamos sobre capas y capas de hojas caídas y las últimas setas del otoño. Intenté hablar con Hania en ese rato, pero no nos quedamos solos en ningún momento. Y, en cierto modo, me alegré. Hacía un día demasiado luminoso, y sabía que, para lo que tenía que hacer, iba a necesitar alcohol.

Esa tarde Hania dijo que nos estaba preparando una sorpresa. Después de comer, Agata y ella salieron con dos cestas vacías. Los tres chicos nos quedamos en la casa. Maksio y tú jugasteis al billar abajo y yo subí a nuestro cuarto. Arriba había un silencio absoluto. Antes de llegar al cuarto, la puerta doble del final del pasillo reclamó mi atención y me invadió una curiosidad oscura. Me concentré para comprobar si se oía algo, pero no. Me acerqué a la puerta y giré el pomo. No estaba cerrada. Con el corazón latiéndome con fuerza, entré. Era una habitación grande con unas vistas impresionantes al parque. Había una cama con dosel, hecha con esmero, y la rodeaba una atmósfera extraña, solemne e intocable, como la cama de alguien recién fallecido. Me acerqué a la ventana y contemplé las vistas del bosque. Junto a la ventana, había una mesa redonda y brillante llena de fotos enmarcadas. Había fotos de Hania y Maksio de niños, regordetes y pequeños, pero con las mismas caras, comiendo helado; y de sus padres: el padre, como una versión más vieja y gorda de Maksio, aunque con una boca diferente, casi sin labios; y la madre, alta y elegante, con los ojos oscuros de Hania. Había una más

reciente de los cuatro de pie y sonriendo con la torre Eiffel de fondo. Y entonces reparé en la fotografía de al lado y me quedé un instante mirándola sin comprender lo que estaba viendo. Sentí una sacudida. En la foto aparecía el padre, vestido con un uniforme militar, cubierto de condecoraciones y medallas. Me temblaban las manos cuando cogí la foto de la mesa y la miré de cerca. Me entraron náuseas; incluso me sentí sucio. El padre de Hania, junto a Gierek, dándose la mano, sonriéndose.

El secretario general del Partido posaba con un rostro pleno, satisfecho de sí mismo, observando al padre de Hania con aparente cariño. El mismo hombre que me había mirado desde innumerables pancartas y carteles durante los desfiles, el supuesto salvador del país. El que había ordenado la subida de los precios. Pensé en las tiendas vacías por todo el país, en *Pani* Kolecka, en el tiempo perdido en las colas para conseguir poco o nada, y luego en estas sonrisas, amplias y autocomplacientes. Me quedé boquiabierto. Quería tirar la foto al suelo, pisarla, sentir cómo se rompían el cristal y la madera bajo mi talón, oír cómo se desgarraba el papel, ver cómo se destruían sus sonrisas. Hice un gran esfuerzo para obligarme a dejar la foto y volver a nuestro cuarto. Me tumbé en la cama con los ojos abiertos. El plan de pedirle ayuda a Hania con mi doctorado me parecía ahora más obsceno que nunca y, sin embargo, me dije que tenía que hacerlo. «Solo por esta vez. Les pido solo esto y luego no vuelvo a tratar con ellos jamás». Cerré los ojos y el mundo empezó a girar a mi alrededor, y noté mi peso girar con él.

Cuando abrí los ojos, la habitación estaba a oscuras. Me encontraba aturdido de un modo agradable. Fuera había caído la noche. Oí risas en el piso de abajo y pasos en el pasillo. Abriste la puerta con una expresión de excitación que apenas reprimiste.

—Es la hora de cenar —dijiste mirándome—. ¿Vienes?

Asentí.

—Bajo en un minuto.

Me lavé la cara y me puse una camisa blanca limpia. Cuando bajé, vi que la fiesta ya había empezado. Sonaba un disco, y estabais todos en la cocina, con las copas de vino sobre la encimera, tú hablando con Maksio, y Agata y Hania encorvadas sobre una olla en el fuego. Había un fuerte olor a tierra en el aire.

—¿Qué hay de cena? —pregunté.

Maksio alzó la vista y sonrió con picardía.

—La pócima especial de Hania —respondió—. No llena demasiado, pero no vas a tener hambre. Hazme caso.

Agata soltó una risita y Hania le lanzó una mirada permisiva y se volvió hacia mí con una cuchara larga de madera en la mano. Llevaba un vestido violeta y un colgante de ámbar enorme.

—Es una sopa especial que hago de vez en cuando —me dijo con una

sonrisa traviesa—. Seguro que te gusta.

—Bueno, tenemos que aprovechar al máximo esta noche —intervino Maksio. Parecía irritado—. Que mañana vienen nuestros viejos.

—Mañana vienen nuestros *padres* —dijo Hania sin darse la vuelta—. Pero solo vienen a pasar una noche. No nos molestarán. —Cogió un recipiente grande de porcelana y sirvió la sopa. Tenía un color como de barro, oscuro e intenso—. Aunque *esto* no lo vamos a poder hacer. Así que… a comer.

Nos sentamos en la mesa con el cuenco en el centro. El olor a tierra de la sopa se alzaba con el vapor. Todos parecían expectantes y emocionados, incluso Agata.

—Pero ¿qué es? —pregunté.

Hania miró a su alrededor; todos sonreían ante mi pregunta.

—*Zupa* —respondió con un tono significativo—. Sopa de tallos de amapola. Verás tú qué viajecito.

Le brillaban los ojos negros. Tú estabas sentado a su lado y asentías con la cabeza para animarme. Hania me sirvió la primera taza y me la pasó desde el otro lado de la mesa. Todas las miradas estaban centradas en mí. Me llevé la taza a los labios y me la bebí entera, tragándomela como si fuera medicina. Quería disolverme con ella. Tenía un sabor amargo, marrón oscuro, implacable. Todos me sonrieron y me imitaron. Nos quedamos allí sentados, mirándonos. Hania me frotaba la mano desde su lado de la mesa y se reía. Tú también le cogiste la mano, y la de Maksio. Todos nos cogimos de las manos y formamos una cadena. Y unos instantes después —o tal vez mucho más tarde—, estábamos todos sentados en los sofás, despatarrados, alegres. Me sentía ingrávido y tenía la mente completamente en blanco. Era tan ligero que flotaba. Te vi sentado cerca de mí y lo único que sentí fue amor. Cerré los ojos y vi campos y flores y el lago, el lago de aquel verano, y estaba todo allí para mí, solo para mí, y me quise a mí mismo —a todo mi ser, a cada átomo— como nunca lo había hecho. Sonaba la música más preciosa que había escuchado en toda mi vida. Era Serge Gainsbourg, y cantaba en francés, pero entendí cada palabra. Transmitía mensajes que nunca me había imaginado siquiera. Y bailamos. Tú y yo, Hania y tú, ella y yo. Agata y Maksio. Todos juntos.

Hacía calor. Mucho calor. El fuego de la chimenea ardía, el calor nos envolvía y empezamos a desnudarnos, como en un sueño, en trance. Mirándonos los unos a los otros, como niños, sin la más mínima vergüenza. Una a una, las prendas fueron cayendo al suelo: vaqueros y faldas y camisas y blusas y calcetines y pantalones, hasta que todos estuvimos desnudos, sintiendo el aire en nuestros cuerpos blancos, la noche alrededor de nuestra piel pálida. Éramos un ejército de fantasmas eróticos. Todos hermosos. Hania y Agata, con sus triángulos oscuros entre los muslos y sus pechos como fruta demasiado madura; Agata más redonda y blanda que Hania, cuya piel era translúcida, blanca, cegadora, una Venus y una ninfa. Maksio, corpulento

como Sansón, un coloso, con un pene enorme, como el de un toro, y el pecho peludo y ancho como un tambor. Pero tú eras el más guapo de todos, con tu cuerpo de mármol que absorbía la luz de la luna.

Agata abrió la puerta del porche y salimos todos corriendo como niños en una noche de verano. No sentimos el frío, tan solo el abrazo del aire de la noche en la piel. Era como nadar, como sumergirse en el aire. Con los brazos extendidos para alcanzar la luna.

—¡Vamos a jugar al escondite! —gritó Hania. Cogió un paño de la mesa del jardín y le vendó los ojos a Maksio. Le dimos vueltas y vueltas, agarrándolo de la cintura y de las caderas, y su pene se balanceaba con los giros mientras le dábamos palmadas en el culo.

—¡Cuenta hasta treinta!

Corrimos hacia el jardín, hacia el bosque. Las chicas en una dirección, tú y yo en otra. La hierba y las ramitas nos hacían cosquillas en los pies.

—¡Ya te puedes quitar la venda! —oímos a Hania gritar desde lejos.

Tú y yo nos escondimos detrás de un árbol, en el linde del bosque. Nos apoyamos contra la corteza y empezamos a congelarnos, y entramos en calor rodeándonos con los brazos. Nuestros cuerpos se convirtieron en uno, perfecto en la noche, protegiéndose mutuamente del frío. Nos besamos. Eras mío. Me di cuenta en ese momento de que eso era lo único que importaba. Nada más había existido jamás. Solo nuestros labios y nuestras caderas y nuestros suspiros. Me adentré en otras galaxias a través de ti; tu boca era una escotilla hacia un universo mejor. Y entonces oímos el crujido de las ramas detrás de nosotros y allí estaba Maksio, de pie, desnudo, a un par de metros de distancia, mirándonos con la boca abierta. Con los ojos dilatados, inmóvil.

Noté el temblor de miedo que te recorrió el cuerpo. Intentaste decir algo, pero de repente Maksio empezó a reírse. Se reía a carcajadas, como un oso enloquecido. Parecía que iba a derribar el bosque con esa risa, a hacer que los pinos se desprendieran de sus agujas.

Se te iluminó el rostro de repente y tú también te reíste.

—¡Estábamos de broma! —gritaste, mirándolo concentrado—. Ludwik me ha retado. He perdido una apuesta.

Maksio dejó de reír y parpadeó mientras pasaba la mirada de uno a otro.

Las chicas salieron de detrás de los árboles.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Agata—. ¿De qué os estabais riendo?

Maksio se volvió hacia ellas y comenzó a alejarse.

—De nada —dijo—. Una alucinación. He ganado.

Mientras volvíamos hacia el porche, no podía mirarte; solo era capaz de mirar hacia el suelo, sin saber qué acababa de pasar. Tenía calor. Estaba ardiendo. En llamas. Entonces empezamos la siguiente ronda, y me tocó a mí vendarme los ojos. Reí y reí mientras me hacían girar, muy a mi pesar, y conté hasta treinta. Cuando abrí los ojos, tenía frío y estaba mareado y os

habíais escondido todos. Me adentré en el bosque y allí estaban Maksio y Agata, besándose en un claro. Les toqué el hombro. Levantaron la vista, sonrieron y siguieron abrazándose.

—¡Voy a encontrar a los otros dos! —grité, y seguí corriendo por el bosque, atravesando troncos caídos y pequeños valles.

Corrí hasta perderme, hasta que estuve seguro de que os había perdido. Intenté encontrar el camino de vuelta. El bosque se me empezó a echar encima, a pasar de mágico a amenazante. Parecía una pesadilla, y era consciente de que no me funcionaba la mente con claridad. Me detuve y traté de calmarme. En ese momento, un búho ululó por detrás de mí y me giré. Algo blanco brillaba tras un árbol, como una piedra luminiscente en el mar. Caminé rápido hacia allí. Me palpitaba el corazón por el éxito inminente. Y entonces vi los diferentes tonos de blanco: un blanco más oscuro sobre un blanco más claro; mármol mate sobre tiza. Dos cuerpos en el suelo del bosque, con las piernas entrelazadas. Me quedé allí de pie, observando cómo movíais los pies, con las plantas negras por la tierra y las hojas, retorciéndoos, luchando. Aquellas formas redondas, una encima de la otra, desprendían crueldad. Tú estabas sobre ella, con el pecho sobre el suyo, y ella tenía ojos cerrados, iluminados por la luz de la luna. Me di la vuelta y corrí. Corrí y empezó a temblarme todo el cuerpo, como un niño al que se le ha abierto el hielo bajo los pies y ha caído en un lago y ha conseguido salir arrastrándose a duras penas. Corrí y corrí hasta que se me entumeció todo el cuerpo y no sentía nada. Ni el frío ni los pulmones; solo el terror que me propulsaba. Tenía la sensación de que, si corría lo bastante rápido, todo aquello no sería cierto; que cuanto más corriera, más lejos estaría de lo que había visto.

Cuando llegué a la casa, Maksio y Agata estaban allí, mirándome como si fuera un fantasma, haciéndome preguntas que no oía. Solo veía cómo movían la boca. Creía que estaba a punto de asfixiarme, o de desmayarme. Era como si no hubiera respirado durante todo el tiempo que había estado corriendo, como si no hubiera respirado en años. Me quedé allí de pie, sintiendo que se me desinflaba la cabeza, que el aire se escapaba de mi cuerpo, y empecé a jadear como un caballo tras una carrera. Me agaché y me apoyé las manos en las rodillas, intentando no ahogarme en el vacío, el vacío de mí mismo. Pero se había roto algo en mi interior. De eso no había duda.

—¿Estás bien? —me preguntó Maksio.

Entonces me di cuenta de que ya se habían vestido. Nunca me había sentido tan desnudo en toda mi vida, tan vulnerable. Negué con la cabeza. Y, de repente, se apagaron las luces.

Recuerdo que aquella noche vomité convulsivamente. Sentí como si estuviera liberando algo, expulsando un monstruo. No recuerdo nada más,

aparte de la sensación de no tener control sobre mi cuerpo. Pensé que tal vez moriría esa noche. Y que no tenía ni la fuerza ni la cabeza para hacer algo al respecto. Que tenía que dejar que pasara, fuera lo que fuera. Y entonces, como algo pesado y húmedo que se adentra deslizándose en un agujero negro en el suelo, me quedé dormido de nuevo.

Cuando me desperté, no sabía quién era. Tuve la mente completamente en blanco durante un momento, un momento precioso. Hasta que los recuerdos se abalanzaron sobre mí. Estaba tumbado en la cama de nuestro cuarto, desnudo bajo las sábanas. Me ardían el estómago y la cabeza. Teníamos las cortinas echadas, y la luz tenue del sol brillaba por los bordes. Tú dormías en la otra cama. Movías el hombro casi de manera imperceptible y respirabas sin hacer ruido. Me levanté. Me encontraba en un cuerpo pesado y desconocido; sentía cada movimiento extraño, ajeno. Me puse algo de ropa y metí el resto de mis cosas en la mochila. No te moviste cuando salí del cuarto. Atravesé el pasillo silencioso, caminando sobre las alfombras orientales, y bajé a la sala de la chimenea. Hacía fresco. Me encontré con botellas vacías sobre las mesas. El olor desvaído de los cigarrillos. Y, en medio de la habitación, como una ofrenda extraña, un montículo formado por nuestra ropa. Fuera, en el porche, había una mancha como de haber encendido un fuego. Los pájaros —pequeños, gordos y con picos naranjas— revoloteaban excitados, picoteando algo entre la hierba cubierta de rocío. Un par de bragas. Blancas y de encaje, desechadas como la fantasía de alguien.

Salí por la puerta principal y la dejé abierta. Recorrí el camino de grava y atravesé el portón abierto del final del camino de los álamos. Solo con los árboles y el camino de tierra ya sentía que respiraba con más facilidad. El sol estaba aún saliendo e iluminaba el parque con una luz del color de la mantequilla. Y estaba tan contento de estar solo en aquel camino, tan infinitamente contento… Pero justo cuando estaba a punto de llegar a la carretera, vi una limusina negra con los cristales tintados acercándose a mí. Agaché la cabeza y aceleré el paso, esperando que no se detuviera, esperando que los padres de Hania —¿serían ellos?— no me interrogaran. El coche pasó sin detenerse ni reducir la velocidad, con la grava crujiendo bajo las ruedas enormes. Llegué a la carretera principal. Inspirando y espirando, me deleité en el vacío. Entonces sonó a lo lejos la campana de una iglesia y decidí buscarla. Seguí recorriendo el camino del bosque. Pasaron carros con familias tirados por caballos, mientras el sonido de la campana era cada vez más claro. Poco después apareció un pueblo y, con él, la iglesia. Era vieja, de madera, con una aguja casi negra. Había gente entrando en tropel, familias, ancianos y niños. Los seguí hasta la oscuridad del interior. Sonaba el órgano y una nube pesada y reconfortante de incienso flotaba en el aire.

Me rodeaban niños y jóvenes trajeados, algunos con el pelo alborotado, muchos con caras pesadas y anchas, quemadas y curtidas, ojos azules y gorras en las manos sostenidas por delante de la entrepierna. Cada vez que

entraba una mujer, alguna madre hacía que su hijo se levantara del banco, y el chico se ponía de pie junto a nosotros, los hombres, y dejaba pasar a la mujer. Nadie parecía fijarse en mí. Era invisible entre la multitud. El sacerdote subió al púlpito con sus vestiduras blancas y moradas y saludó a los feligreses. Entonces el órgano volvió a sonar y todos empezaron a cantar. Las notas se movían lentamente por el espacio y a través de la multitud, se elevaban, nos unificaban, pasaban por el cuerpo único que formábamos todos y ascendían hasta las ventanas lóbregas y el techo oscuro. Se me acumularon las lágrimas en los ojos, liberándose. Me uní al canto.

Capítulo 7

El invierno llegó pronto aquel año. Cada semana nos arrastraba un poco más hacia su melancolía; cada día era más corto que el anterior, como si se acabara el tiempo. Lo que más me sorprendió fue lo tranquilo que estaba. Puede que fuera por las drogas. Puede que siguiera en otra dimensión a causa de ellas, con una sabiduría preternatural. O puede que estuviera en estado de *shock*. O de negación. Puede que se tratara de algo demasiado grande como para entenderlo. O puede que aún no significara nada. Había momentos en los que quería tumbarme en el suelo y sentir el asfalto de la calle contra el rostro. Solo tumbarme, parar. Sentir un peso sobre mí, sentir que se me rompían los huesos, sentir que me dejaba llevar por el sueño, para siempre. Pero lo alejé todo de mí.

Entre todo ese caos de mi mente, supe que no podía seguir viviendo como hasta entonces. Supe que tenía que marcharme. Intenté centrarme solo en eso. Y entonces, una mañana sumamente gris y fría, fui a la Oficina de Expedición de Pasaportes. Era un edificio alto y marrón, en una calle secundaria del centro de la ciudad, no muy lejos del Museo Nacional, donde habían tenido lugar las huelgas. Entré con las manos temblando, apartando los recuerdos de la noche en que había soltado los panfletos y con una historia armada en la cabeza. Me senté en el recibidor frío para rellenar los formularios, prestándole una atención inusual a mi caligrafía, y, como cada vez que tenía que proporcionar datos oficiales sobre mi vida, me sentí como si estuviera mintiendo. El formulario me preguntaba adónde iba, cuánto tiempo iba a estar allí y el motivo del viaje, y me ceñí a mi historia.

Estuve sentado en el banco incómodo de madera de aquel recibidor sombrío y lúgubre durante lo que me parecieron días, sujetando un trozo de papel con un número, esperando a que llegara mi turno.

Mientras estaba allí sentado, intenté no llorar. Quería dejar de existir. Quería no ser. Mientras estaba allí sentado, intenté no pensar en ti y en mí juntos. Intenté no pensar en nosotros, bajo las sábanas de tu cama. Intenté no pensar en tus brazos ni en tus manos ni en tus ojos. Intenté no pensar en todo lo que había imaginado que haríamos juntos: volver a nuestro lago el próximo verano, irnos a vivir juntos algún día. Intenté no pensar en Hania ni

en tus dedos sobre su vestido de lentejuelas. Intenté no pensar en Maksio ni en sus ojos cuando nos vio en el bosque. Intenté no pensar en mi abuela ni en el profesor Mielewicz.

Intenté imaginarme cómo sería mi vida en el futuro, más o menos en un año. No veía nada. No veía nada porque todo lo que no fuera ese instante —no, ni siquiera eso— me superaba. Empecé a sacudir las piernas y los pies, aunque solo fuera para sentir algo. Y entonces la Oficina cerró antes de que llegara mi turno. Me marché de allí con las manos vacías, salvo por un trozo de papel endeble con un número escrito a mano que se había emborronado por haberlo sujetado durante demasiado tiempo.

Me fui a casa. Ya me acostumbraría, me dijo *Pani* Kolecka. Preparó una cena parca, trigo sarraceno con pepinos encurtidos y puré de remolacha, y nos la comimos con la ventana abierta, dejando que entrara el frío y nos estremeciera, oyendo el sonido de los coches de las calles.

—Hacemos colas por una posibilidad: puede que sirva para algo o puede que no —me dijo con una de sus sonrisas tristes y tiernas—. Pero algún día se acabará, cariño. Hasta la cola más larga termina disolviéndose al final.

Al día siguiente volví a la Oficina de Expedición. Me senté y esperé entre hileras de jóvenes, ancianos y personas con una edad indescifrable, todos en silencio, aletargados, leyendo, tejiendo o jugueteando con la ropa con una lentitud resignada y antinatural, mientras avanzaban las agujas de un reloj enorme y, de tanto en tanto, una voz quejumbrosa iba llamándonos en alto por nuestros números. Me dolía el cuerpo de estar sentado en el banco. Tenía hambre. Pero, sorprendentemente, estaba tranquilo. Creo que esa calma seguía siendo una especie de conmoción. Si me hubiera dejado llevar, todo aquello me habría superado. El miedo, el terror de una vida solitaria, siempre estaba ahí, como un abismo que se aferraba a mí, que crecía y esperaba a devorarme. A día de hoy, aún siento los temblores de ese miedo, cuyos ecos han quedado anclados con firmeza bajo las yemas de mis dedos y en ese pequeño espacio ingrávido de la parte inferior del abdomen, a tan solo unos pocos centímetros de la entrepierna.

Al final del día llegó mi turno. Recorrí el pasillo mientras resonaba el eco de mis pasos sobre el suelo de piedra. Llamé a la puerta con el pulso golpeándome en los oídos. Obedecí a la voz que me dijo «Pase».

El despacho era estrecho, largo y lúgubre. Tuve que dar media docena de pasos para llegar al escritorio y forzar la vista para ver a un hombre iluminado por el pequeño haz de una lámpara: un hombre calvo con unas gafas de montura negra.

—Siéntese —me dijo con un tono formal pero no hostil—. Deme un segundo para que termine con esto.

Me senté en la silla que tenía frente a él. Estaba inclinado sobre unas carpetas, abstraído en su contenido. Tenía el escritorio cubierto de montones de ellas y de pilas de papel bien ordenadas. Tan solo se oía el tictac lento y

desganado de un reloj.

—Bueno —me dijo el hombre mirándome.

Parecía algo cansado; se le veían las ojeras tras las gafas. Abrió otra carpeta que supuse que contenía mi expediente. Leyó por encima, moviendo los ojos con rapidez, y su expresión se fue endureciendo con cada segundo que pasaba. Creí que me haría preguntas sobre mi viaje. Tenía la historia preparada: iba a ir a visitar a un tío por Navidad y estaría de vuelta en enero. Esperaba que me preguntase por qué nunca antes había ido a visitar a mi familia, cómo era posible que pudiera pagarme el viaje y cómo podían asegurarse de que no estaba desertando. Creí que me asaltaría con uno de los sermones habituales sobre los peligros del mundo capitalista, los enemigos del socialismo, y sobre que no debía hablar con extranjeros de política, salvo para alabar el progreso y el éxito de la Polonia socialista. Es lo que la gente decía que ocurría siempre. Pero nada de eso sucedió. En su lugar, dejó la carpeta durante un instante y me miró con una expresión que era incapaz de descifrar.

—Sabemos quién es usted, ciudadano —me dijo con la mirada cargada de expectación—. Lo sabemos todo sobre usted.

No podía respirar. La noche de los panfletos, las ventanas, los rostros alzados que me miraban. ¿Quién se lo había contado? ¿Me habían estado siguiendo todo el tiempo? No podía emitir ningún sonido. El hombre parecía satisfecho.

—Sabemos que es un desviado y un pederasta —pronunció las palabras con frialdad, juzgándome con indiferencia, del mismo modo en que me imaginaba que habría pronunciado la palabra «traición».

Cualquier sentimiento que albergara en mi cuerpo me abandonó, como si mis células estuviesen huyendo. Fue como si alguien me hubiera lanzado a un vórtice en el que no había ni arriba ni abajo ni nada a lo que aferrarme. Nadie me había dicho nunca nada parecido. Fue como si me arrancaran una parte privada de mí, una parte completamente tácita pero esencial. No podía decir nada. Pensé que quizás estuviera marcándose un farol, que tal vez aún podría arreglármelas para librarme de aquello. Pero era incapaz de pensar; no se me ocurría ninguna estratagema. Estaba atrapado en las fauces de algo con demasiado poder, algo que me paralizaba desde dentro. Se le dibujó una expresión de satisfacción en el rostro, un rostro que podía haber sido el de cualquiera, un rostro común y corriente.

—No sé de qué me está hablando —respondí, sabiendo que era imposible que me saliera con la mía.

Ni se inmutó. Volvió a mirar la carpeta.

—¿Le dice algo el nombre de Marian Zalewski?

Negué con la cabeza. No mentía.

Con la mirada fija en la carpeta, prosiguió:

—Zalewski fue arrestado en el parque Staromiejski, en Breslavia, hace

más de tres años. El 23 de abril de 1977. Practicando sodomía con otro ciudadano. —Volvió a mirarme—. Se mostró obediente y nos dio los nombres de otros como él. Todos los nombres que se sabía. Lo hizo en una declaración que él mismo firmó. Uno de esos nombres era el suyo.

Sacó algo de la carpeta y me lo tendió. Era una fotografía tamaño carné. Mostraba la cara de un anciano que no había visto en toda mi vida mirando directamente hacia la cámara. Tenía el rostro hundido, marcado de arrugas profundas. Seco, como sin vida. Y entonces, de repente, lo reconocí: era el hombre del banco del parque al que había conocido la noche en que me había escapado de casa. El hombre que me había contado la historia de su vida, el hombre cuya boca había logrado aliviar mi ansiedad durante una noche, el hombre al que le había dicho mi nombre. En vez de rabia, lo que me invadió fue una especie de ternura. Parecía tan triste en aquella foto, tan desamparado. La ira despertó en mí en su nombre. Imaginé cómo lo habrían sacado a rastras del parque, cómo lo habrían metido en un furgón policial; me lo imaginé sentado en un sótano, imaginé cómo le daban una paliza, cómo le chantajeaban, cómo le hacían firmar esa declaración que yacía ahora bien ordenada frente al funcionario.

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi pasaporte? —pregunté impaciente —. ¿Me lo va a dar o no?

Dejó la carpeta despacio y cruzó las manos sobre ella, manteniendo la calma.

—Eso depende totalmente de usted. De usted y de su sentido común. — Cerró mi carpeta, apoyó los codos en ella y me miró con los ojos entrecerrados, con unas pupilas tan pequeñas e intensas que parecían las cabezas de unos clavos—. Si quiere su pasaporte, tendrá que hacer lo mismo que hizo el camarada Marian: darnos nombres. Y fechas. Y circunstancias.

Sacó una hoja en blanco de un cajón de su escritorio y la empujó hacia mí desde el otro lado de la mesa.

—Escriba.

Al principio tan solo había un vacío. Los pensamientos atravesaban volando el espacio, intentando prender. Un cielo listo para los fuegos artificiales, un escenario despejado para las decisiones. Pero ¿de dónde vienen las decisiones?

Os vi a ti y a Hania colgados el uno del otro, bailando, sin saber que yo estaba al otro lado de la ventana. Empezó a arderme el estómago, a segregar dolor como si fueran puntas de flechas, y os vi a los dos, como una criatura de cuatro patas que luchaba sobre el lecho del bosque. Comiéndose a sí misma. Consciente solo de sí misma. Al mismo tiempo empecé a oír tus súplicas de confianza, tus súplicas de paciencia. El fuego de mi estómago se extendió. El dolor me alcanzó la espalda. Se me agitaron los ojos y se me humedecieron. El hombre seguía ahí, mirándome. Y también el folio.

Sentí que se detenía el tiempo. Un instante dividido en sus partes más

diminutas, extendidas hasta llegar a ser tan delgadas que amenazaban con romperse. Cuando me imaginé a mí mismo cogiendo el folio en blanco y buscando un bolígrafo, cuando me imaginé la posibilidad de hacerlo, de escribir tu nombre, mi brazo se negó a moverse. No lo sentía. No sentía el fuego en mi interior, no sentía ningún dolor. Tenía el cuerpo entumecido.

No sé qué se apoderó de mí en ese momento, en el vacío del instante siguiente. Supongo que no fue nada definido, sino más bien un murmullo difuso, la voz de un animal, un instinto. Presté atención a lo que me decía, o a lo que pude discernir. Sabía que decía la verdad. Abrí la boca. Sentí el cuerpo pesado, ridículo, como si llevara dos abrigos de piel al mismo tiempo.

—No —le dije al hombre de rostro pétreo—. No tengo ningún nombre que darle.

No fue fácil; él se había propuesto conseguir lo que le pertenecía. Pero yo sabía cómo resistir, sabía que debía tomarme sus amenazas cada vez más exageradas como un símbolo de progreso. Lo ignoré cuando me dijo que nunca saldría del país y que nunca encontraría trabajo si no obedecía. Lo ignoré cuando se puso violento, me llamó pervertido y me dijo que era un puto enfermo. Para mi sorpresa, fui incapaz de aceptar la vergüenza que ese hombre quería que sintiera. Me resultaba demasiado familiar como para que alguien pudiera imponérmela: yo mismo la había producido durante tanto tiempo que, en ese momento, me di cuenta de que ya no me quedaba espacio para ella. En su lugar, empleé la verdad. Le dije que la semana anterior me habían drogado y que tenía la mente confusa, que el pasado era un borrón. No sé si me creyó. Pero, al final —no sé por qué—, me dijo que me daba dos días. Dos días para que me acordara de los nombres. Antes de dejarme ir, colocó las manos sobre el escritorio y me dijo, con una voz comedida y tan afilada como un bisturí, que me arrepentiría durante el resto de mi vida si no volvía. Asentí y salí de allí, incapaz de sentir nada. Fuera, había caído la noche. Respiré el aire frío del invierno. Sabía adónde tenía que ir.

El tranvía cruzó el puente retumbando. Los árboles de las riberas del río estaban desnudos; las hojas habían caído al agua y la corriente las había arrastrado. La Madonna del patio estaba cubierta de una capa de escarcha y los gladiolos amarillos habían desaparecido. Cada uno de los pasos que di para subir la escalera supuso un esfuerzo. Creí que cada crujido te alertaría de mi presencia. No había niños jugando ni gente fuera de las casas; estaba solo sobre el antiguo suelo de madera oscura. Llamé a tu puerta. Mi cuerpo no era más que un cascarón vacío. Me latía el corazón como si acabara de trepar los Tatras. Ni siquiera estaba seguro de por qué había venido.

Abriste la puerta y un estremecimiento te atravesó el rostro. Como si no supiera qué expresar. En ese momento no mostraba nada salvo una fuerza cargada de determinación. Me miraste. Yo miré hacia atrás, tratando de

evaluar el momento, sintiéndome fuera de control. Mirándome desde arriba, parecías mucho más alto.

Creí que nos quedaríamos así para siempre. Me creía demasiado orgulloso como para ser yo quien empezara a hablar, que no te suplicaría nada, que no tenía motivos para compadecerme de ti. Pero, al mirarte, sentí ternura, a pesar de esa nueva rigidez tuya, o puede que debido a ella. Me dolía verte así, me dolía que no pasara nada entre nosotros. Vi algo en tus ojos, una oportunidad.

—¿No vas a dejarme pasar? —dije.

Te hiciste a un lado para que pudiera entrar.

Nunca había hecho tanto frío en tu habitación. El calefactor —un artilugio de tuberías blancas unidas colocado junto a la puerta— repiqueteaba como si hubiera un enano atrapado dentro dando golpes con un palo. Me alegré de llevar puesto el abrigo. Me di cuenta de que llevabas un jersey gordo y una bufanda. Cerraste la puerta detrás de mí.

—Así que has venido. —Sonó más como si hablaras contigo mismo que conmigo. Te quedaste de pie junto a la puerta y me miraste; en cierto modo, parecías desamparado en medio de la habitación—. Siéntate.

El único sitio donde podía sentarme era la cama. Estaba hecha con esmero y cubierta con varias mantas. En el escritorio, junto a la ventana, tenías varios libros abiertos al lado de un bloc de notas. Me senté en el borde de la cama y sentí las mantas debajo de mí; sentí un vacío donde antes había seguridad. Tú te quedaste en la puerta, mirándome con los brazos cruzados.

—¿Por qué saliste corriendo? —En tu voz había reproche y un deje de dolor.

La pregunta me pilló por sorpresa. Pensé que hablaríamos de cualquier tema sin importancia, que daríamos rodeos en lugar de decir lo que sentíamos en realidad. Tragué saliva y busqué algo sincero y que mereciera la pena expresar con palabras.

—Todo aquello me estaba superando —dije sin poder mirarte—. Y… — No me creía capaz de decirlo. Continuar era como saltar a través de las llamas.

Me miraste directo a los ojos.

—¿El qué?

Vacilé durante un momento. Y en esa vacilación surgió el resentimiento.

—Esa noche. Cuando Maksio nos vio. Lo que le dijiste. Y luego os vi. En el bosque. A ti y a Hania.

Cerré los ojos, exhausto. No quería ver tu reacción. Pero alcé la mirada de todos modos. Volvías a tener el rostro rígido, de un modo distinto. La mandíbula tensa, los ojos clavados en el suelo, escondiéndose de mí. De repente me sentí atrapado, y el deseo de salir corriendo se apoderó de mí. Levantaste la cabeza y me miraste con los ojos tristes, resplandecientes.

—Estábamos todos colocados, Ludzio. No esperaba que nos vieras. No

significó nada. Fue un juego. Algo inocente.

Me miraste esperando una reacción. «Esto nunca ha sido un juego —pensé—, y tampoco ha sido nunca inocente». Pero no conseguía decirlo. Parecía que habíamos entrado en un terreno en el que las palabras habían perdido su significado. Tan solo te miré, te vi dudar y endurecerte de nuevo ante mi silencio.

—Podrías haber dicho algo antes de marcharte —me reprochaste—. Podríamos haber hablado del tema. Ni siquiera me diste la oportunidad de explicártelo. Y ahora la has fastidiado. Con ella. ¿Sabes que estábamos preocupados? ¿Que creíamos que podías haberte metido en el bosque y que necesitabas ayuda? —Parecías dolido de verdad, y durante un instante me sentí culpable—. Menos mal que sus padres nos dijeron que te habían visto. Se pensaron que estabas loco, claro. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Eh?

Creo que, por primera vez, te miré con pena.

—Todo eso ya ha quedado atrás —dije tranquilo—. Me marcho.

Aquellas palabras fueron como un conjuro; acabaron con todo lo que habíamos dicho hasta entonces. El miedo te alcanzó el rostro e hizo que tus ojos buscaran alguna señal en los míos.

—¿Adónde? —me preguntaste casi sin poder creértelo.

—A Estados Unidos.

La comprensión se extendió como el agua sobre el papel. Tu boca derrotada, tus ojos huidizos. Odiaba verte así.

—¿Te han concedido el pasaporte? —me preguntaste con calma, sin ningún tipo de entonación. Me quedé quieto.

—Todavía no.

Asentiste mirando hacia el suelo y luego hacia la ventana. Quería que dijeras algo más. Sentía que me había quedado sin armas que usar. Te acercaste a la ventana sin mirarme. Respirabas con pesadez.

—¿No vas a venir conmigo? —pregunté, y me sentí estúpido en cuanto lo hice.

Te reíste: una carcajada rápida, corta, sin que la acompañaran tus ojos, que me miraban con amargura.

—¿Por qué tienes que marcharte? —me dijiste girándote hacia mí—. Estábamos a punto de conseguir lo que queríamos.

Te estudié, respiré hondo, cerré los ojos durante un instante y volví a abrirlos.

—No es verdad, Janusz. Eso es lo que tú creías. ¿No te das cuenta de lo nos está haciendo todo esto? Es humillante.

Me devolviste la mirada fija.

—¿Más humillante que vivir como ratas en un ático congelado? ¿Más humillante que trabajar toda tu vida para no obtener nada a cambio? Creía que querías una vida mejor que esa.

—Y la quiero —respondí sintiendo frío—. La quiero.

Te sentaste frente al escritorio, dándole la espalda a la ventana, y dejaste caer la cabeza sobre las manos. Y sentí ternura, una posibilidad. Me levanté, me acerqué a ti y te puse la mano en el hombro. Sentía la tensión de tus músculos bajo la lana.

—Ven conmigo —te susurré—. Aún no es demasiado tarde. Podríamos irnos sin que nadie lo supiera, cruzar las montañas hasta Checoslovaquia y luego seguir hasta Austria. Allí no nos conocería nadie.

—No tendríamos nada —insististe desde debajo de las manos—. No conocemos el idioma. Estaríamos perdidos.

—Seríamos libres.

Llenábamos toda la habitación con las nubes que formaban nuestras palabras al unirse y con la niebla de nuestros pensamientos. Aparté la mano de tu hombro.

—Acuérdate de *La habitación de Giovanni* —dije mientras la trama regresaba a mí a través de la niebla—. Acuérdate de que David deja a Giovanni por miedo. No debemos dejarnos llevar por el miedo.

Te apartaste las manos del rostro encendido y no me miraste a mí, sino a través de mí.

—Todo esto me supera. —Sonabas cansado—. No puedo hacerlo, Ludzio. No puedo. Me estás pidiendo demasiado.

—¿Es por Hania? —La cabeza me daba vueltas por el miedo.

No respondiste. Bajaste la mirada, aún con el rostro encendido, y no te moviste.

—No es tan fácil —dijiste al fin, y, de algún modo, te creí.

—Acuérdate de cómo se siente David después de tomar su decisión —dije notando cómo se me cerraba la garganta—. Se arrepiente.

—¡Deja de compararnos con ese libro! —Tu voz se estrelló contra las paredes. Tenías el rostro desfigurado, arrugado; apenas lo reconocía—. ¡*Tú* eres el que quiere salir corriendo! ¡*Tú* eres el que está obligándome! No puedes obligar a la gente a que te quiera como tú quieres que te quieran.

Sentí que la vida me abandonaba, como si me hubieran desenchufado. Me senté en la cama.

—No estoy hecho para eso, Ludwik —lo dijiste como si fuera una disculpa—. Este es mi sitio. Y, de un modo u otro, conseguiré lo que quiero. —Te levantaste del escritorio y te acercaste a mí con una confianza renovada —. He conocido a los padres de Hania. Y le he caído bien a su padre. Me va a ayudar a ascender. Estoy seguro. —Había esperanza en tu voz. Sonabas casi como si quisieras que estuviera orgulloso de ti. No dije nada. Estabas a solo un metro de mí; podría haberte tocado si hubiera querido—. Y puede que tampoco sea demasiado tarde para ti —proseguiste—. A lo mejor podemos hablar con Hania. A lo mejor Maksio nunca menciona lo que vio, y…

Me levanté.

—Tengo que irme —dije sabiendo que era verdad.

Tu rostro, tus extremidades… Era como si todo tu ser estuviera intentando mantenerse de una sola pieza y casi temblara por el esfuerzo que le suponía. No soportaba verlo. Aparté la mirada y me dirigí hacia la puerta como un ladrón que se retiraba. Me detuve en seco cuando pronunciaste mi nombre.

Sonó como una apelación, como un derecho arrebatado y recurrido. Dejé la mano en el pomo de la puerta, dándote la espalda, con el corazón palpitándome en las sienes. Noté cómo vibraba la palabra en el aire. Mi nombre, reclamándome. Me agarró por los hombros e intentó retenerme. Con un sobresalto, abrí de golpe la puerta y bajé corriendo por las escaleras oscuras.

La noche se había vuelto más fría. La calle estaba vacía. La luz de las farolas era tenue y los insultos de hombres y mujeres borrachos a los que no veía atravesaban el aire. Sabía que no me seguirías, y gran parte de mí no quería que lo hicieras. No sé muy bien por qué, pero empecé a correr, impulsado por una especie de pánico eufórico. Corrí tan rápido como pude por las aceras heladas, junto a edificios maltrechos y a través de una plaza vacía. Corrí sin parar, con el frío perforándome los pulmones, sintiendo cómo se adentraba y se escapaba de mi cabeza. Crucé el laberinto de calles empedradas, pasé junto a la cúpula resplandeciente de la iglesia ortodoxa y fui directo hacia el puente. Corrí hasta que sentí que volvía a mi cuerpo, hasta que me empezaron a pesar las piernas, hasta que el dolor comenzó a ser punzante y me quedé sin opciones, sin aliento. Cuando me detuve, estaba de pie en el puente, aferrándome a una barandilla, inclinado como una L invertida. Tome unas bocanadas de aire profundas, calientes y rasposas. Me daba vueltas la cabeza. Cerré los ojos. Me aferré con más fuerza aún a la barandilla. Hasta que caí de rodillas y lloré de dolor y sentí el asfalto frío y duro contra mí.

Más tarde, cuando se me pasó el mareo, cuando los temblores disminuyeron y el frío del suelo me hubo calado hasta los huesos y supe que no me salvaría, que tal vez nada pudiera salvarme, abrí los ojos y me levanté. La ciudad se extendía ante mí, alejada del río y tranquila de un modo extraño. Las casas del casco antiguo encaramadas en la colina, la aguja afilada del palacio a la izquierda, los *blokowiskos* visibles por detrás. En la oscuridad de la noche, todo parecía casi irreal.

En retrospectiva, me sorprende que no me tirara por el puente. Estaba aterrorizado: no veía forma de escapar. Pero supongo que, en ese momento, sumido en la desesperación, volví a sentir el instinto removiéndose en mi interior, el murmullo de esa voz. Me sacudí la suciedad de la ropa y volví a

casa con una fiebre cada vez más alta. De algún modo, supe que se me ocurriría algo, y ese era un pacto con el que podía intentar vivir.

Aquella noche, acosado por los sofocos y los sueños frenéticos, salí de la cama y me quedé junto a la ventana de mi diminuto cuarto. Fuera, la ciudad era un fantasma lleno de árboles comatosos. Durante un segundo pensé en ti, en tu habitación, pronunciando mi nombre mientras me marchaba. Pensé en todas las veces que habías mentido para intentar quedar bien con ella y conmigo. Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. Supe, sin tener que pensármelo dos veces, que no había otra forma.

A la mañana siguiente salí temprano. Desde el mismo sitio en el que nos habíamos encontrado aquella noche, recorrí la avenida junto a los jardines de Łazienki, con sus árboles y arbustos desprovistos de hojas, desnudos. ¿Cómo estarían mis ciervos? Encontré la callejuela en la que se encontraba la enorme *kamienica* y pulsé el botón del telefonillo.

—¿Sí? —Su voz sonó clara e inmaculada.

—Soy Ludwik —respondí.

—Ah. —Había sorpresa en su voz, e hizo una pequeña pausa—. Sube.

Cogí el ascensor y contemplé mi rostro abrumado en el espejo. Parecía que había pasado una vida entera desde la última vez que había estado allí contigo.

La puerta del piso estaba abierta cuando salí del ascensor. Hania estaba allí, con una sonrisa conciliadora que me resultó dolorosa. Llevaba un jersey, una falda larga roja y unos calcetines gordos. Nos dimos un beso en la mejilla.

—Me alegro de verte —me dijo con dulzura, y, como cada vez que me lo decía, volví a creerla.

Apenas pude reunir las fuerzas para entrar. El piso parecía más iluminado y grande de lo que recordaba. Fuimos hasta el salón majestuoso en el que habíamos celebrado la fiesta, inundado ahora por la luz del invierno. Me hizo sentarme en un sofá blanco.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Zumo de pomelo? —Frunció el ceño, puede que porque sintiera mi nerviosismo—. ¿Un poco de brandi?

Negué con la cabeza.

Se sentó, con la falda larga cayéndole desde el sofá hasta la alfombra.

—Tengo que disculparme —me dijo mirándome con arrepentimiento—. Por la noche del campo. Siento que la *zupa* fuera tan fuerte. Me siento fatal por todo lo que pasó. Se nos fue de las manos, y fue culpa mía.

Parecía avergonzada.

—No pasa nada —le dije aliviado—. No lo sabías. Perdona por haberme marchado sin avisar.

Intenté sonreír. Ella asintió, como si me comprendiera.

Nos quedamos en silencio durante un instante en el que sentí que se me aceleraba el pulso.

—He venido para pedirte un favor —me oí decir. No podía mirarla, así que me miré los dedos entrelazados, tan apretados que se me habían empezado a poner rojos y blancos—. Estoy metido en un lío. Necesito ayuda.

Abrió los ojos y asintió, como si me dijera «Dime».

Le conté lo del hombre de la Oficina de Expedición. Me salían las palabras con más facilidad que antes. Las escogí con mucho cuidado. Le dije que quería irme para ver a mi tío, y que me estaban reteniendo el pasaporte, chantajeándome, pero no entré en detalles. Evité la pregunta todo el tiempo que pude, lo cual fue absurdo, y ella me dejó seguir. La luz se reflejaba en el parqué haciendo que la superficie pareciera pulida y perfecta como la de una pista de patinaje sobre hielo. Hania me miró con preocupación y comprensión durante todo el tiempo y, para mi sorpresa, por mucho que me pesara, y pese a los sentimientos de dolor, venganza y humillación que albergaba por tener que pedírselo a ella, justo a ella, sentí una oleada de amor por que me escuchara con dulzura y amabilidad. Por el hecho de que desconociera todo lo que había sucedido entre tú y yo. Y por la inocencia que veía en mí. Cuando terminé de hablar, me puso la mano en el hombro, una mano que apenas pesaba, y me dijo:

—Hablaré con mi padre.

Le di las gracias, pero vi en su rostro algo que aún la atormentaba. Se giró hacia los grandes ventanales, hacia el sol blanco del invierno. Entonces levantó las piernas del suelo y las encogió, abrazándoselas junto a la falda.

—Necesito saber una cosa —dijo despacio, incómoda—. ¿Con qué te están chantajeando? Me puede ayudar a saber cómo enfocar mejor la situación.

Intenté concentrarme en mi respiración. Sentí que me caía. No podía.

—¿Ludwik?

—Saben que soy… —No podía mirarla a los ojos, no podía decírselo. Nunca se lo había dicho a nadie. Ni siquiera a mí mismo. Era como saltar por encima de un muro de cinco metros.

—Dímelo —me dijo con delicadeza mientras volvía a colocarme esa mano ligera sobre el hombro—. Venga. No tengas miedo.

Estuve a punto de derrumbarme. Retomé las palabras, como si se hubieran caído al suelo. Las recogí, las alcé e intenté hacerlas pasar a través del umbral, como si se tratara de algo tan pesado que podía aplastarme.

—Soy… —lo intenté y fallé bajo su mirada.

Era la misma sensación, esa misma atracción hacia un lado y hacia otro que se siente cuando se está en el borde de un trampolín.

—Soy… —Casi conseguí mantener la voz firme—. Soy homosexual.

El mundo no se derrumbó. Hania mantuvo la expresión relajada. La luz blanca del invierno seguía llenando la habitación como si estuviéramos en

una iglesia, iluminándonos a nosotros y al suelo. Mi corazón bombeaba sangre por todo mi cuerpo —acelerado pero inmóvil—, y un escalofrío recorrió todo mi ser y sentí como si hubiera expulsado algo muerto y pesado que había estado dentro de mí, como si hubiera estado cargando todo el tiempo con un fantasma de plomo. Estaba mareado. Intenté añadir algo, pero no había nada que decir. Me abrazó y yo dejé que me envolviera en sus brazos suaves, contra su jersey, amortiguado por sus pechos delicados bajo la tela.

—No pasa nada —me susurró—. Lo entiendo. —Me acarició el pelo—. Está todo bien. No te preocupes. Estarás bien. Está todo bien.

Aunque hubiera querido, no habría sido capaz de contener las lágrimas. Brotaban solas, como una fuerza independiente, agentes de alivio y consuelo que me inundaban la cara y me vaciaban la mente. Nos quedamos en esa postura, abrazados bajo la luz intensa, durante un tiempo inconmensurable. Cuando me recompuse, salió de la habitación y volvió unos segundos después con un pañuelo.

Me limpié la cara y le di las gracias.

Se quedó de pie, mirándome desde arriba.

—Lo quieres, ¿verdad?

Lo dijo con calma, neutral, casi como si no fuera una pregunta.

Cerré los ojos para decir «Sí» y la miré y vi que lo comprendía. Una sombra le cruzó el rostro, un atisbo de duda. El momento que había sabido que llegaría. Se quedó muy quieta y me miró con atención, inspeccionándome en busca de una confirmación, suplicándome con la mirada.

—Janusz y tú… —empezó a decir, pero la corté.

—Él no lo sabe —dije metiéndome la bola mojada en la que se había convertido el pañuelo en el bolsillo, intentando no temblar y que no me fallara la voz—. No le digas nada.

Asintió y sus miedos se desvanecieron.

—Por supuesto que no —me dijo tratando de ocultar su alivio—. No lo haré.

Volvió a ofrecerme brandi y me preguntó si quería comer algo. Negué con la cabeza y le di las gracias. Había llegado la hora de marcharme.

Me acompañó hasta la puerta y me dio un abrazo.

—Voy a llamar a mi padre —me dijo, y me aseguró que harían todo lo que estuviera en su mano.

—Gracias —repetí.

Me dio un abrazo aún más largo que el anterior.

—Vuelve pronto. —De nuevo, sonó como si lo dijera en serio.

—Lo haré —respondí, y estuve a punto de creérmelo.

§

Esta mañana me he despertado y he oído el zumbido del tráfico y el sonido de las bocinas de los barcos que pasaban cerca de allí. Me he levantado, he cogido el abrigo y he salido a la calle. La nieve que cubría las aceras era fina y resplandecía bajo la luz del sol como cristal triturado. Es domingo, y la gente ha salido a pasear con sus familias. Las miré a todas. Es un impulso que no puedo controlar, mirar a todo aquel con el que me cruzo con la esperanza de reconocer algún rostro entre la multitud, añorando algo que me resulte familiar.

Me dirigí hacia el agua, más allá de los adosados de arenisca con sus anchas escaleras sólidas que conducían hacia los ángeles, las estrellas y los papanoeles de las ventanas; más allá de los adornos, de la exuberancia.

Esta semana han enterrado a los mineros. En la tele ni siquiera lo han mencionado; fue Jarek quien me lo dijo. Se lo habían dicho quienes seguían en Polonia. Por lo visto, cientos de fuerzas de seguridad estaban allí para evitar disturbios; una procesión funeraria de hombres con cascos, en honor a aquellos que habían sido asesinados por hombres con cascos. Sentí más tristeza que ira. Tal vez porque el año estaba a punto de acabar. Llega un momento en el que ya no puedes producir más odio, en el que ya no puedes albergar más resentimiento.

Ayer volví a intentar llamar a mi abuela y sucedió lo impensable: se estableció la llamada. Alguien descolgó el auricular.

—¿Diga? —No me podía creer la suerte que había tenido; era como si hubiera lanzado una cuerda a través del océano y mi abuela hubiera conseguido agarrarla.

—¿Cómo estás? —pregunté una y otra vez, apretando el auricular hasta que se me cubrieron las palmas de sudor.

Tenía la misma voz de siempre. Insistió en que estaba bien. Que tenía suficiente comida. Que se pasaba casi todo el tiempo dentro de casa. Intentaba no leer las noticias ni escuchar lo que decían los vecinos. Por supuesto, yo sabía que la línea estaba pinchada, que en alguna parte, en alguna sala de comunicaciones desangelada y repleta de gente, alguien nos escuchaba, y que mi abuela se esforzaba por no decir nada inapropiado.

—¿Y tú, Ludzio?

—Estoy bien —respondí rápido. Luego le dije que estaba pensando en volver a casa. Que…

—No —me interrumpió con urgencia en la voz—. Aquí no queda nada. Que sufras tú también no nos va a ayudar.

—Abuela… —intenté que no se autoinculpara, pero volvió a interrumpirme.

—Quédate donde estás —me dijo—. Al menos eso me da esperanza. Y ahora cuelga, cielo —añadió—. Esta llamada debe de estar costándote una fortuna.

Colgué el auricular y enterré la cabeza en las manos.

Una parte de mí aún quería volver. Aunque supiera que, una vez estuviera allí, nunca me dejarían marcharme de nuevo. Aunque supiera que era una estupidez, que sería un prisionero. Pero al menos estaría allí. Dentro.

Me acerqué a los muelles destartalados. Al otro lado del río espumoso, la silueta de Manhattan se dibujaba sobre el cielo, cientos de Palacios de la Cultura resplandecientes unidos unos con otros. Y al mirar hacia esa luz, pensé en las Navidades en casa, en cómo las celebrábamos. En que mi abuela, mi madre y yo le comprábamos una carpa al hombre de la calle, y escogíamos la más grande de todas las que nadaban de un lado a otro en las palanganas de metal que dejaban en la acera, los tres señalando con los dedos cubiertos por los guantes a la misma. Nos la llevábamos a casa, abríamos el grifo de la bañera y la dejábamos nadando allí. Era mi parte favorita. Le ponía nombre. Le decía que la llevaría al Óder y que la liberaría. Y lo decía en serio. Pero, cuando llegaba Nochebuena, tenía hambre y mi madre estaba preparada. La sacaba de la bañera como cuando me sacaba a mí de pequeño, con cuidado de no dejar que se le cayera. Le cortaba la cabeza. Le abría el cuerpo y le sacaba los órganos como si fueran semillas de uva, con las manos rojas como un demonio y la sangre goteándole por las muñecas y los antebrazos hasta llegarle a los codos.

§

El día después de ir a ver a Hania, no volví a la Oficina de Expedición, como el hombre de las gafas me había hecho prometer. Me quedé en mi habitación mirando el reloj, imaginándomelo en su escritorio, cada vez más inquieto. A cada minuto que pasaba, esperaba que llamaran a la puerta, que una milicia de soldados viniera a por mí o que un representante de la consejería de vivienda me entregara un aviso de desahucio. Pero no vino nadie. Ni al día siguiente ni al otro. La semana llegó a su fin sin que ocurriera nada extraño. Salvo por que empezó a nevar. La nieve cayó de unas nubes blancas como el algodón por toda la ciudad, copos danzantes y atolondrados, recién nacidos, que cubrieron las casas y los coches de una costra reluciente e hicieron que todo se detuviera durante un instante.

Una mañana, poco después, *Pani* Kolecka llamó a mi puerta y me tendió un gran sobre marrón. Dentro había un pasaporte con un visado.

Un par de semanas más tarde, vi a Karolina por última vez. Estaba esperándome fuera, en la nieve, con un sombrero enorme de piel en la cabeza. Hacía tanto frío que le veía el aliento. Sonrió al verme.

—¿Por qué no has entrado? —pregunté señalando con la cabeza hacia la puerta del bar.

—Quería entrar contigo —me dijo mientras me daba un beso en la mejilla y me cogía del brazo.

Al entrar, nos azotó una ráfaga de aire caliente junto a la mirada de los clientes. Hombres, jóvenes y ancianos que nos observaban con una curiosidad que apenas disimulaban. Como la última vez, nos sentamos cerca de la barra y pedimos dos cervezas. Sonaba la última canción de Donna Summer, *Bad Girls*. Yo seguía el ritmo con los dedos.

—Es curioso que me hayas propuesto que quedemos aquí —me dijo Karolina con una sonrisa—. Creía que no te gustaba este sitio.

Me reí.

—He cambiado de idea. Está permitido, ¿no?

—Se fomenta, de hecho —respondió regocijándose.

Llegaron las cervezas e hicimos un brindis. Karolina empezó a contarme qué había hecho esas últimas semanas y me habló de sus citas con Karol. Estaban enamorados.

—Me alegro tanto por ti —le dije, y lo decía en serio—. Pero tantísimo.

Pedimos otra ronda y volvimos a brindar.

—¿Y tú qué? —me preguntó—. ¿Qué era lo que querías contarme?

Di un buen trago y empecé a hablarle de ti y de mí y de Hania. La verdad sin censurar, por primera vez. No dejaba de emitir gritos de asombro, pero no parecía demasiado sorprendida. Hasta que le conté lo del pasaporte.

—¿Así que te…? —Empezaron a brillarle los ojos.

—Sí, la semana que viene.

—Eso es genial —me dijo con la voz rota por la emoción. Miró su cerveza —. ¿Y no puedes… esperar?

—Creo que ya es hora —le dije—. Y ahora que eres tú la que está enamorada, no voy a pedirte que vengas conmigo.

Alzó la mirada. Las lágrimas se liberaron de sus ojos y le trazaron ristras negras de rímel por las mejillas. Lloró en silencio y la estreché entre mis brazos. Cuando terminó, se vio en el espejo de detrás de la barra y se limpió los restos de rímel con el dorso de la mano.

—Mírame —me dijo mientras se le dibujaba una sonrisa en la cara—. Estoy hecha un cuadro.

—Un poco, sí —le dije—. Y te voy a echar de menos. A lo mejor algún día puedes venirte conmigo.

—Puede —me dijo sonriendo, limpiándose el resto de lágrimas.

El día anterior a que saliera mi avión, fui a una librería para buscar un libro de texto de inglés. Al entrar en la tienda, te vi, rodeándole la cintura con el brazo, mirando una mesa llena de libros junto a la entrada. Llevabas una chaqueta de cuero nueva, marrón, con un cuello de piel muy bonito, y te habías dejado bigote. Me quedé helado. Fue Hania quien levantó la mirada y

me vio y me sonrió, y no me quedó más remedio que acercarme a saludar, con el cuerpo entumecido. El aire que nos separaba era impenetrable. Hania me dio un beso en la mejilla; tú y yo nos dimos un apretón de manos solemne. La sentía mirándonos, con una especie de concentración silenciosa. Después se excusó, dijo que tenía que ir a pagar los libros. Y allí nos quedamos, los dos solos. La miraste mientras se iba y esquivaste mi mirada. Al fin, te llevaste los dedos índice y corazón a los labios.

—¿Quieres un cigarrillo?

Salimos y nos quedamos bajo el toldo de la librería, mirando hacia la calle. Era un día soleado y frío. La escarcha cubría las aceras como si fuera glaseado. Te sacaste una cajetilla de Marlboro del bolsillo y me diste uno.

—Bonito bigote —te dije nervioso cuando me encendiste el cigarro y viste cómo se movían mis ojos por tu rostro mientras me rozabas los dedos al formar un hueco con las manos para proteger la llama del viento.

Ignoraste mi comentario y su falta de originalidad. En cambio, te encendiste el cigarrillo sin mirarme y echaste el humo por la nariz, como si estuvieras impaciente por expulsarlo. Giraste la cabeza hacia mí. Me estudiaste con la mirada. Me dio la sensación de que querías decirme algo y me preparé para lo que fuera que necesitaras echar. Entonces se abrió la puerta de la tienda y apareció Hania con una bolsa llena de libros. Nos quedamos allí durante un instante, incómodos, lamentando esa oportunidad perdida. Ambos tratamos de buscar las palabras para intentar decir algo que tuviera algún significado. Al final solos nos dijimos adiós. Lo dijimos con indiferencia, como si fuéramos a volver a vernos pronto, o puede que como personas que nunca habían llegado a ser algo más que conocidos. Os alejasteis cogidos del brazo, y yo te miré con el cigarro aún encendido en la mano, lo último que me diste.

§

Vuelvo del paseo, me quito el abrigo y me froto las manos. Me siento en el sofá y me quedo mirando la tele sin llegar a encenderla.

Me acuerdo de cuando abandoné nuestro país y de que pensaba que mi pesadilla de la soledad regresaría. La pesadilla del tiempo fosilizado, en la que camino a través de un paisaje desolado de lápidas descuidadas, sin un alma a mi alrededor, condenado a una vida entre los muertos. Pero no fue así. Llegué a un país nuevo, a una ciudad nueva, y decidí dejar mi soledad en el pasado. Así de bueno es Estados Unidos. Aunque no sea cierto, aunque nunca puedas desprenderte del todo de tu pasado, aquí nadie te lo dice. Y eso hace que las cosas sean más fáciles. Hace que sea más fácil engañarse a uno mismo. Tú, sobre todo tú, debes de saber lo que se siente.

Y, aun así, ahora pienso que tal vez no podamos huir para siempre con

nuestras mentiras. Tarde o temprano nos vemos obligados a enfrentarnos a su oscuridad. Podemos escoger *cuándo* lo haremos, pero no *si* lo haremos. Y cuanto más esperemos, más doloroso e incierto será. Hasta nuestro país lo está haciendo ahora mismo: está enfrentándose a su historial de mentiras, abriéndose paso a través del lodazal hacia alguna nueva verdad viable.

Seis meses después de llegar a este país, Karolina me envió una carta en la que me habló de la boda. De que, durante la ceremonia, se notaba que Hania estaba embarazada. Y, muy a mi pesar, lloré. Durante mucho tiempo había querido preguntarte si la querías. Era lo único que lamentaba no haberte preguntado. Ahora me doy cuenta de que daba igual. Porque tenías razón cuando decías que las personas no siempre pueden darnos lo que queremos de ellas, que no podemos pedirles que nos quieran como queremos que nos quieran. No se puede culpar a nadie por ello. Y, desde el principio, la suerte estaba en nuestra contra: no contábamos con ningún manual ni nadie que nos mostrara el camino. Ni un solo ejemplo de parejas felices compuestas por chicos. ¿Cómo íbamos a saber qué hacer? ¿De verdad creíamos que nos merecíamos alcanzar la felicidad?

Voy hasta la estantería, cojo *La habitación de Giovanni* y acaricio la cubierta desgastada con los dedos. Pienso en todos los ojos que han recorrido estas páginas, en todas las manos que han sentido su peso. Y recuerdo el día que tenía el vuelo, cuando *Pani* Kolecka entró en mi habitación por última vez, con un sobre en la mano que contenía *La habitación de Giovanni*. Me lo apreté contra el pecho como si fuera un tesoro que había perdido hacía mucho tiempo y que había vuelto a encontrar. Cuando lo abrí con el corazón palpitante, cayó un trozo de papel que revoloteó hasta aterrizar con delicadeza en el suelo.

«Me encantó este libro mucho más de lo que te puedes imaginar —se leía con tu caligrafía apretada e inclinada hacia la derecha—. Quería quedármelo…, pero es tuyo. Tráelo si vuelves algún día. Yo estaré aquí. J.».

Me doy cuenta de que, durante todo este tiempo, he vivido como si mi marcha fuera algo temporal; tus palabras nunca me han permitido marcharme o llegar del todo. Pese a la carta de Karolina, pese a la boda, me he aferrado a la idea de nosotros, explorando rostros en busca de algo conocido, buscando lo familiar en lo extraño. Cuando, en realidad, lo familiar ya se había convertido en algo extraño, y el hogar había dejado de ser hogar. Ambos han seguido viviendo y cambiando sin mí.

Cierro el libro y lo coloco de nuevo en la estantería, vuelvo a coger el abrigo, dejo el apartamento y salgo a la calle. El viento me azota la cara y trato de protegerme de él mientras camino hacia las tiendas de Eagle Street. Me ruge el estómago. De repente estoy hambriento, como si llevara semanas sin comer. Me apetece comer sopa de remolacha, *pierogi* y bizcochos calientes de semillas de amapola, y lo siento todo como un vacío enorme en mi interior, un anhelo de calor. Pero no es doloroso en absoluto. Lo siento

como una promesa.

Agradecimientos

Escribir *Nadar en la oscuridad* fue un viaje de siete años, y habría sido imposible de no ser por la generosidad y el cariño de todas estas personas:

Tanja Stege, Elizabeth Stephan y el doctor Louis Monaco, que creyeron en mí mucho antes de que yo lo hiciera. Season Butler y el resto de miembros de nuestro grupo de escritura de Londres, que acogieron el mundo de Ludwik desde el principio; mis amigas Hanaa Hakiki, Lottie Davey, Ella Delany, Manon Moreau y Leila Brahimi por su consejos de un valor incalculable sobre los primeros borradores; mi maravilloso agente, Sam Hodder; y mis fantásticas editoras, Alexa von Hirschberg y Jessica Williams.

Sin mis padres —sin su valor, su ingenio y su pasión por contar historias — nunca habría contado con los medios para escribir este libro. *Dziękuję wam z całego serca.*

Por último, quiero darle las gracias a mi mejor amigo y marido, por todos estos años de apoyo y por tener un ojo, un oído y un corazón expertos maravillosos: Laurent, *je t'aime*.

«Las pequeñas chispas también provocan incendios»

TÍTULOS DE
DOS BIGOTES

El armario de acero, Varios autores
Los deseos afines, Varios autores
Imre: una memoria íntima, Edward Prime-Stevenson
Lo que no se dice, Varios autores
Pasión, Brane Mozetič
Posiciones geográficas, Suzana Tratnik
49 goles espectaculares, Davide Martini
Suburbana, Claudio Mazza
Mañana hablarán de nosotros, Varios autores
La tierra de los abetos puntiagudos, Sarah Orne Jewett
El cielo en movimiento, Varios autores
Ábreme con cuidado, Varias autoras
Una barba para dos, Lawrence Schimel
La increíble boda de Gilbert y Moira, Joe Keenan
El sonido de los cuerpos, Nando López
A Virginia le gustaba Vita, Pilar Bellver
La vida de Kostas Venetis, Octavian Soviany
El santo al cielo, Carlos Ortega Vilas
Tan solo el fin del mundo, Jean-Luc Lagarce
El milagro, Ariel Kenig
El amante alemán, Julián Martínez Gómez
Mil mamíferos ciegos, Isabel González
La canción pop, Raúl Portero
La nueva mujer, Varias autoras
Manuel Bergman, Pablo Herrán de Viu
V y V Violación y Venganza, Pilar Bellver
Presentarse en forma grata, Joseph Salvatore
Trapicheos en la Segunda Avenida, Joyce Brabner y Mark Zingarelli
Relaciones enfermizas, Cecilia Ștefănescu *La geometría del trigo*, Alberto Conejero

Bitch She's Madonna. La reina del pop en la cultura contemporánea, Eduardo Viñuela (ed.)

Haz memoria, Gema Nieto

No pasar (Do Not Cross), Dora Pavel

Cómo acabar con la escritura de las mujeres, Joanna Russ

Todo es una mierda y eres una mala persona, Daniel Zomparelli

Hacia las luces del norte, Ángel Valenzuela

Vestidas de azul. Análisis social y cinematográfico de la mujer transexual en los años de la Transición española, Valeria Vegas

Boy Erased (Identidad borrada), Garrard Conley

Nido de pájaros, Luis Maura

Los cuerpos que importan en Judith Butler, Silvia López

Los pequeños brotes, Abel Azcona

Fábula de un otoño romano, Bruno Ruiz-Nicoli

La política sexual en Kate Millett, Silvia López

Homintern. Cómo la cultura LGTB liberó al mundo moderno, Gregory Woods

El hombre de hojalata, Sarah Winman

Asalto a Oz. Antología de relatos de la nueva narrativa queer, Varios autores

Comando Malva, Pilar Bellver y Olga Carmona Peral

El devenir «mujer» en Simone de Beauvoir, Silvia López

Cruising. Historia íntima de un pasatiempo radical, Alex Espinoza

Ariel y los cuerpos, Sebastià Portell

Cómo entender tu género. Una guía práctica para explorar quién eres, Alex Iantaffi y Meg-John Barker

Dilemas y cowboys, Cachorro Lozano

La calma luchada, Sergio Bero

Emilio y Octubre, David Uclés

Con la frente marchita, Dimas Prychyslyy

El ecofeminismo en Vandana Shiva, Silvia López

«Amigas». Relatos de amor entre mujeres, del siglo XVIII al XX, Varias autoras

Libérate. La cultura LGTBQ que abrió camino en España, Valeria Vegas

Todas mis palabras son azores salvajes, Gloria Fortún

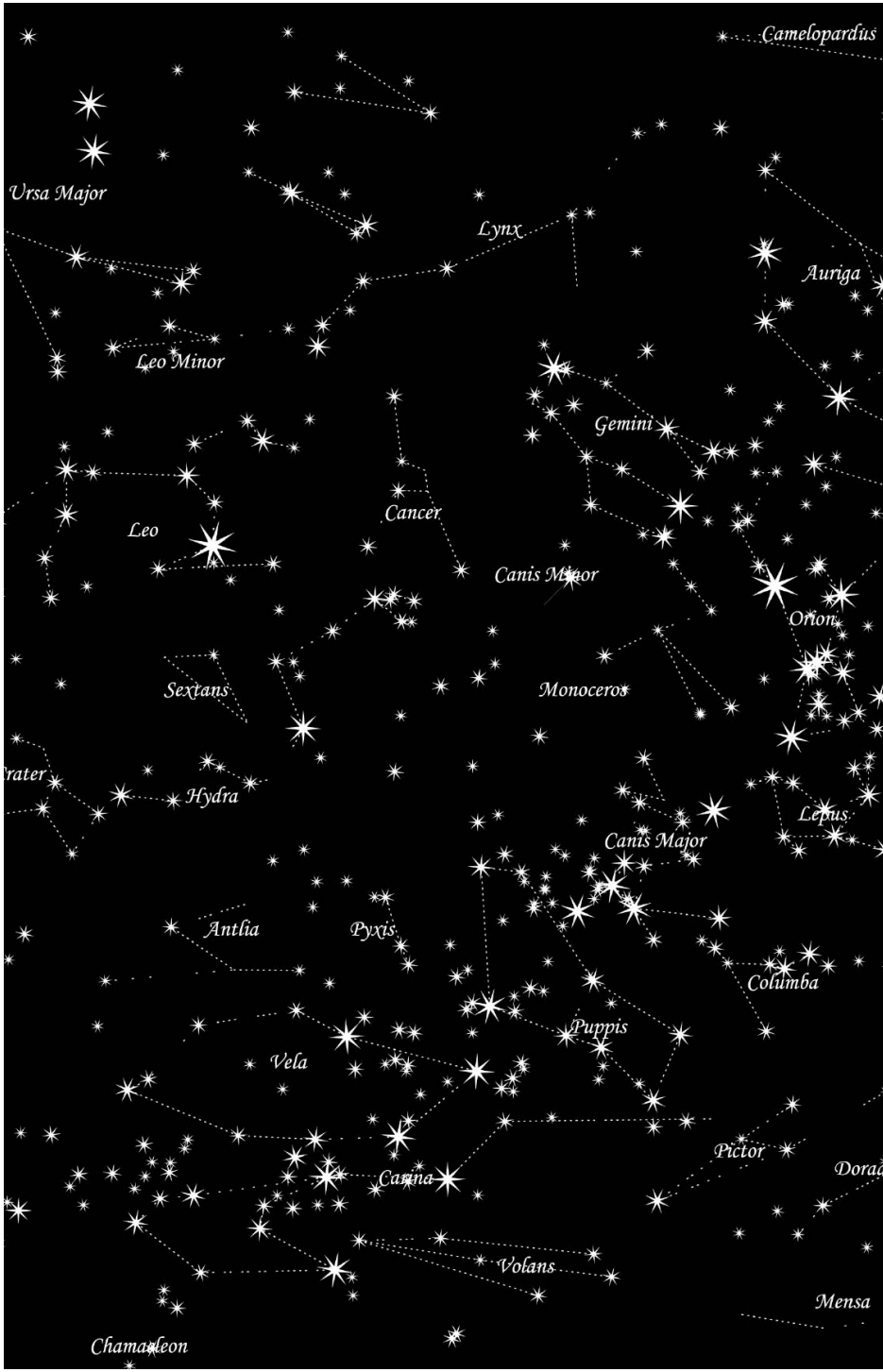
Pronto seré de oro y carmín, Vanina Bruc

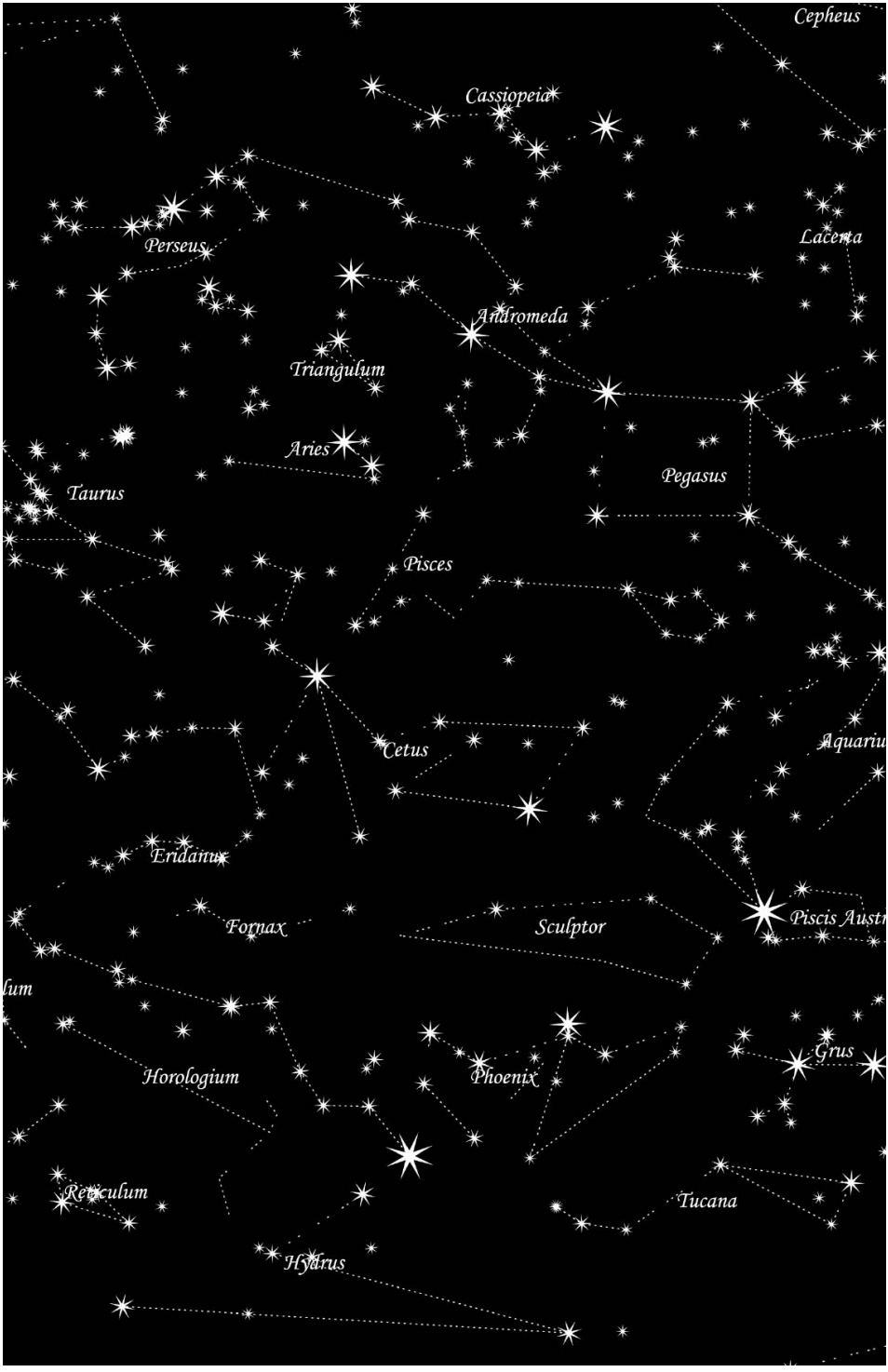
Cómo luchamos por nuestras vidas, Saeed Jones

Amor puro, Luisgé Martín

Bollo, Melani Penna Tosso
La herencia, Matthew López
Mayo del cuarenta y cinco, Boti García Rodrigo
Quien esté libre de culpa, Gema Nieto
Nadar en la oscuridad, Tomasz Jedrowski

Este
libro
ha sido
compuesto
en tipografía
Crimson sobre
papel de 90 gr.
ahuesado e impreso
en agosto de 2021


Camelopardus
Ursa Major
Lynx
Auriga
Leo Minor
Gemini
Cancer
Leo
Canis Minor
Orion
Sextans
Monoceros
Hydra
Lepus
Canis Major
Antlia
Pyxis
Columba
Puppis
Vela
Pictor
Dorado
Carina
Volans
Mensa
Chamaeleon


Cepheus
Cassiopeia
Perseus
Lacerta
Andromeda
Triangulum
Aries
Taurus
Pegasus
Pisces
Cetus
Aquariu
Eridanus
Fornax
Sculptor
Piscis Austr
lum
Horologium
Phoenix
Grus
Reticulum
Tucana
Hydrus